

FRANCISCO CÁRDENES ACOSTA

(Diplomado en Estudios Canarios por la Universidad de Las Palmas)



***HISTORIAS DE SAN TELMO
Y SU ENTORNO***

**LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
AÑO 2012**

© Francisco Cárdenes Acosta, 2014
Fotografías: FEDAC

Depósito Legal: GC-72-14

Imprime: Copimaycor S.L.
Mesa y López,67
35010 – Las Palmas de Gran Canaria

FRANCISCO CÁRDENES ACOSTA

(Diplomado en Estudios Canarios por la Universidad de Las Palmas)



***HISTORIAS DE SAN TELMO
Y SU ENTORNO***

***LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
AÑO 2012***

FRANCISCO CÁRDENES ACOSTA

(Diplomado en Estudios Canarios por la Universidad de Las Palmas)

***HISTORIAS DE SAN TELMO
Y SU ENTORNO***

***LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
AÑO 2012***

Trabajo dedicado con todo cariño a mi esposa, hijos y nietos, y en especial a Fifi, nuestra "hermana", con el deseo de recordarle sus viejos rincones de juventud.

HISTORIAS DE SAN TELMO

Y SU ENTORNO

Índice

Capítulo	I	Antigüedad de la Ermita	página 7
“	II	El porqué del nombre de San Telmo	“ 13
“	III	Los inicios de San Bernardo como parroquia	“ 17
“	IV	La ermita de San Telmo	“ 19
“	V	El arte en la ermita	“ 23
“	VI	Los Párrocos	“ 53
“	VII	El “Gremio de Mareantes” su potencialidad económica y trascendencia social	“ 56

Capítulo VIII	El Muelle de San Telmo	página 66
“ IX	Los Astilleros de San Telmo	“ 73
“ X	La Fiesta de “La Catumba”	“ 82
“ XI	El Final del Gremio	“ 86
“ XII	El Parque de San Telmo	“ 89
“ XIII	El entorno a San Telmo Triana una calle, un Barrio	“ 102
“ XIV	Los Conventos del barrio	“ 120
“ XV	De la cafetera de los Antúnez a la “pepa”, pasando por el tranvía eléctrico.	“ 161
“ XVI	Consideraciones finales	“ 179

INTRODUCCIÓN

Los años corren, y el tiempo pasa cada vez más rápido, veo, que sin darnos cuenta, nos llega la vejez y la lucha por la vida nos condiciona a pesar del esfuerzo por retrasar sus efectos.

Veo cómo van desapareciendo las personas queridas, cómo se van alejando los amigos y se va limitando nuestra vida a un radio de acción cada vez más reducido. Sólo distrae nuestro ánimo, la familia, en especial los nietos, la playa, los libros y los recuerdos del pasado y si algo nos anima es la esperanza de un nuevo avance en la ciencia que nos alargue la vida.

Por eso, desde este nuevo rincón de mi hogar, junto a la playa de Las Canteras, con mis frecuentes y largos paseos por el mar, trato de oxigenar mi sangre y alegran mi debilitado corazón, esto, más la familia, los libros y la universidad son los que me ayudan a recordar y aglutinar aquellos rincones olvidados de mi ciudad, rincones, sobre todo, de mi querida Gran Canaria en los que en muchos momentos de mi vida tuve una intervención directa y que hoy quiero dejar reflejados en estas modestas páginas dedicadas a recordar “Historias de San Telmo y su Entorno”.

Sin dudarlo, el presente está formado del pasado y con el progreso y el desarrollo tendremos un futuro mucho mejor.

Francisco Cárdenes Acosta
Diplomado en Estudios Canarios
Universidad de Las Palmas de G.C.

HISTORIAS DE SAN TELMO

Y SU ENTORNO



EL MUELLE Y LA ERMITA DE SAN TELMO 1890 -1895

I

ANTIGÜEDAD DE LA ERMITA

Con el devenir de los años la ciudad del Real de Las Palmas, en un principio comprendida entre dos grandes murallas fortificadas que la cerraban por el Norte y Sur, se fue transformando por exigencias urbanas, de una manera muy considerable. Ello aparece confirmado desde tiempo atrás, en viejos planos y crónicas de la capital que así

lo atestiguan. Esta transformación incluye algunas ermitas, como las de San Pedro González Telmo, San Sebastián y Nuestra Señora de las Angustias, templos emplazados a pocos metros de la antigua y desaparecida muralla de Triana, fortificación que bordeaba la margen derecha del cauce del barranquillo de Mata y terminaba en el castillo de Santa Ana, que así le llamaban, aunque era una torre-fortaleza que se adentraba en las Caletas de San Telmo, también conocidas como el Charco de los Abades, este fortín se le debe al gobernador Martín de Benavides, y se terminó de construir en el año 1581. El castillo fue defendido frente al pirata holandés Pieter Van-der-Does, en 1599, por el alcaide y capitán don Alonso de Venegas y Calderón con tal ardor que, antes de morir, agotadas las municiones, no dudó en hacer su último disparo con las llaves del fortín. La torre se ubicaba muy cerca de la antigua heladería “La Canaria” (recordada por los cuasi setentones), junto al viejo muelle de Las Palmas, y fue demolida hacia 1880. Hoy, sus cimientos permanecen ocultos en el espacio ganado al mar y forman parte del propio Parque de San Telmo y la Avenida Marítima. Al heroico defensor del castillo lo recordamos con una céntrica calle muy cercana al lugar que protegió con su vida, como es la conocida “Calle Venegas”, aunque desdichadamente casi nadie sepa a quien está dedicada esta importante arteria de la ciudad.

En el siglo XVI, en el sector norte de Las Palmas, solo se encontraban fuera de la muralla de Triana, en la zona de “Los Arenales”, las pequeñas ermitas del Espíritu Santo, San Sebastián, Santa Catalina, (fundada por los mallorquines antes de la

conquista), Nuestra Señora de La Luz y la Capilla del primitivo Hospital de San Lázaro. “Intra-muros”, muy cerca de la mentada muralla, estaba la ermita de San Pedro González Telmo, cuyos orígenes se remontan al año 1520. Todas ellas fueron atacadas, incendiadas y destruidas en la invasión pirática del holandés Vander-Does del año 1599.

Planos levantados por los ingenieros militares italianos, al servicio de Felipe II, Leonardo Torriani y Próspero Casola, correspondientes a esta época, consignan en “extra-muros” a los ya mentados oratorios e “intra-muros” al de San Telmo, si bien Torriani señala a este último solo con una cruz. En el siglo XVII ya aparecen reedificadas las Ermitas de San Sebastián y San Telmo, consignándolas en 1686 don Pedro Agustín del Castillo en el plano que levanta de la ciudad de Las Palmas. Ambos templos fueron construidos inmediatos, separados el uno del otro por muy pocos metros, si bien la ermita de San Sebastián se erigió al norte.

En 1694 la “Confraternidad de Mareantes de San Pedro González Telmo” que ya poseía en sus arcas una importante suma de dinero, 80.000 pesos, fruto de las aportaciones de sus hermanos, decide edificar un nuevo templo al Santo. Para su decoración manda traer de la Península personal competente. Como curiosidad, en el despacho parroquial de la ermita se conserva actualmente un cuadro en el que se lee: “Esta iglesia se hizo con caudal del Santo y su Hermandad, y la solicitud de su Mayordomo, Valentín de la Concepción, natural de la isla de La Palma; se dio principio a abrir

los cimientos el día 9 de mayo de 1745 y se acabó a 20 de dicho mes del año 1747”.

Estos datos indican que entre la fecha del acuerdo tomado para hacer la obra, 1694, y el comienzo de la misma, 1745, medió el largo espacio de cincuenta y un años.

En las “Constituciones Sinodales” del obispo don Pedro Manuel Dávila y Cárdenas, año 1735, se citan a las ermitas de San Sebastián y San Telmo, ya dentro de las murallas. Poco después, en el propio siglo XVIII, se edifica una nueva ermita entre la de San Sebastián y San Telmo, dedicada a Nuestra Señora de las Angustias. En 1773, el ingeniero militar don José Ruiz Cermeño oriundo de Calahorra y llegado a Las Palmas en 1771, al frente de una expedición militar, señala estas tres ermitas en el plano que levantó de la ciudad de Las Palmas, donde también fijó la de San Nicolás de Bari y la del Santo Cristo, esta última, del siglo XVII, pertenecía a la Venerable Orden Tercera Franciscana, oratorio que se alzaba en la hoy calle Dr. Déniz, junto al campanario de la iglesia de San Francisco y que a partir de la desamortización de Mendizábal se utilizó como escuela pública, y, años más tarde, como Academia de Dibujo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, pero a la que el tiempo y el abandono, de una parte, y el obligado ensanche de la ciudad, de otra, la hicieron desaparecer a mediados del pasado siglo XX -octubre de 1953-, el solar dio paso a la actual calle “San Francisco” que nos lleva desde la mentada iglesia a la “Avenida Primero de Mayo”, avenida que hoy ocupa las excelentes huertas del histórico monasterio franciscano.

En 1833, en planos levantado por el ingeniero sevillano don Antonio Pereira Pacheco, solo aparece la ermita de San Telmo situada en el lugar que actualmente ocupa.

El erigir ermita a San Sebastián a la entrada de las poblaciones fue una costumbre cristiana muy antigua y arraigada en Gran Canaria, todo, para honrar al insigne santo romano, venerable protector de epidemias, como las conocidas de fiebre amarilla y cólera que castigaron nuestra ciudad durante el s. XIX, plagas de amargos recuerdos para los grancanarios. Al igual que la ciudad de Las Palmas tuvo su modesto templo dedicado a San Sebastián, también lo tuvieron las localidades de Telde, San Lorenzo, Guía, Gáldar, Agaete, Aguimes, etc. Fue mucha la devoción que tenía el pueblo canario al santo mártir, de ahí las numerosas ermitas dedicadas al mismo.

El oratorio de la ciudad, que se encontraba al norte de la ermita de San Telmo, fue arrasado, a finales del XVIII, por el enorme caudal de agua que llevó aquel año el cercano barranquillo de Mata. En San Sebastián recibía culto una pequeña imagen del santo asaetado, talla de unos 70 cm. de alto, que se pasó a la ermita de San Telmo, de donde fue sustraída hace más de treinta años –mayo de 1981-. Según don Ricardo, párroco actual del templo, se sabe quien la tiene, y espera que un día le sea devuelta a la ermita. El también modesto templo de Nuestra Señora de las Angustias, que hemos señalado más arriba, entró en ruinas muy pronto, pues, en las postrimerías del siglo XVIII el culto a su titular ya se llevaba a cabo en la ermita de San Telmo.

La ermita de Nuestra Señora de las Angustias está estrechamente unida a la azarosa vida marinera, como lo está la de San Pedro González Telmo, todo debido al abundante tráfico de veleros canarios a la llamada “Costa del Moro” o de Berbería, y a los largos periplos hacia las Indias de Su Majestad. En los sinsabores, la dura lucha contra el mar, en las angustias, soledades y tragedias de los tripulantes de bergantines y goletas y de otras embarcaciones menores, padecidas en rutas hacia tierras lejanas, hemos de encontrar el origen de la devoción en Gran Canaria a Nuestra Señora de las Angustias. Por eso, su advocación la hallamos prendida muy dentro del alma de la gente que vive del mar y en la mar. Su nombre, expresivo y doloroso, rotula más de una embarcación. Esa devoción, al igual que la de San Pedro González Telmo, aparece muy dentro del corazón isleño, y todo relacionado con las arriesgadas faenas marineras de las numerosas familias asentadas en los barrios y riscos de la ciudad. Muchos de los antiguos moradores de estas barriadas conociendo los duros y amargos momentos vividos en la mar, ya como simples marineros, “roncotes”, o en calidad de capitanes, patronos o contramaestres, se afiliaban, como a una tabla salvadora, en la histórica “Confraternidad de Mareantes de San Pedro González Telmo”. Uno de los tantos ejemplos de ayuda económica y moral por parte de la “Confraternidad” la tenemos con el rescate de los veintisiete tripulación del pailebot “Las Angustias” con matrícula de Las Palmas, en octubre del año 1784, cuando la nave embarrancó en el banco pesquero sahariano, frente a la costas de “Cabo Bojador”, a consecuencia de un violento temporal, tragedia de amargos recuerdos para los canarios de la mar.

II

EL PORQUÉ DEL NOMBRE DE

SAN TELMO

Uno de los primeros templos transformados en su emplazamiento y alterado en su arquitectura y decoración interior fue el de San Pedro González Telmo, popularmente conocida con el nombre simplificado de San Telmo. Lo más probable es que la primera ermita dedicada al Santo en nuestra tierra fuese debida a algún rico y fervoroso navegante portugués, gallego o andaluz que habiendo llegado a Gran Canaria en los albores de la conquista, como tantos otros, se asentara en la entonces ciudad de Canarias o del Real de Las Palmas. Esos esforzados navegantes lusitanos que a nuestras costas arribaron a principios del siglo XVI y siguientes, fueron los que dejaron en ella su alma y su espíritu aventurero, sus costumbres y profundas huellas de su lenguaje; otro tanto nos dejaron los españoles peninsulares a través de la presencia de andaluces, gallegos, mallorquines, vascos, extremeños, castellanos, etc. Como así consta en los Archivos del Tribunal de la Santa Inquisición de Canarias, en el Archivo Histórico Provincial y en documentos sacramentales de las más antiguas parroquias isleñas. En todos esos documentos se pone de manifiesto el crecido porcentaje de familias portuguesas residentes en Canarias, tantas, que se llegó a citar a una importante vía del viejo barrio de Vegueta, con el nombre de “Los Portugueses”, calle que hoy conocemos

como de “Colón”, y que la localizamos junto al Museo que lleva su nombre.

De nuestra influencia portuguesa se derivan apellidos tan comunes como los Suárez (Soares), Silva, Matos, Sosa (Sousa), Viera (Vieira), etc.

Pero el nombre que nos ocupa es el de Pedro González Telmo, nombre dado a una pequeña ermita levantada en el siglo XVI en las afueras de la ciudad de Las Palmas pero dentro de la muralla norte y junto a las playas y caletas de San Telmo, por donde se hacían embarques y desembarques de personas y mercancías, ya que el de refugio en las Isletas estaba a algo más de tres millas (unos, cinco kilómetros) de distancia en dirección norte y después de pasar un campo arenoso, tétrico y desolador, como nos dice el ingeniero cremonés Leonardo Torriani en su “Descripción de las Islas Canarias” escrita hacia el año 1590.

Los estudiosos del pasado nos recuerdan que, desde muy antiguo, el mar ha estado ligado íntimamente con la vida del isleño, no solo en las comunicaciones marítimas, sino en el fervor de las costumbres religiosas relacionadas con la mar. Por esta razón fundamental es por la que los canarios recogen en su historia la del Santo que a través de muchos años fue patrono de la gente de la mar.

El origen de la devoción marinera a San Pedro González Telmo, el pío fraile dominico confesor del rey San Fernando, se remonta a los

primeros años del XVI, por existir en esa época la creencia de que este Santo se aparecía a los navegantes sobre las arboladuras de sus navíos en forma de fuego durante las noches de tormenta, fuego popularmente conocido como de “San Telmo”. Esta creencia favoreció enormemente su devoción por los hombres de la mar y llegó a divulgarse por toda la geografía de nuestras costas atlánticas, alcanzando singular particularidad en las Islas Canarias, donde tuvo espléndida muestra de fervor entre los navegantes de las islas. Esta fue la principal razón por la que se constituyó en nuestra ciudad la Confraternidad de Mareantes de San Telmo, cuya principal labor, como explicaremos más adelante, fue de carácter benéfico y religioso. En ella estaban inscritos, los propios armadores, capitanes y todos los marineros canarios, como aquellos otros que frecuentaban el fondeadero del refugio de las Isletas

San Pedro González Telmo, más conocido por San Telmo, nace en la castellana villa de Frómista en 1180, cerca de Palencia, fue bautizado en su iglesia de San Martín, joya de la arquitectura románico de finales del siglo XI, era sobrino del obispo don Tello Téllez de Meneses y de otro obispo llamado Arderico, como vemos era de familia muy distinguida, de adolescente sus padres lo trasladan a Palencia y su tío, el obispo, lo matricula en la Escuela Catedralicia para cursar estudios de humanidades, lengua castellana, física y teología, de donde el joven Pedro sale convertido en un eminente científico. En 1204 es ordenado sacerdote y posteriormente ingresa en la orden de los Dominicos de Palencia. Fue confesor del rey Fernando III el Santo. Falleció en la

ciudad de Tuy (Pontevedra) en 1240, después de evangelizar toda la costa de Galicia y Portugal y de realizar un sinfín de milagros ante la gente de la mar. Su vida piadosa y santa le convierte en un nuevo venerable de la Iglesia Católica, su actuación apostólica por Castilla, Galicia y el litoral lusitano siempre en contacto con pescadores y marineros españoles y portugueses llevó a éstos a tomarlo como Patrón de la gente del mar. Sus restos descansan en la Catedral de Tuy, ciudad donde falleció, siendo en la actualidad el patrono de la diócesis de Tuy-Vigo.

En 1741, su Santidad el Papa Benedicto XIV, comprobada su santidad y abundancia de milagros, lo canoniza y confirmó su culto como santo, señalando su fiesta el 15 de abril, pero, es el tercer domingo del mes de mayo la fecha en que la Cofradía de Mareantes honra a su santo patrono con una ceremonia religiosa en la ermita, seguida de procesión solemne.

III

LOS INICIOS DE SAN BERNARDO COMO PARROQUIA



*Iglesia de las monjas Bernardas, donde fue erigida la Parroquia de San Bernardo el 20-08-1849
(Planes de Maffiotte presentados al señor Obispo Lluich, el 22 de marzo de 1864)*

Al crecer la ciudad y aumentar su población “el santo obispo del cólera”, don Buenaventura Codina y Augerolas (1847–1857), estimó conveniente crear nuevas parroquias, así es como surge, un 20 de agosto de 1849, la Parroquia de San Bernardo, cuya jurisdicción alcanzaba inicialmente hasta el Puerto de La Luz. Tuvo su primera cede, con carácter provisional, en la iglesia del demolido

convento de monjas bernardas, de ahí el porqué de ponerla bajo el patrocinio de San Bernardo.

El desaparecido Monasterio de la Concepción, fue fundado, según don José de Viera y Clavijo, el 14 de junio de 1592, incendiado y reducido a cenizas en la invasión holandesa de 1599, una vez reedificado, las religiosas volvieron al convento en 1609, monasterio que abandonan definitivamente en 1836, a causa de la ley desamortizadora dictada por don Juan Álvarez de **Mendizábal**, ministro de Hacienda en la regencia de la reina María Cristina de Borbón, años más tarde, en 1843, es derribado el convento, por decisión de don Luis Navarro, que lo había adquirido en subasta pública, quedando en pie solamente la iglesia, donde se instaló la parroquia de San Bernardo en 1849, el descuido y abandono de la misma fue el pretexto para su demolición definitivamente en 1868, ya en 1861 la parroquia de San Bernardo se había trasladado, de forma provisional, a la iglesia de San Francisco de Asís, al declararse el templo en ruinas.

IV

LA ERMITA DE SAN TELMO

Como ya señalábamos, los orígenes históricos de la actual iglesia de San Telmo se remontan al año 1520, así pues, la primera ermita dedicada al santo Pedro González Telmo en la isla, data del siglo XVI, y estaba ubicada junto a la antigua muralla que por el norte cerraba la ciudad, el santuario fue incendiado y destruido por las huestes del pirata holandés Pieter Van-der-Does en el año 1599, cuando desembarcó en la isla con más de 8.000 hombres de a pie y una flota de 74 barcos. A principios del XVII, hacia 1602, se reconstruye el santuario incendiado en el mismo lugar, con materiales de muy baja calidad, que la llevan a un deterioro que con el paso de los años se va haciendo notar.

Por ello, a finales del siglo XVII, el Gremio de Mareantes, que tenía una buena situación económica, adquiere un solar cercano para la construcción de la actual ermita (hoy parroquia de San Bernardo).

El historiador grancanario don Agustín Millares Torres, señala que en 1694 estaban abiertos los cimientos, pero su construcción se inició el 9 de mayo de 1745, y se concluyó un bienio después. A don Agustín Millares lo contradice la nota enmarcada que se conserva en la sacristía, que indica: .../.... “se dio principio a abrir los

cimientos el día 9 de mayo de 1745”.../... Las dudas son muchas, pero así se escribe la historia.

La iglesia actual, la tercera dedicada al Santo, es de planta rectangular y pequeñas dimensiones, de una sola nave (26,81 de largo por 7,65 de ancho). Tiene un rico artesonado estilo mudéjar, posiblemente de carpintería portuguesa, sobresaliendo el presbiterio, adornado con grandes penachos y finas piñas, rosetas y perillones bellamente tallados y policromados. El frontis, orientado al poniente, es de líneas sencillas. Su pórtico plateresco luce un resaltado marco de cantería canaria, con hueco de puerta y arco, llamando la atención los almohadillados cuadrados y ovaloides, conchas y rosetas, todo rematado por un frontón cerrado. Sobre el mismo se abre un ventanal cuadrado con cristalera giratoria sobre el que se alza una graciosa espadaña. La puerta es de tea con herrajes. Pilares de sillería limitan las cuatro esquinas, con la particularidad que las dos del frontis principal aparecen decoradas en su parte superior por sencillos pináculos. El frontis sur es muy sencillo. Tiene un contrafuerte, un hueco de ancha puerta cuadrado con herrajes y dos ventanales, uno de ellos gótico, da luz al presbiterio. Adosado al costado norte está la sacristía y la antigua casita del santero o mayordomo de la ermita, parte de la misma está actualmente dedicada a archivo de la parroquia de San Bernardo. En tanto el frontis de la casita, que da al poniente, es de una sola planta con ventana y puerta, el que mira al Parque de San Telmo, antes llamado de “Cervantes”, es de dos plantas, con un típico balcón canario y una batería de ocho gárgolas de cañón a diferentes alturas para el desagüe del agua de lluvia.

La ermita de San Telmo como residencia de la “Confraternidad de Mareantes de San Pedro González Telmo” mereció en todo momento especial atención por parte de sus mayordomos, capellanes y hermanos. Buena prueba de ello es la bella y original ornamentación que posee, imágenes, retablos, vasos sagrados, lienzos y objetos para el culto, son la admiración de cuantos lo visitan. No toda la obra artística que en ella se exhibe ha sido siempre patrimonio de este templo, pues buena parte de la misma procede de la derruida iglesia del convento de monjas bernardas de la Concepción y de las desaparecidas ermitas de San Sebastián y Nuestra Señora de las Angustias.

LAS ÚLTIMAS RESTAURACIONES

La ermita de San Telmo, después de muchos años de abandono y dejadez, es sometida, durante los años 1997/98, a un exhaustivo y profundo proceso de restauración en su interior. Los trabajos de reparación afectaron a los retablos barrocos, y se realizaron gracias a la colaboración económica del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, a través de su departamento de Patrimonio, las labores de recuperación las llevó a cabo un equipo dirigido por la mano experta de la joven restauradora grancanaria Teresa Manrique de Lara y los elementos artísticos sobre los que se trabajó fueron: el retablo del altar mayor, los dos retablos laterales y los paneles policromados que forman el presbiterio, todas ellas obras de mediados del siglo XVIII. El presupuesto de la obra alcanzó los 7,5 millones de pesetas.

Con anterioridad, en los años 1988/89, el templo había sufrido una importante restauración de su exterior, ya que las lluvias y el paso del tiempo habían deteriorado la construcción, de forma tal, que las humedades estaban haciendo verdaderos estragos en el conjunto del santuario.

Las obras de rehabilitación corrieron a cargo del Gobierno Autónomo de Canarias, bajo la dirección del arquitecto don Rafael Miranda Flores, con un costo inicial de algo más de ocho millones de pesetas. La restauración arquitectónica consistió, principalmente, en desaparecer los focos de humedad de la cubierta, quitando las tejas que estaban dañadas, aprovechando algunas de ellas, así como la tierra y escombros que deterioraba la estructura, hasta dejar un techo nuevo e impermeable. También se reparó la piedra del arco principal, afectado igualmente por las humedades. Para cambiar la vieja piedra, bajo la dirección de un especialista, venido de la península, se desmontó, piedra por piedra el arco, enumerándolas, para llevarlas hasta Arucas, donde hicieron otras nuevas.

Los trabajos de subida de niveles del Parque dejaron a la ermita enterrada, por lo que al estar por debajo del nivel de la calle y para evitar inundaciones, sobre todo en días de fuertes lluvias, se hizo un nuevo zócalo de cantería, acorde con el entorno, para desviar riadas que pongan en peligro de inundación a la ermita.

Terminada la restauración, una vez pintado y barnizado el exterior, las obras se dieron por terminadas a finales de 1989.

V

EL ARTE EN LA ERMITA

RETABLO DEL ALTAR MAYOR



Altar Mayor y arco toral

A la “Confraternidad de Mareantes” pertenecen las siguientes obras de arte que se custodian en el templo: retablo del altar mayor, del más puro estilo barroco, construido en 1766. En el mismo podemos leer los textos siguientes, lado del Evangelio: “Se hizo y doró este

Retablo siendo Mayordomo del Sr. Sn. Telmo”, y en el de la Epístola, este otro: “Dn. Luis Nabarro (*sic*). Año de 1766”.

El retablo, de tres cuerpos, tiene una sola hornacina donde, en su día, estuvo colocada la imagen del Santo titular y patrono, y tres pequeñas pinturas religiosas: Crucificado, San Miguel y San Rafael. El penacho o coronación lleva en el centro la imagen del Padre Eterno, con los brazos abiertos. El frontal del altar está policromado.

Según exponen los historiadores María de los Reyes Hernández Socorro y José Rodríguez Concepción en su libro “Patrimonio Histórico de la Basílica de Teror” editado por el Cabildo Insular de Gran Canaria en 2005. El altar mayor de la ermita de San Telmo se le atribuye al maestro carpintero y retablista grancanario Nicolás Jacinto Viera. Sabemos, nos dicen, que el maestro recibió las aguas bautismales el primer día de enero de 1715, y que, según consta, es hijo de Juan Jacinto, mareante, y de Marcela Estévez, llegando a la pila bautismal de ocho días. En 1737, el maestro contrae matrimonio con María del Carmen Betancurt y Zambrano. El retablista, según partida de defunción, vivió 81 años, hasta mayo de 1796.

Según estudios del investigador grancanario don Julio Sánchez Rodríguez, se sabe que, de los cinco retablos de notable interés realizados entre 1777 y 1783, quizás los más representativos del rococó en Gran Canaria, para la Basílica de Nuestra Señora del Pino de Teror, los tres centrales los realizó el tallista grancanario Nicolás Jacinto Viera, mientras que los otros dos laterales

responden a la mano de José de San Guillermo, también conocido en aquellos entonces como José de Quesada.

Entre los trabajos más importantes del maestro Nicolás Jacinto tenemos: el retablo mayor de la Iglesia de San Juan Bautista de Telde, llevado a cabo entre 1750 y 1766. Ese mismo año de 1766 realiza el del altar mayor de la ermita de San Telmo. Para tal edificio, y tres años más tarde, se efectuaban los que hoy presiden las imágenes de Nuestra Señora de las Angustias y San Pedro González Telmo, piezas quizás salidas de la propia mano de maestro Nicolás Jacinto, aunque se le atribuyan a José de San Guillermo, pues responden al mismo esquema que los colaterales terorenses, si bien ofrecen un mayor repertorio decorativo.

En igual fecha, 1766, fueron forradas con madera las paredes del presbiterio haciéndolas policromar la “Confraternidad” a base de un damasquinado al más puro estilo cordobés. En el año 1767 se doró el techo mudéjar del presbiterio. En 1781 se hacen los nuevos retablos barrocos de los laterales, para Nuestra Señora de las Angustias y la Concepción. En 1774 se hicieron las andas de plata de San Telmo por el platero canario, natural de Las Palmas, Agustín Padilla. En 1776 fue pintado y decorado el arco toral por el maestro Agustín Rodríguez, trabajo que hizo por 90 pesos, abonándole la “Confraternidad” 10 más por el excelente trabajo realizado, según consta en los libros de actas del “Gremio de Mareantes”. En este mismo año de 1776 el Gremio invierte 3.000 pesos en adquirir el órgano, campana de tres quintales y varios ornamentos. En 1784 fue colocado el púlpito tallado y dorado; éste exhibe en uno de los

tableros la tiara y las llaves de San Pedro. En 1786 la Junta de Mareantes encargó al orfebre canario, Antonio Padilla, hijo de Agustín Padilla, el marco de plata de la Virgen de las Angustias, para lucirlo el día de su fiesta, cuyo molde tallado se debe a José de San Guillermo, del que hoy conocemos que se llamaba realmente José de Quesada, maestro que fue del insigne escultor canario José Luján Pérez. En el año 1794 el mismo platero Antonio Padilla hizo el trono de plata de la Virgen de las Angustias, teniendo como molde de madera el confeccionado por el mentado maestro José de San Guillermo. En 1797, la Confraternidad llevada del mismo celo encargó al referido platero la hermosa lámpara de plata que cuelga en el lateral derecho del presbiterio, sustituyendo a la que robaron en 1788 de la que solo apareció la basa enterrada en las dunas de “Los Arenales”. Desde el año 2009, cuelgan en el Altar Mayor, escoltado la pintura del crucificado, dos lamparitas regalo de las Siervas de María a la parroquia antes de abandonar su convento de la calle Canalejas.

ALTAR DE SAN TELMO



Altar de San Telmo

La imagen del santo dominico palentino, San Pedro González Telmo, es muy antigua, y se cree que fue traída a finales del siglo XVII por un galeón español en ruta para Las Antillas. Es de autor desconocido, pero, al parecer, según rasgos, es de la escuela sevillana. Es una imagen de vestir y de expresivas facciones. En la mano izquierda lleva un bergantín de plata sobredorada, obra del orfebre canario Antonio Padilla, y en la derecha una candela también de plata, su cabeza la adorna una diadema del mismo metal sobredorado. El altar, en las grandes solemnidades de

antafío, se veía enriquecido con un juego de doce candelabros de plata, del orfebre Antonio Padilla, que por 167 pesos, adquirió el Gremio en el afío 1781. En la actualidad esa gran solemnidad se ha perdido. El santo viste túnica con escapulario de tela blanca adornada de un galón dorado y manto y capucha de terciopelo, igualmente guarnecido con franja de oro. Del cuello pendía, en los afíos 60 del pasado siglo, según don Sebastián Jiménez, un rosario de oro con medallas, rosario que hoy no luce la imagen, pero que se guarda en una cajita, según inventario del 2004, en un armario en la sacristía. Hace afíos que la talla fue trasladada desde la hornacina del Altar Mayor al altar barroco situado en el lateral derecho del templo, obra extraordinaria realizada en 1781 en Las Palmas por el maestro carpintero José de San Guillermo, la obra fue dorada por el pintor y dorador Agustín Rodríguez, trabajo por el que recibió 70 pesos. Las paredes de la hornacina están policromadas.

Al Santo de los marineros y de la gente de la mar se le honraba antiguamente, en su día grande, con solemne función religiosa a cargo del capellán de la ermita, a la que asistía la "Confraternidad" en pleno. En los últimos tiempos también acudía a la función la Corporación de Prácticos del Puerto y la Autoridad de Marina. Procesionalmente se le paseaba por el viejo Barrio de Triana (sede de las antiguas casas consignatarias) en magnífico trono de plata cincelada, con baldaquino, obra primorosa de la orfebrería canaria debida, al viejo Agustín de Padilla (padre de Antonio), trono que se conserva, en una vitrina, en el salón alto de la sacristía y en el que era colocado el santo el día de su fiesta. En la procesión, el trono

iba escoltado por marineros y pescadores que durante el recorrido ejecutaban un baile con panderetas, buches y espadas de madera hasta llegar al embarcadero en el Muelle de Las Palmas; donde era embarcado el Santo en una nave de madera movida a remo, que era patroneada por el capitán más antiguo del Gremio. El recorrido marítimo, si el tiempo lo permitía, se limitaba a la ribera del Muelle de Las Palmas y regreso nuevamente al mismo. Mientras que en tierra se oía el sonido bronco del “bucio” (sonido de la caracola de mar) que entonaban fervorosamente los marineros desde tierra. Finalizada la procesión marítima, el trono retornaba nuevamente a la ermita, realizado su tradicional recorrido por las calles adyacentes a la misma. Una gran traca de voladores y el repique de las campanas de la iglesia ponían punto final a la función religiosa. Luego había paseo y música por la calle de Triana y la gente se acercaba a la fonda de “Ma-Tula” -nombre que dio origen a la calle Matula, vía transversal de Triana, muy cerca de la ermita-, a saborear un buen pescado frito acompañado por un cuartillo de ron de Cuba. Del lugar salían los “roncotes” enjaranados, camino al angosto y torcido “Callejón de la Vica”, o Bica, con b, para ir al popular barrio del Risco de San Nicolás a gozar de un buen “baile de taifas”, si el cuerpo y su contenido etílico lo permitían. Por la noche, fuegos artificiales junto al mar y fin de la fiesta. ¡Una tradición que ya no volveremos a ver!

Al igual que lo fue el trono de Nuestra Señora de las Angustias, el de San Telmo fue encargado por el Gremio de Mareantes en el año 1773 y estrenado al año siguiente en el día de su fiesta.

Curiosamente el trono de la Virgen de Pino se hizo inspirado en éste de San Telmo.

Por tradición, cuando los hombres de la mar escapaban de un naufragio o de un gran temporal, dejaban en agradecimiento al Santo, una copia en miniatura de su barco. Precisamente, según señala el “Diario Las Palmas”, de 21 de mayo de 1904, de los tirantes de tea del techo mudéjar del templo marineru colgaban, en los años que aún existía el convento de San Bernardo fundado en 1592 por Fray Pedro Basilio de Peñasola para la reclusión de jóvenes religiosas de Las Palmas (el monasterio fue abandonado por las monjas en 1836), innúmeros exvotos prometidos al Santo en horas angustiosas en lucha horrible con el mar, lejos de la tierra canaria. La mayoría eran maquetas en madera o plata, fieles reproducciones de bergantines, fragatas, goletas, galeones y pequeños barquillos de vela. Estos exvotos nos hablaban de favores, de tragedias y accidentes marineros, de suplicas y protecciones concedidos por intercesión de San Telmo. Hoy, si miramos al artesonado mudéjar de la ermita, solo vemos seis pequeñas ofrendas colgando de sus tirantes, presentes, que según investigaciones, no son de épocas pasadas y se debieron colgar en alguna restauración de la ermita, para recordar aquellos viejos tiempos. La mayoría de las ofrendas marineras, lamentablemente hoy desaparecidas, se perdieron destruidas por el paso de los años y, sobre todo, por la falta de celo de quienes estaban obligados a velar por ellas, así como por el capricho de algunos que, sin más, las cedían a amigos o miembros del Gremio. Uno de estos beneficiados fue don Domingo Galdós, armador de navíos

dedicados a la pesca en el cercano banco pesquero sahariano, natural de Vizcaya y abuelo de nuestro gran novelista don Benito Pérez Galdós, hermano que fue de la Cofradía, como dueño que era de los veleros “Santísima Trinidad” y “Jesús y María”. De estos caprichos también se benefició su nieto, el universal don Benito, que desde su niñez mostró un ferviente interés por poseer alguno de aquellos barquitos que colgaban del techo de la ermita. Su sueño se convirtió en realidad, cuando ya consagrado por la fama, vino en una rápida visita a su ciudad natal en 1894, al ofrecerle el Gremio de Mareantes, el 4 de noviembre, cuando recorría sus calles curioseándolo todo, un exvoto que se conservaba en el templo. Este fue su último viaje a la isla. El porqué pienso que los exvotos que hoy cuelgan del techo no son de la época, lo confirma un artículo del desaparecido “Diario Las Palmas” del viernes 5 de noviembre de 1993, que, recordando historias de hace 100 años nos dice: tal día como hoy, 5 de noviembre de 1894, don Benito Pérez Galdós continuaba visitando varios edificios públicos de Las Palmas de Gran Canaria. El día anterior permaneció cerca de dos horas en la ermita de San Telmo. “(.....) lugar de gratísimos recuerdos para el gran novelista, según ha significado, y como mostrara interés en examinar de cerca el “**único**” de los pequeños barcos que allí se conservan, el presidente de la Confraternidad de San Telmo ordenó que se descolgara, entregándoselo como presente a don Benito Pérez Galdós. El escritor agradeció muchísimo el regalo, y conserva por tanto los dos únicos barquichuelos de los muchos que poseía la ermita hace años, barcos que tanto llamaban la atención de Galdós cuando era niño”. El segundo barco del que habla el “Diario Las Palmas” debe ser, sin

duda, el que un día heredó de su abuelo, a este segundo no le he podido seguir la pista. El que don Benito lució con mucho orgullo en su residencia marinera de “*San Quintín*”, junto al Sardinero, en la bahía de Santander, es el que le regalaron en su último viaje a Canarias, obsequios que hoy podemos ver en una de las vitrinas de su Casa Museo, en la calle Cano número 6 de Las Palmas de Gran Canaria, casa en la que un 10 de mayo del año 1843, vino al mundo el más universal de nuestros escritores y donde vivió hasta los 19 años. Esta vieja casona es, desde 1964, por iniciativa del Cabildo Insular de Gran Canaria, con el acuerdo de la familia, su Casa Museo.

Como el galeón ofrecido al escritor presentaba algún deterioro, producido por el tiempo y el abandono, la Confraternidad de San Telmo encargó para su reparación al magnífico carpintero de ribera don Manuel Miranda, fue tan excelente su trabajo, que don Benito envió una carta de gratitud al maestro carpintero, alabando la pericia y el arte con que había llevado a cabo la restauración.

Otro escrito que corrobora mi razonamiento lo vemos en el diario “La Provincia” del 12 de noviembre de 1975, donde el Cronista Oficial de la ciudad, don Luis García de Vegueta nos dice, refiriéndose a la ermita de San Telmo: “(.../...) aunque hayan desaparecido los veleros que pendían de las vigas en tiempos de don Benito Pérez Galdós (.../...)”.

Una prueba elocuente de la devoción al Santo en nuestra ciudad la encontró don Sebastián Jiménez Sánchez, según consta en su libro

“Temas Histórico-Artísticos, Religioso y Arqueológico-Folklórico de Canarias Oriental”, en un documento algo deteriorado que se conserva dentro de un marco en la sacristía alta de la ermita. Este escrito hace referencia a una certificación extendida por el Escribano Público de la Isla, en el que se hace constar que en el Registro corriente de Instrumentos públicos se hallaba protocolado de mandato oficial un Breve Apostólico concedido en 10 de mayo del año 1782 por el Emmo. Y Rvdmo. Sr. Cardenal Arguino, Prefecto de la Congregación de Sagrados Ritos, según especiales facultades concedidas por N.S. Pío Sexto, al presente ausente de Roma – así se consigna-autorizado por el Emmo. Cardenal Allai, Secretario de la Congregación de Roma, concediendo facultad a la Confraternidad del Beato Pedro González Telmo para que en su fiesta, en la Dominica segunda o tercera de mayo tuviese lugar en honor de dicho Beato con las preces una Misa solemne a manera de una misa votiva, cuyo Breve se presentó al Señor Previsor y Vicario General de este Obispado, Sede vacante, quien a su vez la autorizará por medio de su Notario don Antonio Felipe de la Sierra, Presbítero. En otro medallón orlado que cuelga en la citada sacristía, se hace constar: “El Ilustrísimo Señor don Bernardo Martínez, Dgn. Obispo de estas Islas, concede cuarenta días de Indulgencias a los fieles que oigan cada vez una misa ante la imagen del Sr. Sn. Telmo. Asimismo otros cuarenta días al que rezare el Rosario ante Nuestra Señora de las Angustias, por cada vez que lo haga. En 15 de sepbre de 1828, siendo su Mayordomo Leonardo Sánchez”.

A los extremos del citado retablo, hace años, recibía culto una antigua y valiosa talla de San Juan Nepomuceno, que vino de la capilla del desaparecido convento de las monjas bernardas de la Concepción y una más moderna de Santa Teresa del Niño Jesús, ésta última fue retiradas del culto y la de San Juan Nepomuceno, para evitar el robo, la podemos ver en una pequeña hornacina en la parte alta del retablo. En los bajos del mismo se encuentra un sencillo marco con una talla de la Virgen del Perpetuo Socorro, de devoción moderna en Las Palmas, con cofradía fundada en 1918.

Con el tiempo, se ha ido perdiendo, poco a poco, la rancia devoción al pío fraile dominico por la gente de la mar. Hoy, el patronazgo, está vinculado fervorosamente a Nuestra Señora la Virgen del Carmen. Madre y protectora de los hombres, que día tras día se ganan el pan en los confines del mar.

ALTAR DE NTRA. SRA. DE LAS ANGUSTIAS

Frente al descrito retablo de San Telmo, en el costado norte de la ermita, hay otro altar rococó, gemelo al anteriormente citado, tallado en Las Palmas en 1781, por expreso encargo de la Confraternidad. Éste nuevo retablo vino a sustituir al antiguo altar que tenía esta advocación mariana, que juntamente con el primitivo retablo de San Telmo fueron cedidos por la entidad marinera a la Capilla del Santo Cristo de la Venerable Orden Tercera de San Francisco.



Altar de Nuestra Señora de las Angustias

En lugar preferente del mismo se encuentra al culto una copia de la tabla flamenca de la devotísima imagen de Nuestra Señora de las Angustias, representada en una pintura sobre tabla de 70 centímetros de alto por 60 de ancho. La pintura original, muy valiosa, se guarda en la sacristía alta en una vitrina con el magnífico marco de plata repujada que un día le regalara el Gremio de Mareantes. La Virgen se nos muestra con rostrillo y toca blanca; tiene una cara muy expresiva, doliente por el sufrimiento y pena que la embarga al tener a su Hijo muerto entre sus brazos, poco después del Descendimiento histórico del Monte Calvario. Ella es presentada por el pintor anónimo como una auténtica “Mater Dolorosa”. Su cabeza aparece ligeramente reclinada sobre la de Jesucristo, en tanto que sus brazos y manos sostienen al Hijo muerto, ayudándole a mantener en alto el cuerpo inerte del Redentor. Es, sin duda, la más fiel representación de la Piedad. Parece ser una buena pintura de la escuela italiana, aunque hay quien se la atribuye al pintor flamenco del Renacimiento español, Peter Kempeneer, castellanizado, Pedro de Campaña (Bruselas 1503 – 1580). La cabeza de la Virgen presenta una aureola formada por doce estrellas de plata. Ésta tabla seguramente es la que en su día estuvo al culto en la desaparecida ermita de las Angustias, de la que ya hablamos al principio.

La tabla de la Virgen de las Angustias se enriquecía en los días de solemnidad con un valioso marco de plata repujada, con penacho, del más puro estilo barroco, confeccionado en 1787 por encargo expreso del Gremio de Mareantes y realizado por el orfebre canario Antonio Padilla, sobre molde tallado por el maestro carpintero José

de San Guillermo, maestro de Luján Pérez. En el centro del penacho hay una corona de espinas en relieve y en el centro de ésta los tres clavos de la Pasión. La Junta de la Confraternidad al hacer el encargo al platero Padilla en el año 1786 puso como condición que debía entregar el marco, como mínimo, la antevíspera del comienzo de la novena a la Virgen, en el mes de mayo. El maestro San Guillermo percibió por el trabajo de la maqueta o molde la cantidad de 50 pesos. La plata empleada por el orfebre Antonio Padilla en el trono de la Virgen ascendió a casi 14 libras, pagándole 125 pesos por su trabajo. El trono fue estrenado en la fiesta de 1794, según se hace constar en los libros de actas del “Gremio de Mareantes”. El trono y el marco, se guardan hoy en una hermosa vitrina en el salón alto de la sacristía y no se muestra públicamente, verdaderamente, es una pena no poder disfrutar de estas maravillas.

A los laterales del altar de Nuestra Señora de las Angustias se veneraban, años atrás, las extraordinarias tallas de San Rafael y la asaetada escultura de San Sebastián, esta última, procedente de la desaparecida ermita del santo mártir. Desgraciadamente, como ya hemos indicado, la pequeña talla de San Sebastián fue robada de la ermita, en mayo de 1981, y aunque la escultura está localizada, no se ha conseguido su devolución a la parroquia. La obra de San Rafael se conserva en la parte alta del retablo para evitar su robo.

La procesión de la Virgen de la Angustias no pasó desapercibida al famoso tendero del siglo XVIII don Antonio Betancourt, cuyo comercio estaba en la calle La Peregrina. Él consigna en su peculiar

“Diario” lo siguiente: “En este día, Domingo 11 de mayo de 1800 fue la procesión de Nuestra Señora de las Angustias, y fue Manuela Higuera que estaba en casa y Gabriela y María Mercedes en casa de la madre de Manuela a ver la procesión, y les mandó de merienda “dos libras de pan, un frasco de vino, dos rrapaduras, dos güebos y una caja de tabaco”. Este es uno de los tantos asientos curiosísimos que don Antonio Betancourt consignaba en su “Diario” y que confirman la categoría de la procesión de las Angustias.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN



Inmaculada Concepción

En la hornacina central y única del retablo del Altar Mayor de la ermita de San Telmo, extraordinaria joya del arte barroco canario, que fue construido en 1766, se encuentra hoy la preciosa imagen de la Inmaculada Concepción; que sustituyó en su momento a la del titular y patrono del templo, San Pedro González Telmo. Es una bella obra de importación, de las muchas que llegaron a Canarias

en el siglo XVIII. Tanta belleza encierra la imagen que, en septiembre de 1943 con motivo de una visita a Las Palmas de Gran Canaria del catedrático y crítico de arte, don Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, entonces Director General de Bellas Artes, quedó tan extasiado ante la talla que dijo de ella, “desde que la vi me pareció obra de un gran escultor de la escuela granadina, probablemente del mismo Alonso Cano. Es, desde luego, una figura de extraordinaria y espiritual belleza, obra que solo podían cincelarla un Alonso Cano o un Pedro de Mena. La cabeza exquisitamente modelada, con los mechones que cubren las orejas y se derraman por el pecho; las manos que apenas se tocan por las puntas, en un ademán de extrema delicadeza; el ropaje barroco magníficamente tratado que se pliega ampulosamente sobre el cuerpo y se ciñe luego dando a la figura el aspecto de un cono invertido; las mismas cabezas de angelillos de la peana me llevaron a pensar, más en el mismo Alonso Cano que en ninguno de sus seguidores”.

Continúa el Marqués de Lozoya contemplando la imagen y dice “hay en ella un soplo más barroco que en las de Alonso Cano, cosa que me hace pensar en Pedro de Mena; pero las de éste escultor son de un carácter diferente, quizás más doloroso. El cuello exageradísimo de la Inmaculada de San Telmo, es característico de Cano y no se encuentra en Mena. Típico de Cano es la disposición del cabello y la de los angelillos de la peana. Mena prefiere ángeles de cuerpo entero”. Termina el Marqués de Lozoya asegurando que se trata de una obra muy tardía de Alonso Cano. Sin embargo toda esta problemática de las atribuciones de esta obra no termina ahí.

Hay quien asegura, como el Catedrático de Historia del Arte de Universidad de Sevilla don José Hernández Díaz, que la referida obra pertenece a Duque Cornejo, y que fue hecha hacia 1740/1750. Esta obra procedente del convento de monjas bernardas de la Concepción que antaño estaba en la hoy Plaza de San Bernardo, es, sin lugar a dudas, la obra más hermosa que tiene la ermita, sea de Alonso Cano, Pedro de Mena o Duque Cornejo.

SAN BERNARDO Y SAN BENITO

En el lado de la Epístola, entre el retablo de San Telmo y el maravilloso arco toral, sobre una sencilla peana de cantería, está la antigua y hermosa estatua San Bernardo de Claraval, monje benedictino que reformó la orden de los cistercienses, de ahí que esté presente en muchos templos de esta regla. La talla es de autor desconocido, y procede de las tantas veces mencionada iglesia del extinguido monasterio de monjas bernardas de La Concepción. Es el titular de la Parroquia de San Bernardo, creada por el Obispo don Buenaventura Codina el 20 de agosto de 1849, precisamente el día en que la Iglesia conmemora su festividad. San Bernardo de Claraval (1090–1153), es Doctor de la Iglesia, abad y fundador del Monasterio Cisterciense de Claraval y de muchos otros. Es el patrono de Borgoña.

Frente, en el lado del Evangelio, entre el retablo de la Virgen de las Angustias y el púlpito, también sobre sencilla peana de cantería, tenemos a San Benito Abad con el cuervo a sus pies llevando un mendrugo de pan envenenado en el pico que le había enviado al Santo un envidioso compañero. La talla es anónima, igualmente procedente del desaparecido convento de la Concepción. San Benito de Nursia (480–547) es el Fundador de la Orden de los Benedictinos y está considerado como el “Patrón de Europa”.

Las dos imágenes, que antiguamente estaban flanqueando el altar mayor de la ermita, fueron traídas, al parecer, de Sevilla. Sin ser piezas de gran calidad, las tallas tienen un notable valor histórico y religioso.

NIÑO JESÚS DEL CORO, O DEL REMEDIO



El Niño Jesús del Remedio

Conserva la ermita de San Telmo una suntuosa y muy artística urna-facistol, de estilo rococó, con cristaleras, con la devotísima efigie del Niño Jesús del Coro, o de la Madre Petronila de San Esteban, monja cisterciense del siglo XVIII, llamado también por dicha religiosa “Niño Jesús del Remedio”.

El Niño Jesús del Coro, procedente del extinguido convento de la Concepción de monjas bernardas de Las Palmas que se encuentra en este templo, fue el que en pasados tiempos, y más concretamente en pleno siglo XVIII, atrajo en gran manera la

devoción de los fieles. Artífice de esta especial devoción fue la mencionada Madre Petronila de San Esteban.

El Niño Jesús del Remedio, es una obra barroca de muy bella factura, con rostro alegre y vivaz que realza mucho la talla. La figura portaba en la mano izquierda, un estandarte con varal rematado por una cruz, al parecer del mismo metal, pendón que en la actualidad no lleva, y lo malo es, que nadie sabe nada sobre él. Tiene corona de plata y calza zapatitos de plata repujada, descansando sobre una artística peana del mismo metal y estilo. La devota imagen del Niño, que tuvo un piadoso culto en la ermita, tenía para los días de su mayor solemnidad ricos vestidos. El 19 de enero fue el marcado para honrar con solemnes cultos al Niño Jesús de la Madre Petronila de San Esteban, muy significativos a finales del siglo XVIII, en todo el XIX y aún en los comienzos del XX. Actualmente su culto está olvidado y sus ricos vestidos –tres, según el último inventario de año 2004- se guardan en un armario de la sacristía. El autor posible de esta urna y de la propia imagen del Divino Niño quizás sea el célebre tallista palmero Lorenzo de Campos.

EL SEÑOR DE LA BURRITA

A la derecha, frente al Niño Jesús del Remedio, junto al cancel, existía antaño un devoto Crucificado que hoy podemos contemplar en el altar mayor sobre una elegante peana de madera y plata repujada.



Domingo de Ramos, procesión de la Burríta ,1905-1910

Junta al Cristo, estaba el popular trono de Semana Santa, representando el simbólico misterio de la “Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén”, misterio de masiva influencia popular, conocido por los canarios como, el “Señor en la Burríta”, y cuya tradición se remonta a los principios del siglo XX. Es la procesión con la que se inicia actualmente la Semana Santa de Las Palmas de Gran Canaria. La parroquia de San Bernardo no tomó parte durante muchos años en las procesiones de la Semana Mayor. Esta

actividad quedaba reservada a las otras tres parroquias de la ciudad, San Francisco, Santo Domingo y San Agustín.

Tal circunstancia producía cierta desazón a su párroco y feligreses, quienes, a toda costa, deseaban superar esta especie de marginación litúrgica, contando para ello con las sustanciosas limosnas del comercio de Triana. A don Miguel Domínguez Suárez, que rigió los destinos de esta iglesia durante cuarenta y cinco años (1877 – 1922), se debe el encargo del grupo escultórico del “Señor de la Burrita”. La imagen de vestir fue traída de Valencia y es de autor desconocido, empezó a salir a la calle, en 1905, así consta en la prensa de la época, siempre en la mañana del “Domingo de Ramos” entre palmas y ramos de olivos, de ahí, que también sea conocida como la “Procesión de los Palmitos”, es una manifestación muy popular que recorre las calles de la ciudad, especialmente acompañado por la grey infantil, para disfrute y gozo de todo el pueblo canario, años atrás, la imagen estaba a la entrada del templo, junto al Cristo y la pila bautismal, hoy, “El Señor de la Burrita” está en un rincón de la sacristía, debidamente protegido, y dentro de un mueble acristalado.

LOS LIENZO

La ermita, según don Ricardo (su actual párroco), tenía en la década de los noventa, trece lienzos, de estos, hoy podemos ver cuatro en el templo: en el lateral izquierdo, “visión de Santa Teresa de Jesús” y “la Virgen y el Niño”, ambas pinturas anónimas y proceden del extinguido Convento de Monjas Bernardas, las dos de la derecha, son exvotos, también anónimos, que recogen aspectos varios de la vida de San Telmo, el que está a la entrada, junto al confesionario, representa a San Telmo, con hábito dominico, oyendo en confesión al Rey de Castilla, Fernando III el Santo. Debemos tener en cuenta que San Telmo fue el capellán de las tropas cristianas del rey Castellano durante la Reconquista. El otro que está sobre la puerta, es muy antiguo y de grandes proporciones, nos presenta a la Virgen de Candelaria y al Santo Cristo de la Vera Cruz, ambos en alto, sobre el mar, por el que navegan tres bergantines. Todo un simbolismo de protección espiritual marinera.

En la sacristía se conservan otras cuatro pinturas, dos proceden del mentado convento de religiosas bernardas que representan al Señor Prendido y otro a Santa Rosa de Lima, los otros dos son temas votivos, regalos de devotos de Nuestra Señora de las Angustias y San Pedro González Telmo, uno nos presenta a la Virgen de La Misericordia protegiendo un bergantín que navega sobre un mar gris y el otro nos muestra las tentaciones de San Telmo. En la pared de la escalera que sube a la sacristía alta cuelga el lienzo “caballero a caballo”, recientemente restaurado por

Patrimonio del Cabildo, con un presupuesto inicial de 12.000 Euros. Como hemos indicado, todas las obras son de autor desconocido.

La mayoría de estos lienzos, como ya hemos dicho, estaban muy deteriorados y gracias al taller de restauración de la Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico del Cabildo Insular de Gran Canaria se han podido salvar.

Quedan aún varias obras en restauración, una de ellas, antiquísima, de 2,30 de ancho por 3,00 de alto, nos presenta a San Francisco de Paula pasando el mar desde Calabria a Sicilia en unión de su compañero, sobre su hábito tendido sobre las ondas del mar con gran seguridad y el asombro de los marineros que los habían dejado en la orilla por no tener con que pagar el viaje. En el lienzo se ven dos grandes galeras totalmente engalanadas. La obra, desgraciadamente sufre tal deterioro que, según Patrimonio, resulta casi imposible su salvación, el resto de los lienzos sigue su proceso de recuperación.

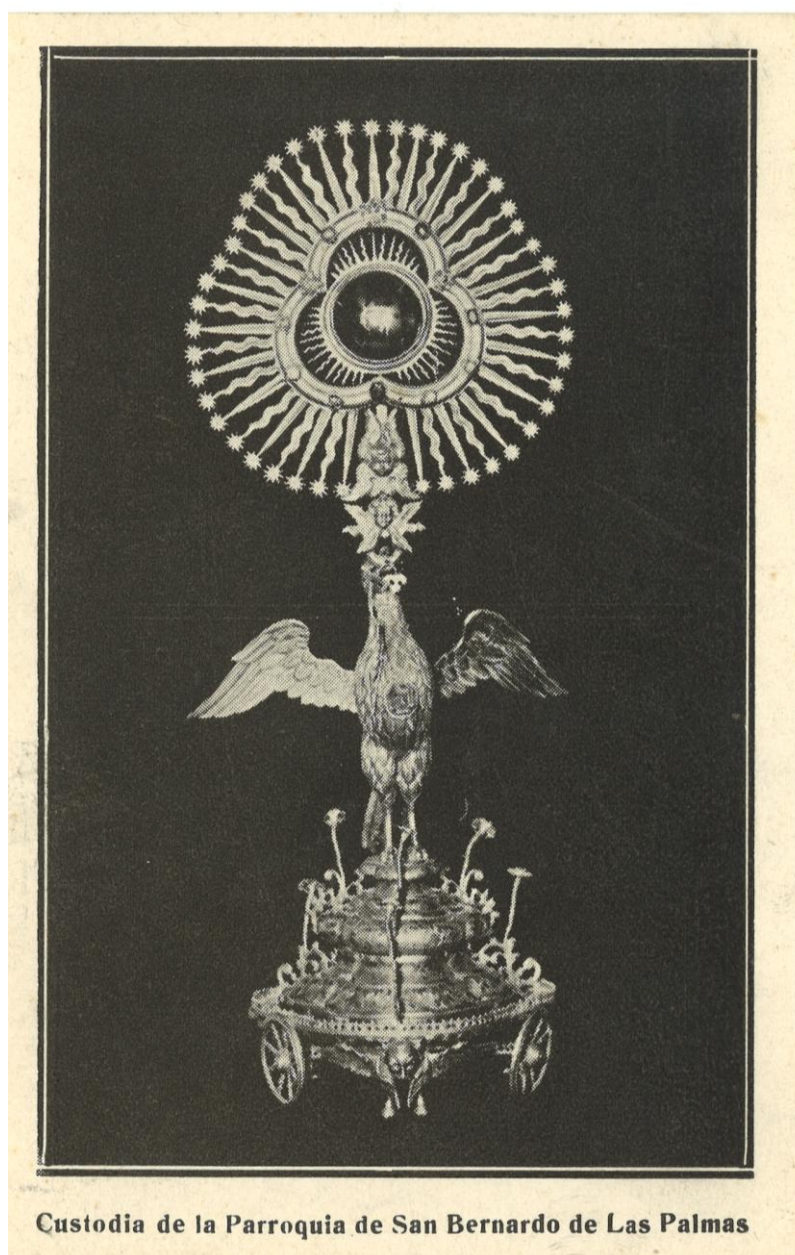
EL PÚLPITO

En el lado del Evangelio, junto al retablo de la Virgen de las Angustias, fue colocado en 1784 un grácil púlpito barroco tallado y dorado que adorna la ermita; éste estrado parece más bien un pequeño balconcillo, pues no se accede al mismo desde el interior de la ermita sino que hay que hacerlo por una escalera que hay en la sacristía. Este exhibe, como ya hemos indicado al hablar del templo, en uno de los tableros la tiara y las llaves de San Pedro.

LA VIRGEN DE LOS DOLORES DE TRIANA

En el 2012, la Parroquia de San Bernardo (San Telmo) celebró los veinticinco años en que la bella y delicada imagen de la Virgen de los Dolores de Triana fue adquirida, en 1987, en Madrid por la Cofradía. Ese año, la Virgen realiza su primera Estación de Penitencia en la tarde-noche de Miércoles Santo, saliendo desde la Parroquia, donde tiene su sede canónica, a la iglesia franciscana de San Antonio de Padua de la calle Perdomo. Al cumplirse los veinticinco años de tan importante acto, la Cofradía lo celebró con un Triduo Extraordinario seguido de Función Religiosa en honor a la Virgen, terminada la misa, la imagen fue trasladada en procesión solemne por las principales calles del histórico barrio de Triana, haciendo noche penitencial en la vieja Ermita de San Nicolás de Bari, lugar donde se fundó la Cofradía. Al regresar al templo, la “Dolorosa de Triana”, que antes se veneraba en la sacristía de la ermita, pasó a la iglesia, lado de la epístola, ocupando el pedestal que antes tenía San Pancracio, imagen muy reciente, que ha pasado a ocupar una nueva peana junto a la puerta sur del templo.

LA CUSTODIA



Formando parte del tesoro parroquial de San Bernardo, la ermita de San Telmo guarda en su magnífico joyero una esbeltísima custodia, de plata sobredorada, con pedrería, obra atribuida, a pesar de no aparecer firmada, al platero canario Ildfonso de Sosa –Alonso Agustín de Sosa y Salazar (1693-1766), según el profesor Hernández Perera-, artista lagunero de la primera mitad del siglo

XVIII, contemporáneo del escultor tinerfeño José Rodríguez de la Oliva “El Moño” (1695–1777), quien en varios momentos le dibujó modelos de custodias y otros objetos del culto, afirmación deducida por el crítico de arte y catedrático don Jesús Hernández Perera en su extraordinario libro “Orfebrería de Canarias”, al comprobar en varias de esas obras las inscripciones “Ildephonsus de Sosa me fecit. Ann. 1734” y “Joseph Rodríguez, invor – inventor-”.

La custodia u ostensorio, en el culto católico, es la pieza de oro o de otro metal precioso, donde se coloca la hostia, después de consagrada, para adoración de los fieles. Tiene su origen en la institución de la fiesta del Corpus a mediados del siglo XIII. Pero es desde mediados del XV cuando se adoptó la forma de torrecilla o templete, casi siempre de plata, sostenida por una base artística, quedando en medio un viril de oro o plata para colocar en él visiblemente la hostia consagrada.

El gran ostensorio de la iglesia de san Bernardo y san Telmo tiene una base muy artística, la obra descansa sobre un carro con tres ruedas y tres santos animales: el buey de san Lucas, el ángel de san Mateo y el león de san Marcos. El conjunto simboliza al carro del profeta Ezequiel que, como vemos, se identifica con los cuatro evangelistas, en la custodia hace de mástil un águila, el ave que más se acerca al cielo en su vuelo y que representa a san Juan, cuya visión de Dios era la más próxima y le distinguía de los otros. Por esta razón, se le ha reservado el lugar más destacado como soporte del cuerpo radiante de Cristo y de la Santísima Trinidad.

El viril está rodeado por ochenta piedras preciosas, de estas setenta y una finas y nueve falsas (49 esmeraldas, 45 finas y 4 falsas; 10 amatistas, 6 finas y 4 falsas; 9 topacios finos; 10 granates; un rubí fino y otro falso); mientras que el águila tiene por ojos un rubí fino y otro falso y en el pecho un topacio muy grande, aparte de las seis que lucen las tembladeras –cinco topacios fino y una amatista falsa- Esta pedrería aparece rematado por haces de rayos solares. La custodia, joya de la orfebrería canaria, solo se luce en días especiales, este año 2012, la hemos podido ver en un triduo en honor al Corazón de Jesús y al Corpus Christi celebrado a mediados de junio. Esta espléndida y magnífica alhaja procede del antiguo convento de las monjas Bernardas.

En la sacristía alta de la ermita se conserva un extraordinario tesoro, en ella podemos ver la pintura original de la ya mentada Virgen de Las Angustias con su rico marco de plata repujada con trono del mismo metal, también se guarda el magnífico trono de plata cincelada con baldaquino de San Telmo, las andas son obras del isleño Agustín de Padilla, también se exhibe un juego de doce candelabros, debidos a su hijo Antonio, igualmente autor del marco de plata de la Virgen, también se guarda una Cruz procesional con sus ciriales, una custodia, vasos, vinajeras incensarios candelabros y otros ornamentos sagrados, la mayoría regalos del Gremio de Mareantes. La orfebrería, muy bien cuidado, se muestra en hermosas vitrinas acristaladas y muy bien iluminadas. Las vitrinas son de 1941 y costaron, la friolera, de 1.883,00 pesetas –según inventario del 2004-. Es una lástima no poder mostrar estas maravillas a los grandes amigos del arte que tiene Canarias.

VI

LOS PÁRROCOS

Su primer párroco fue don **Cristóbal Caballero González**, nombrado el mismo día en que se crea la parroquia y fallecido el 11 de febrero de 1862. En febrero de 1861, dado el estado ruinoso de la iglesia monacal, ésta fue abandonada, y al carecer la Diócesis de recursos económicos, la nueva parroquia con imágenes y demás objetos del culto fue trasladada, de forma provisional, a la Parroquia de San Francisco de Asís, por decreto del Obispo Fray Joaquín Lluch y Garriga (1858-1878), de fecha 12 de febrero de 1861, pero con la obligación expresa de celebrar misa los domingos y días de guardar en la ermita de San Telmo. Hasta el mes de marzo de 1868 la nueva parroquia de San Bernardo residió en la de San Francisco, regida, hasta el 30 de enero de dicho año, por don **Felipe de Armas Hernández**, en marzo, la parroquia quedó instalada definitivamente en la mentada ermita de San Telmo, siendo su primer cura párroco don **Juan Inza y Morales**, que llegó hasta el año 1875, año en que pasa a la Catedral de Canarias como canónigo Penitenciario. A éste le sucede, don **Jerónimo Martín Fernández**, que solo está dos años 1875 a 1877. A don Jerónimo lo sustituye un grande, don **Miguel Domínguez Suárez**, un hombre especial que rige los destinos de la parroquia durante 45 años, desde septiembre de 1877 hasta mayo de 1922 en que fallece. El último ecónomo de prolongada y apostólica actuación fue el teldense don **José Mejias Peña**, nacido

el 12 de sepre de 1881, su ordenación sacerdotal le llega el 18 de mayo de 1905. Estando en Lanzarote, en 1917, es llamado para regir los destinos de la parroquia de San Bernardo, primero como coadjutor, después como regente, por imposibilidad física de don Miguel Domínguez, desde el 27 de agosto de 1917, y finalmente como cura ecónomo, a partir del 26 de mayo de 1922 y hasta el año 1955, en el que acaba su mandato. Con el Lcdo. Mejías, el número 6 desde 1849, la parroquia de San Bernardo cumplió un siglo de vida. Estos seis sacerdotes fueron, durante cien años (1849-1949), los padres en la fe y se desvivieron por el bien espiritual de la Parroquia de San Bernardo.

Al inicio del segundo centenario, el 20 de agosto de 1949, continuaba rigiendo los destinos del templo el presbítero don José Mejias Peña, iglesia que deja, con 38 años de servicio, el 26 de diciembre de 1955. Este ilustre teldense falleció en Las Palmas de Gran Canaria, con 91 años, el 18 de agosto de 1972. A partir de su marcha en 1955 llegan a la parroquia varios jóvenes sacerdote, al citado don José Mejias lo sustituye, don **José Déniz Montesdeoca**, que está solamente dos años, enero de 1956 a octubre de 1957. Luego llega el hijo de Juncalillo de Gáldar, don **José Castor Quintana Sánchez**, que rige los destinos de la parroquia desde el 14 de octubre de 1957 hasta julio de 1962, año en el que se va destinado a la parroquia de Artenara. Éste gran sacerdote falleció en Madrid el 25 de abril de 1975, a los 48 años de edad, en plena juventud y tras una larga y cruel enfermedad. Fue profesor de religión en la vieja Escuela de Comercio, y de él recibí sus amplios conocimientos, cuando cursaba primero de Profesor Mercantil, en la

popular Escuela. A éste excelente párroco le sucede en el cargo, el hijo de Tenteniguada (Valsequillo), don **Olegario Peña Vega**, que llega procedente de la parroquia de Ntra. Sra. De La Luz, en San Telmo pasó 22 años de su vida sacerdotal, octubre de 1962 a septiembre de 1984. El 29 de septiembre del mencionado año, entra a regir los destinos de la feligresía, el lanzaroteño, nacido en Haría, don **Enrique Dorta Alfonso**, gran orador, canónigo, desde 1977, de la Catedral de Las Palmas y Arcediano de Lanzarote, administró la parroquia hasta octubre de 1992. Éste gran catequista falleció en Las Palmas de Gran Canaria el 13 de sept de 1994, a los 69 años de edad. La gran labor del lanzaroteño don Enrique Dorta la continuó don **Ricardo González Rodríguez**, el párroco número 11 desde 1849, sacerdote que maneja los destinos de la ermita desde el 15 de octubre de 1992, y que hoy, diciembre del 2012, con más de veinte años de servicio, sigue gestionando los destinos del templo mariner. Don Ricardo es el cuarto párroco más antiguo, aunque, si contabilizamos los años que pasó de coadjutor con don Olegario atendiendo la zona del Polvorín, 1962/1969, es el tercero con 27 años de servicio en la parroquia, tras, don Miguel Domínguez, con 45 y don José Mejías, con 39 años.

VII

EL “GREMIO DE MAREANTES” SU POTENCIALIDAD ECONÓMICA Y TRASCENDENCIA SOCIAL



Playa, ermita y astilleros de San Telmo, 1890 - 1900

La Cofradía de Mareantes de San Telmo, fue una entidad de robusta e inconfundible personalidad, poseedora de considerables recursos económicos que se emplearon con fines de naturaleza social y religiosa. Como tal funcionó en Las Palmas de Gran

Canaria desde el siglo XVI hasta finales del XIX, con especial vinculación a la ermita de San Pedro González Telmo, fundada hacia 1520 (siglo XVI), e integrada por armadores y marineros gallegos, portugueses, andaluces y canarios. Sus fines principales fueron religiosos, benéficos, sociales y económicos. La sede social de este importante gremio estaba situada en la fachada norte de la ermita, junto al balcón y los bancos corridos que existen en la actualidad. Debajo del balcón hay una puerta por donde se entraba al salón donde se reunían los cofrades, en él se juntaban cada tercer día, presididos por el Comandante de Marina, con el objeto de tratar y aprobar cualquier solicitud de ayuda y certificar acuerdos mercantiles. En ella estaban inscritos los propios armadores, capitanes de mar, capitanes de barcos y todo el personal marinero de estos, de matrícula canaria, y aquellos otros que frecuentaban el Puerto de Las Isletas o hacían recaladas con operaciones por las caletas y playas de San Telmo. Todos los elementos que formaban la "Confraternidad" se llamaban "hermanos" o "confrates". La "Confraternidad o Gremio de Mareantes de San Pedro González Telmo" fue una entidad poseedora de grandes recursos económicos debido al canon especial con el que contribuían cada uno de sus componentes. Cada "confrate" o "hermano" colaboraban con el 1,5 por cien de sus ingresos para la "Luz del Santo" y en un porcentaje mayor para el "arca del común" o fondos de los hermanos. La Confraternidad fue modelo de institución gremial de su época. Este Gremio concedía préstamos a sus "hermanos", viudas e hijos de éstos y a todos los que con las debidas garantías se dirigieran a ella. La caridad cristiana fue su lema principal.

Una junta compuesta de mayordomo, capellán, tesorero o llavero, secretario, sacristán, capitán de mar, maestro y médico, regía los destinos de la corporación. Los religiosos franciscanos del Convento de San Francisco de Las Palmas tuvieron a su cargo, en virtud de un especial acuerdo, la asistencia religiosa de los componentes de la Confraternidad. A través de los viejos libros de actas, cuadernillos y papeles sueltos de esta institución se ha podido apreciar su organización y desenvolvimiento, especialmente en los siglos XVII, XVIII y XIX. Su caja fuerte llegó a custodiar hasta 80.000 pesos, una verdadera fortuna en su época.

Para la Confraternidad, el siglo XVIII fue el más floreciente. Era tal su potencial económico y el fervor de sus componentes que un día tomaron el especial acuerdo de reedificar su propia ermita de San Telmo, hoy parroquia de San Bernardo, con sus altares, sus imágenes, sus tronos de plata, su grandioso techo mudéjar, el damasquinado y policromado de las paredes de su capilla mayor, lámparas y candelabros de plata, etc. Y si esto es en el aspecto religioso no menos importante es el aspecto benéfico y patriótico. El Gremio llegó a facilitar al Comandante General de las Islas Canarias, que entonces era el Marqués de la Cañada, una aportación de 500 pesos para la construcción de un pequeño “guarda-costas” que patrullará entre las islas para defensa de su comercio que estaba muy amenazado por la abundancia en nuestras aguas de corsarios ingleses. Otro préstamo de igual cuantía se le hizo al Hospital de San Martín, para atender el coste de doce camas con destino a marineros pobre, al Ayuntamiento de la ciudad, para reedificar el Mesón de La Virgen de La Luz. El

Gremio atendió también, a petición del Alcalde de la capital, que no disponía de fondos en esos momentos, al arreglo del Callejón del Pambaso y remedió muchas veces los apuros económicos de viudas y marineros con problemas. La Corporación hizo construir en San Telmo un pilar al final de la calle que hoy denominamos “Pilarillo Seco” para suministro de agua a los barcos y a los vecinos del barrio, el crecimiento de la ciudad hacia el nuevo Barrio de Los Arenales y la decadencia de los astilleros de San Telmo en favor de La Isleta, hizo que en 1871 se trasladara el pilar a una nueva ubicación en el sector de Los Arenales para atender las necesidades del nuevo barrio, dejando al viejo pilar de San Telmo seco –de ahí el nombre de la calle- pilar que desapareció, por demolición, hacía 1882. También la Cofradía hizo un préstamo de dos mil pesos a la ciudad para traer de Lanzarote y Fuerteventura, el llamado granero de las islas, millo y trigo para abastecer a la población hambrienta, participó en rescates de tripulantes de embarcaciones, como el ya mencionado del pailebot “Las Angustias” cuando encalló en las costas africanas. Y consta también que era pagada por la muy honorable Confraternidad la soldada del vigía marítimo, que tenía su sede en lo alto del castillo de Mata, y que año tras año estaba al tanto de las velas que, a vista cruzaban la isla, como vemos, el Gremio atendió tantos casos que sería imposible enumerarlas una a una.

Hacia el año 1789 pertenecía al Gremio de Mareantes casi una veintena de barcos. Barcos que llevaban a cabo diferentes rutas, unos hacía las Indias de Su Majestad, otros a “tierras del moro”, a Cádiz y Sevilla, a Coruña y puertos del cantábrico, etc., estas naves

podían ser bergantines, goletas, fragatas, costeros y veleros de otras clases, que traían a las islas las mercancías más variadas que luego vendían o bien intercambiaban por los excelentes y afamados productos isleños. Muchas veces fueron objeto estos barcos de ataques feroces, incluso incendiados, por parte de buques piratas ingleses, franceses y holandeses, y de algún que otro moro, con pérdidas sensibles de vidas, de navíos o cayendo sus tripulantes en el destierro; ataques hechos a veces, a la vista de la capital, dentro del propio Puerto de Las Isletas, en las radas de Gando, Maspalomas y Arguineguin, algunos de ellos fueron registrados en sus respectivos “Diarios” por el comerciante de la calle de La Peregrina don Antonio Betancourt, o por el Ldo. Don Antonio Romero Ceballos. Esos barcos traían aguardientes y tabaco de Las Indias; granos y frutas pasas de Mogador, en la costa atlántica de Marruecos; maderas, aceites, arenques, telas, loza, objetos de arte religioso y profano, etc., de la Península; y a su vez llevaban azúcar, miel y vino para Europa, especialmente para los Países Bajos, de donde traían sedas, brocados, pinturas artísticas, esculturas y herramientas. El azúcar y los vinos canarios de esta época eran muy apreciados en toda Europa.

Armadores y dueños de barcos de esos siglos fueron: Juan Oreste, D’Oreste o Doreste (tronco de la conocida familia Doreste, dueño que fue del barco “Loreto”); Antonio Betancourt (el del célebre “Diario”, comerciante de la calle La Peregrina), don Luis Vernetta (los farmacéuticos), don Domingo Galdós (abuelo de don Benito Pérez Galdós), etc.

Como ejemplo de lo que contribuían los “confrates” al Gremio consignemos que el abuelo de don Benito Pérez Galdós, por sus barcos “Santísima Trinidad” y “Jesús y María” contribuyó en 1796, según consta en los libros de tesorería, con 140 pesos. Toda embarcación estaba obligada a pagar a la “Confraternidad” un canon, que al no pagarlo el armador quedaba privado de préstamos y de toda clase de ayudas y beneficios.

La mayoría de los datos relacionados con la “Confraternidad de Mareantes” fueron elaborados por don Sebastián Jiménez Sánchez, Académico correspondiente de la Real de la Historia, y padre de mi íntimo y querido amigo, Chano Jiménez, datos que rescató del archivo parroquial de San Bernardo, y algunos otros del extracto de actas de dicha corporación, arduo trabajo llevado a cabo por el Cronista Oficial de Gran Canaria, don Néstor Álamo, en los años cuarenta del pasado siglo XX para el Cabildo Insular de Gran Canaria, así consta en su libro “Temas histórico-artísticos, religiosos, y arqueológicos-folklóricos de Canarias Orientales”. Parte de este libro, bajo el título “Tres antiguas ermitas de Las Palmas: San Pedro González Telmo, San Sebastián y Nuestra Señora de las Angustias” fue publicado por capítulos en el diario “La Falange” de fechas 8, 13, 21, 25 y 27 de febrero, 12 de marzo, 4 y 24 de abril y 24 de mayo del año 1959. Estos interesantes capítulos han sido básicos para el desarrollo de esta breve historia de la ermita marinera.

En la sacristía estuvieron las cajas de caudales del Santo y del “Gremio de Mareantes” arcas que subsisten en la parte alta pero, sin el tesoro de pasados tiempos.

La “Confraternidad de Mareantes” fue tan importante que, como tal, vestida de gala y con espadas, hacían acto de presencia en la solemnidad del Santísimo Corpus Christi para formar parte de su cortejo. Así nos lo refiere don Domingo J. Navarro en su libro, “Recuerdo de un noventón”.

En esta época esplendorosa de la “Confraternidad de Mareantes”, dada su personalidad y servicios a las Islas, este Gremio llegó a interesar del Cabildo Catedral de Canarias asistiera corporativamente a la función solemne de San Telmo, al igual que lo hacían a la de San Sebastián, San Juan, Nuestra Señora de los Reyes (en el día de San Marcos), Los Remedios, etc.

Las caletas de San Telmo, no habiendo “mar de leva”, fue durante todo el siglo XVIII y comienzos de XIX, testigos de múltiples escenas marineras, sobre todo de las desgarradoras despedidas de familiares que partían para las Américas, en busca de oro y de mejor posición social. Antes de partir para hacer el largo y aventurero viaje en aquellos frágiles veleros, viajes que duraban de uno a dos meses, fue costumbre de los emigrantes confesar, comulgar y testar. La Habana, Caracas, La Guayra, Santo Domingo, Montevideo, San Antonio de Texas, Veracruz, etc. fueron los puntos geográficos de destino de estas familias de emigrantes canarias, familias de las que descienden destacadas personalidades de la independencia hispanoamericana.

Por la tan nombrada “Caleta de San Telmo” se embarcó el 11 de mayo de 1802, en el barco “Las flores”, el Illmo. Sr. Obispo de la

Diócesis para hacer visita oficial a la isla de La Palma; por la misma Caleta se embarcaron Regentes y Oidores de la Real Audiencia, Capitanes Generales y otras dignidades, prestando para ello su total colaboración el Gremio de Mareantes.

La playa de San Telmo, que se encontraba al pie de la ermita, donde los barqueros remendaban sus redes, fue siempre un lugar muy visitado, no solo por los marineros interesados en la carga y descarga de mercancías y en los preparativos de los barcos pesqueros en ruta a las cercanas costas de África, sino por estar en ella los afamados “carpinteros de ribera”, donde se varaban y calafateaban los barcos. En la calle de “La Marina”, donde entonces el mar batía con furia, existieron varias tertulias en las dependencias de toneleros, zapateros, talabarderos y barberos, donde convergían “viejos lobos de mar” y gente artesana y acomodada, en la que no faltaban algunos escritores. Desde esas animadas tertulias se oteaba el horizonte, ayudados por catalejos, tratando de avistar y “cantar” la llegada del correo que venía de la Península, o de algunos veleros de familiares o amigos que eran conocidos por sus líneas, aparejos, palos o velámenes. En el propio Parque de San Telmo, junto a la muralla de contención, tomaron asiento “roncotes” para distraerse y solear sus piernas entumecidas por el reuma, contertulios que recordaban con gracia sin igual sus vicisitudes en tierras de “moros”, mentadas por los hermanos don Luis y don Agustín Millares Cubas, en su obrita “Canariadas de Antaño”. Hasta las primeras décadas del siglo XX los nietos, biznietos y tataranietos de esos marineros de ayer, frecuentaban para charlar, en la hora del mediodía, los alrededores de la ermita

de San Telmo, pero sin encontrar ya, la agradable estampa de aquellos viejos tiempos.

Tertulias, peñas, corrillos, locales y plazas que han protagonizado durante varias décadas de finales del siglo XIX y buena parte del pasado s. XX hechos, circunstancias y acontecimientos de la vida socio-política de la ciudad de Las Palmas.

En las agonías del “Gremio de Mareantes” sus bienes fueron malvendidos o cedidos caprichosamente. El último inventario del Gremio data de 1819. En 1844 renace la corporación marinera pero su vida es intermitente, así continua hasta los comienzos del siglo XX en que sucumbe.

Los comienzos del XIX nos llevan a una nueva etapa de la humanitaria Cofradía de Mareantes. En 1811, el Gremio colabora en la construcción del viejo y desaparecido muelle de Las Palmas, iniciativa debida al entonces comandante general de las Islas, don Vicente Cañas y Portocarrero, VI Duque del Parque.

También intervino el Gremio en la construcción, entre 1791 y 1792, finales del XVIII, de un pilar detrás de la ermita para la aguada de la población y de los buques que recalasen por la zona, construcción que salió por unos 600 pesos, que costearon de su caja los siempre rumbosos Mareantes de Triana.

La Cofradía de San Telmo, igualmente sostuvo durante años al primer astillero que tuvo la isla de Gran Canaria, astillero de ribera

muy acreditados que se encontraban junto a la ermita de San Telmo y donde se trabajó hasta bien entrado el pasado siglo XX, aprovechando las ricas y nobles maderas de los pinares isleños para construir esos desaparecidos bergantines, goletas, pailebots y veleros que antaño surcaron las aguas del Atlántico para comunicarnos con las islas del archipiélago, las costas africanas y sus zonas de pesca, así como con las lejanas Indias de su Majestad.

Con la decadencia de la “Confraternidad de San Telmo” en gran parte debida al nacimiento y auge del Puerto de La Luz, hacía el último tercio del pasado siglo XIX, decaen los cultos a San Telmo y a Nuestra Señora de las Angustias, y con ellos las tradicionales y muy populares “Fiestas de la Catumba”, con la típica procesión del Santo. De ese pasado esplendoroso y evocador, jamás superado por ninguna otra institución, solo quedaron los cultos que a San Telmo y la Virgen de las Angustias dedicaba anualmente, en el mes de mayo. En la Parroquia de San Bernardo, hoy, nada de eso se mantiene.

El paso del tiempo lo ha borrado todo, y solo nos queda, como testimonio perenne a la extraordinaria devoción a San Pedro González Telmo por los marineros canarios, la hermosa ermita enclavada en el Parque que lleva su nombre, esperemos saber cuidarla para disfrutar de ella durante muchos años.

VIII

EL MUELLE DE SAN TELMO



Muelle de Las Palmas en San Telmo - año 1900-1905

El primer muelle que tuvo nuestra ciudad fue el de la Caleta de San Telmo (Muelle de Las Palmas), cuya construcción se inició el 30 de mayo de 1811 (hay confusión acerca de la exactitud de la fecha, ya que para otros fue el 20 del mismo mes y año), bajo los auspicios del entonces Comandante General de las Islas don Vicente Cañas y Portocarrero (1810-1811), VI Duque del Parque, puesto que la

mayoría de los veleros que recalaban en nuestra isla fondeaban en cualquier rada de nuestro litoral y a duras penas podían efectuar sus operaciones, por lo que el Duque del Parque propuso a las Cortes el proyecto de construir un muelle en la Caleta de San Telmo, en el lugar también conocido como el Charco de los Abades.

Don Vicente Cañas y Portocarrero que había llegado al Puerto de Las Isletas -forzosamente, por padecer Tenerife una terrible epidemia de fiebre amarilla- el 19 de diciembre de 1810, tras conocer las aspiraciones de la ciudad a través de los patricios más influyentes determinó en los primeros meses de 1811 encargar al entonces ingeniero naval, Jefe de Escuadra de la Real Armada, el tinerfeño don Rafael Clavijo y Socas, autor en 1789 de los primeros sondeos junto al castillo de Santa Ana así como de un estudio detallado de la bahía de Las Palmas, para que pusiera a punto sus trabajos con vistas a la construcción en la caleta de San Telmo del citado muelle, en el límite norte del barrio de Triana. Como vemos se volvió a tomar opción por este emplazamiento en vez de por el Puerto de La Luz, al que no se le veía un futuro desarrollo portuario, quizás por su lejanía (seis kilómetros de la ciudad), y a la carencia total de comunicaciones.

El proyecto que el Duque del Parque patrocinó con más fervor fue el de la construcción de un muelle por la caleta de San Telmo, proyecto que daba tumbos desde los tiempos del Comandante General, Marqués de Branciforte. Lo adelantó tanto, que aquel mismo año de 1811 puso la primera piedra de las obras.

El 5 de enero de 1811 llega a nuestra isla, a bordo de la fragata "*Concepción*" de la Real Marina de Guerra Española, el ingeniero naval de la Armada don Rafael Clavijo y Socas, que había sido designado para estudiar las obras del futuro Muelle de Las Palmas, obras de cuya dirección se hace cargo meses después.

En mayo de 1811 ya estaba actualizado el nuevo proyecto y se comenzaron los trabajos. De esta manera la ciudad vio cómo se emprendía una obra pública que 26 años antes ya había sido aprobada por el Consejo y que en su día el Rey había autorizado.

Se inauguraron los trabajos con la colocación de la primera piedra el 30 de mayo de 1811, ante la presencia del comandante general de Canarias don Vicente Cañas y Portocarrero, del jefe de escuadra de la Armada don Rafael Clavijo Socas autor del proyecto y planos del muelle citado y del obispo de la diócesis de Canarias don Manuel Verdugo y Albiturria, quien colaboró para su ejecución con 150.000 reales de vellón y 90.000 de su Cabildo Catedral.

Los trabajos se iniciaron bajo la dirección del ingeniero don Rafael Clavijo hasta 1815 en que fallece en Cartagena. El Duque del Parque se propuso dar un fuerte impulso a la obra por lo que dicta una orden para que fuesen gratis y por turno las yuntas de la isla a arrastrar las grandes piedras que habían de formar el muelle, cada labrador tenía la obligación de trabajar gratis un día al año con su yunta para el acarreo de piedras y materiales que se empleaban en la escollera del muelle, trasladados desde la cantera en la ladera del castillo de Mata hasta el inicio de la obra. Con gran satisfacción

se inauguró el primer arrastre de los enormes cantos que se entraron en la playa por un boquete que se abrió en la muralla.

Curiosamente, se cuenta que en la obra intervinieron prisioneros militares franceses, que habían sido detenidos durante la batalla de Bailén y que fueron desterrados a Gran Canaria.

Como ya hemos indicado, los materiales empleados en la construcción del muelle procedían del derribo de la ladera de Mata, cuyas peñas mayores eran transportadas por yuntas de bueyes hasta dejarlas en el mar, labor que requería grandes esfuerzos, ya que la introducción de las citadas peñas en el mar se realizaba a lazo.

El 3 de agosto de 1811 la epidemia de fiebre amarilla y el miedo hizo huir a don Vicente Cañas y Portocarrero, VI Duque del Parque, de la ciudad de Las Palmas. Esa mañana una elegante goleta lo alejaba rumbo a Tenerife y aquí dejaba una isla envuelta en una grave epidemia –que así estaba declarada desde junio-- de fiebre amarilla. Tenerife lo recibe con una sorda antipatía, basada en suponerle influenciado por el sentir grancanario, temerosos de que, así como un capricho les dio un día la sede de los Capitanes Generales, otro capricho, no tan conveniente, se la volviera a quitar. Dos meses largos llevaba el Duque en Tenerife cuando cansado del trato solicitó su relevo. La Regencia lo sustituyó por don Pedro Rodríguez de Laburia. Pero, eh aquí que, un repentino cambio de ideas del duque, le hace rehuir la entrega de poderes y cierra el Puerto de la Orotava –Puerto de la Cruz- declarándolo infestado por

fiebre amarilla. El General Laburia traspasó el cordón sanitario y ambos generales se persiguieron, hasta que no le quedó al Duque otro remedio que embarcar secretamente por un oculto fondeadero y desaparecer de la isla.

En 1820 se interrumpen las obras del muelle por falta de recursos económicos. Hasta 1849 no se reanudan de nuevo, ahora bajo la dirección del ayudante de Obras Públicas don Pedro Maffiotte, oriundo de Santa Cruz de Tenerife. En este mismo año se colocan los primeros bloques artificiales, dichos bloques servían de protección a los continuos embates de mar, pero así y todo no dieron resultado, pues los vientos del sudeste embravecían las tranquilas aguas del litoral isleño, ocasionando verdaderos estragos a los navíos que por las costas fondeaban. Se puede afirmar que todos los esfuerzos logrados para construir el viejo Muelle de Las Palmas fueron inútiles, pues el lugar no reunía condiciones para tales obras ante los vientos del sur que enfurecían las aguas y todo el material que se empleaba era desecho por la violencia del mar y el tremendo oleaje.

Para evitar que los navíos se acercaran al Muelle de Las Palmas en días de tormenta, la Comandancia de Marina estableció un código de señales por medio de banderas que se enarbolaban en lo alto del castillo de Santa Ana (hoy desaparecido), con el fin de prevenir a los navegantes que no conocían la Caleta de San Telmo de no acercarse al fondeadero sin previa autorización. A pesar de todo hubo que lamentar muchas pérdidas humanas al despreciar el aviso de “Bandera Negra” y tratar de desembarcar por las

escalinatas del muelle. El castillo de Santa Ana era una fortaleza del siglo XVI, en él se defendió bravamente el capitán Alonso Venegas hasta llegar a la muerte. En el siglo XX fue remozado y sirvió como batería de costa durante las guerras mundiales y posteriormente como almacén del ejército que es como lo conocí en mis años de juventud.

En 1864 se intenta con un nuevo proyecto mejorar las obras del muelle mediante la construcción de un pequeño espigón en forma de “martillo”, pero tampoco dio resultado. Once años más tarde, en 1875, una Real Orden del Ministerio de Fomento prohibía todo tipo de operaciones en el Muelle de Las Palmas por el peligro que suponía el desembarcar pasajeros, así como el fondeo de las embarcaciones, dados los continuos embates del mar y las corrientes marinas existentes en la zona. Así fue como quedó truncado un proyecto que costó mucho esfuerzo y dinero para construir un muelle en el corazón de la ciudad.

El Muelle de Las Palmas que conocí en mi juventud, tenía forma de martillo y permaneció en pie hasta 1954, al quedar enterrado por la construcción de la Ciudad del Mar y la actual Avenida Marítima. Sobre su paramento se hallaba la estatua del ilustre novelista y escritor grancanario, don Benito Pérez Galdós, obra del escultor palentino Victorio Macho y, a varios metros del mismo, en dirección sur, un monolito, hoy desaparecido, recordaba el lugar desde donde, en 1936, el General Franco embarcó en el remolcador que le trasladó al aeropuerto de Gando para iniciar el Movimiento Nacional.

Le damos el adiós al Muelle de Las Palma y la bienvenida al Puerto de La Luz, puerto que nace con la prohibición hecha por don Pedro del Castillo Westerling, entonces Comandante de Marina, de no fondear buques en el viejo Muelle de Las Palmas, desde ese momento los navíos se ven obligados a recalar por el refugio de la Isleta, donde desembarcaban los pasajeros y mercancías que nos llegaban de la perla del Caribe y de las islas restantes de nuestro Archipiélago a bordo de aquellos legendarios veleros. Debemos tener en cuenta que en la segunda mitad del siglo XIX ya no existían las murallas que cerraban la ciudad y se había construido una pista de tierra y arena para llegar a la Isleta. Pero la clara visión de un ilustre grancanario, don Fernando de León y Castillo - Ministro de Ultramar- eleva a las Cortes un proyecto denominado “Obras del Puerto del Refugio de la Isleta”, proyecto que fue aprobado años más tarde.

El 27 de noviembre de 1881 se presentó a las Cortes el proyecto de Ley para que fuera Refugio el de La Luz de Gran Canaria.

El 28 de septiembre de 1882 se llevó a cabo la subasta de las obras del Puerto de La Luz y el 26 de febrero de 1883 comenzaron los trabajos del dique de abrigo, siendo bendecida por el obispo de la diócesis don Jesús Pozuelo Herrero.

El 11 de agosto de 1902 se hace la entrega oficial de las obras del Puerto de La Luz, que habían comenzado en 1883, concluyendo a los 19 años y cinco meses.

IX

LOS ASTILLEROS DE SAN TELMO



Botadura del famoso pailebot "La Flor de Mayo" en los astilleros de San Telmo, finales s. XIX

Resulta prácticamente imposible fijar a ciencia cierta la época de las primeras construcciones navales realizadas en la isla de Gran Canaria. Solo se sabe que, el 6 de agosto de 1492, el insigne navegante Cristóbal Colón en su arribo a la bahía de La Isleta, indica que el timón de "La Pinta" había sufrido una avería durante la travesía de Palos a Gran Canaria, y necesita una reparación urgente antes de continuar viaje.

Varada “La Pinta” en la playa de las arenas del istmo de Guanarteme (así se conocía la actual playa de las Canteras), fue convenientemente reparada la nao, bajo la dirección del piloto Martín Alonso Pinzón. Estos son los primeros datos que se conocen de una reparación naval realizada en nuestra isla, siguiendo el Diario de Navegación del ilustre almirante antes de su partida para la conquista del nuevo mundo.

De las construcciones navales no hay información fehaciente en Canarias hasta bien entrado el siglo XIX. Época en que se establece en las dos islas mayores, las primeras imprentas y periódicos que dan noticias de esta importante labor. De ello da fe el periódico *“El Telégrafo”*, que daba puntual información de las botaduras llevadas a cabo en nuestro litoral, así como de las salidas de los veleros que hacían la ruta de las Antillas.

El notario e ilustre historiador grancanario don Agustín Millares Torres (1826-1896) recoge en su diario la urgente necesidad de contar con un muelle comercial, así como de unos astilleros en donde poder construir y reparar los veleros de la flota canaria.

Un día, con la inestimable ayuda del Gremio de Mareantes, nace el Gran Canaria el primer astillero que tuvo la isla, el de San Telmo, cuyas obras se iniciaron bajo los auspicios del comandante general de las Islas, don Vicente María de Cañas y Portocarrero, VI duque del Parque (1749/1824), llegado, como ya hemos indicado, a finales de 1810 con el objeto de gobernar y construir nuevas fortificaciones, entre las que se cuenta con el frente del castillo del risco de San

Francisco, también llamado castillo del Rey, fortaleza que ya existía en el siglo XVI. Para llevar a cabo tan importante tarea, contó con la extraordinaria colaboración del ingeniero naval y jefe de Escuadra de la Real Armada, el tinerfeño don Rafael Clavijo y Socas, que llega a la isla el 5 de enero de 1811, a bordo de la fragata de guerra "*Concepción*" procedente del puerto de Cádiz para llevar adelante el pretendido proyecto.

Con el beneplácito de las Cortes, las obras del mencionado astillero dieron comienzo el 30 de mayo de 1811 bajo la dirección del mencionado marino de guerra, autor también de la dirección de las obras del viejo muelle de Las Palmas, del que solo queda como recuerdo la calle que lleva su nombre. El coste total del astillero fue pagado por el Gremio de Mareantes de San Telmo.

Finalizadas las obras del mencionado astillero, en noviembre de 1812, comienza un periodo de máximo esplendor para la construcción naval en la isla. Prueba de ello la tenemos en las noticias de las que se hace eco el periódico "*El Telégrafo*" y el diario del historiador don Agustín Millares Torres, los únicos que se ocupan de esta importante labor. Sin dudarlo, el astillero de San Telmo fue el pulmón industrial de nuestra isla en muchos años.

La primera goleta que se construyó en el mencionado astillero fue la "*Africana*", botada en octubre de 1813 para el armador grancanario Cipriano Avilés, con un registro bruto de 44 toneladas.

En el año 1840, se botaron al agua los bergantines *Nuestra Señora de los Remedios*, *La Estrella*, *San Rafael*, *Joven Antonia* y *San Telmo*. De este último velero existía, según nos dice Francisco Ubeda Kamphoff en el periódico Canarias⁷ del domingo 12 de julio de 1987, una maqueta en el altar del Santo patrono de los navegantes en la ermita, maqueta de la que hoy nada se sabe.

Seis años más tarde, concretamente en 1846, se bota el mayor navío construido, hasta la fecha, en los astilleros. Se trata de la fragata "*Bella Unión*" de 300 toneladas, construida para el tráfico marítimo entre nuestra isla y el puerto de Cádiz.

Así llegamos a la mitad del siglo XIX, concretamente el año 1850, fecha en que se botan dos hermosos bergantines de más de 200 toneladas, el *San José* y el *Buen Mozo*.

En 1860, los astilleros construyen el barco más grande de los hechos en San Telmo, fue una fragata de 523 toneladas de registro que bautizaron con el nombre de "*Gran Canaria*", nombre que lució con orgullo en sus largos periplos por el Océano Atlántico.

En San Telmo, las construcciones navales tenían en aquellos años, a partir de 1857, un ritmo muy acelerado. En el periodo entre 1820 y 1882 se habían construido en los astilleros de Las Palmas (léase rada de San Telmo) 297 barcos que arrojaban un total de 8.401 toneladas. Aquellos navíos quedaban clasificados de la siguiente forma: 4 fragatas, 10 bergantines, 38 goletas, 56 pailebotes y 189 balandras y embarcaciones menores.

Teníamos, como indica la lista precedente, una industria de cierta importancia en materia naval. Aunque por aquellos años de 1860, solo había dos caminos que pudieran transitar los carruajes: el del sur, que llegaba hasta Telde, y el del centro, con terminación en Santa Brígida. Al norte había que trasladarse a mula o a pie, aunque algunos más osados llagaban a trancas y barrancas con sus carretas hasta Arucas. La cochinilla se embarcaba por Bañaderos, si el estado del mar permitía la operación. El isleño, en Las Palmas, se sentía feliz si tenía algunos ratos libres para sentarse frente al mar a ver los barcos con sus velas desplegadas en el horizonte.

Los astilleros continúan demostrando su fama, año tras año, y en la última década del siglo XIX se botan numerosos navíos, entre ellos, el famoso *"Telémaco"*, barco de dos palos, con 27 metros de eslora que fue construido para don Cirilo García.

Muchos de los veleros construidos en San Telmo estuvieron en activo hasta bien entrada la mitad del siglo XX, cuando algunos de ellos, como fue el caso del *"Telémaco"* dieron con su quilla en las costas venezolanas, en una de las odiseas más emblemática de la emigración en la historia de las Islas Canarias. En éste popular velero partieron desde San Sebastián de la Gomera, el 5 de agosto de 1950, rumbo a Venezuela, 171 canarios ilegales, apretujados, incómodos, entre bidones oxidados de papas, agua y combustible, todos con la esperanza de mejorar su futuro. Van con ropas humildes, sin papeles, sin el menor permiso, a la desesperada, consientes que se estaban jugando la vida. No les quedaba otro

remedio si querían zafarse de la miseria, el abandono y la falta de libertad. O se iban, o se morían. A éste numeroso grupo, la mayoría gomeros republicanos que huían del franquismo, les pasó de todo en el viaje, el velero estuvo a punto de hundirse, debido a la sobrecarga, en las costas de Taganana, en Tenerife y un gran temporal, días más tarde, cuando iban camino de las Américas, barrió de la cubierta buena parte de las provisiones, por lo que hubo que restringir el agua y los alimentos. En su ayuda apareció un petrolero español, el "*Campante*", la tripulación del petrolero les lanzó unos bidones de agua y algo de arroz, aún a sabiendas de que había tiburones en la zona. Pero era tal la desesperación que sin pensárselo se lanzaron al rescate de la ayuda. El capitán del petrolero dejó, a sabiendas, una falsa constancia del hecho, diciendo que: se encontraron con un barco lleno de emigrantes, que les atendieron muy bien y que incluso lo subieron a bordo. El Telémaco continuó la ruta indicada por el petrolero y así pudo llegar a la isla de Martinica, donde según las crónicas del lugar, había arribado a sus costas un barco repleto de seres moribundos que habían superado graves tempestades.

Como ellos recordaban, los primeros días del mes de agosto del año 1950 fueron de fiestas camino de las Américas. Por fin, 171 personas veían un horizonte de libertad. Pero los sucesivos temporales, en los que perdieron gran parte de la comida y el agua, hicieron que la fiesta se convirtiera en tragedia. Lo que vino después no fue un camino de rosas. Un grupo reducido acabó en las cárceles venezolanas y fue repatriado, algunos se tiraron al mar y lograron huir, otros no, unos 130 fueron llevados a la pequeña isla

de Orchila (donde se guardaba el ganado en cuarentena) y ahí se encontraron con más ilegales canarios de otros barcos fantasmas. Debemos tener en cuenta que entre 1948 y 1950 fueron más de 4.000 los canarios que salieron de forma clandestina de las Islas en aquellos barcos desvencijados y andrajosos que un día se botaron con todo lujo en los astilleros de San Telmo.

Muchos de aquellos pailebotes y goletas contruidos en San Telmo para surcar el turbulento Atlántico, rumbo a las costas de Berbería, donde la abundante pesca les aguardaba para “colmar sus bodegas” de riquísima salazón y de jareas, un día, huyendo del hambre, recalaron en el continente americano y allí quedaron para siempre. Las contiendas bélicas que azotaron a España y a Europa en la primera mitad del siglo XX, afectaron económicamente a las Islas Canarias, favoreciendo la emigración clandestina, que, “despachando” engañosamente las tales embarcaciones, éstas tomaban el rumbo hacia el continente americano, alejándose cada vez más de la observación de los vigías de nuestras costas, buscando, a pesar del riesgo, una mejora que no a todos le llegó.

Con la desaparición de la humanitaria Confraternidad de Mareantes de San Telmo, a finales del siglo XIX, el astillero fue vendido a la firma de viuda de José Márquez, entidad que lo mantiene en activo hasta mediados del año 1910, en que definitivamente desaparece por imperativos del futuro.

La nueva empresa, construye bajo las órdenes del popular carpintero de ribera José González, más conocido por El Calafate,

el famoso balandro "*Tirma*", de histórica trascendencia en el legendario deporte de la vela canaria, su bautizo tuvo lugar el día 23 de junio de 1910, de mano del sacerdote don Alejandro Ponce, actuando como madrina doña Luisa del Castillo. Su estampa marinera la podemos contemplar desde el mes de noviembre del año 2000, tras ser restaurado, varada en tierra firme, a la entrada del Real Club Náutico de Gran Canaria, con una placa que dice: "Al glorioso *Tirma* construido en 1910 en el varadero de San Telmo". El Gobierno de Canarias lo declaraba Bien de Interés Cultural (BIC) en el año 2005. Todo esto es testimonio perenne de un capítulo que tuvo sus raíces a comienzos del siglo XIX, allá por el año de 1810, con la llegada del Duque del Parque a Gran Canaria.

Los isleños de principios del siglo XX se encontraron con la espléndida realidad del Puerto de La Luz, realidad soñada por los marineros canarios y los alcaldes que desde don Antonio López Botas a don Felipe Massieu anhelaban estos adelantos, mejoras convertidas en muelles, almacenes y varaderos gracias a la varita mágica de nuestro prócer don Fernando de León y Castillo, el político teldense que además de ministro y tertuliano en la corte de Isabel II llegó a ser embajador de España en París. Estos avances mandaron al olvido al viejo muelle de Las Palmas y con él a los astilleros de San Telmo, junto al llamado Charco de los Abades. El traslado del puerto a La Isleta fue una especie de despojo a la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Digo despojo porque con ellos se fueron muchas de las características marineras de nuestra ciudad, así como algunos acontecimientos señalados. Por ejemplo, la botadura de los barcos, que siempre fue tema muy digno de

mención. La familia Sintés, que traía caoba y cedro de La Habana y llevaba vino y cebollas para la isla caribeña, fue de las últimas en botar un pailebot en San Telmo, ocurrió en 1905 ó 1906 cuando lanzaron al mar al "*San Antonio*"; fue un espectáculo grandioso ver, como bajo la dantesca iluminación de unos hachones encendidos, unos hombres descalzos, con los calzones remangados, chapoteando en el agua, iban empujando lentamente el nuevo barco por los raíles, abundantemente untados de sebo, para que se deslizara con facilidad al mar. Todo ha desaparecido de San Telmo, hasta el mar, hoy, lejos de la ermita y todo lo que le rodea.

Con la construcción del parque de Cervantes (hoy llamado de San Telmo) desaparece definitivamente el astillero, que a lo largo de un siglo fue la arteria vital de la economía isleña. Su nombre evoca al santo patrono de los navegantes. ¡Ayer, un hecho, hoy, una historia!

A finales del siglo XIX, la nueva construcción de barcos con casco metálico y motor de vapor, lleva al abandono de la carpintería de ribera, sobre todo en la construcción de grandes barcos, concentrado sus esfuerzos en hacer pequeños veleros, muy propios para navegar en aguas próximas a la costa, pues el poco calado de estas embarcaciones les permitía varar en la playa. Con las nuevas técnicas vemos como se pierde el arte de los carpinteros de ribera, al suprimirse la madera en las construcciones navales modernas.

X

LAS “FIESTAS DE LA CATUMBA”

La “catumba”, según los hermanos Agustín y Luis Millares Cubas definen en su libro titulado “Léxico de Gran Canaria” es: “La fiesta que el gremio de mareantes celebra todos los años, desde tiempo inmemorial el día de su patrono, San Pedro González Telmo, con una función religiosa en la que fue ermita de aquel santo y hoy es parroquia de San Bernardo”.

Siguiendo la línea de los canarios Millares Cubas, esta cadena de actos religiosos y populares, en íntima unión, constituyeron la llamada “Fiesta de la Catumba”, que no fue otra sino la organizada desde muy antiguo por la “Confraternidad de Mareantes” para honrar, el tercer domingo de mayo, a su titular y patrono San Pedro González Telmo y a Nuestra Señora de las Angustias. Su curiosa y extraña denominación puede que date de mediados del pasado siglo XIX. Su fiesta, fue esencialmente religiosa y popular, y, por lo tanto, rebosante de tipismo y colorido. La organizaba el gremio de marineros, gremio integrado por armadores de buques, prácticos, patronos, contramaestres, timoneles, grumetes y marineros o “roncotes”. En su programa oficial figuraban los cultos a San Telmo, como titular del gremio, y a la Virgen de las Angustias; la tradicional procesión, paseo con música, quema de fuegos en el que no faltaba el consabido simulacro de combate entre castillos y barcos piratas,

feria, ventorrillos, turrone, juegos de azar, parrandas y cantos y bailes canarios. A la solemnidad acudían siempre las autoridades de marina. Las fiestas respondían a una época ya muy lejana en la que la capital se dormía pronto.

La palabra “catumba” surge, según nos dicen los hermanos Millares en el ya citado libro, porque al reunirse en cierta ocasión el Gremio de Mareantes para acordar los preparativos de la fiesta, uno de los marineros tomó la palabra y preguntó: Señores, ¿qué vamos a hacer este año? ¿Este año?..... Pues, este año.... dijo otro.....lo de costumbre, o “la costumbre”.

Y así, todos los años se votaba, “lo de costumbre”. Rutina que por deformación fonética en boca de los “roncotes” derivó, según el Cronista Oficial don Carlos Navarro Ruiz, en “catumbre”, y más tarde en “catumba”, contracción de costumbre pronunciada por los viejos “roncotes” de aquellos tiempos, calificativo popular que pronto arraigó en la masa, perpetuándose en el tiempo. Aunque, según el Carrizalero don Luis Rivero Luzardo, hombre muy amante de nuestras tradiciones, se inclina más porque el origen posible fue la de “carrumba”, modismo ya en desuso que se oía hasta los inicios del pasado siglo. Hemos de advertir que dicha palabra no figura en el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, ni en ninguno de los libros conocidos del léxico canario.

Carrumba, que solo difiere de catumba en una silaba, quiere decir, según Rivero Luzardo, muchas cosas, gran cantidad de estas, etc. Ejemplo: Vaya carrumba de naranjas y caña dulce había en la fiesta

de Jinámar este año; qué carrumba de gente había en la fiesta de San Pedro Mártir; llevaba en el carro tal carrumba de tomates que éstos se iban cayendo por el camino.

Parece pues, más acertado suponer que esta palabra, por su gran similitud fonética y paralelismo acepcional, está más acorde con esta última hipótesis que con la anterior de los hermanos Millares Cubas. Otro de los modismos de nuestro léxico sinónimo de carrumba es “purriada” a la que Pancho Guerra define como gran cantidad, “a montones”, es decir repartir, como si dijéramos, a “embosadas”.

Pero volviendo a la fiesta, recordamos que los marineros grancanarios tradicionalmente las celebraban el tercer domingo del mes de mayo, en honor a su patrono. La popular “Fiesta de la Catumba”, tuvo su mayor esplendor durante los siglos XVIII y XIX, la época grande del “Gremio de Mareantes”. Al decaer primero y extinguirse poco tiempo después la “Confraternidad de Mareantes de San Telmo”, a principios del siglo XX, desapareció igualmente la simpatiquísima “Fiesta de la Catumba”. Los motivos fueron principalmente la pérdida de categoría corporativa, económica y social de la “Confraternidad” a finales del siglo XIX, posiblemente por el incremento que iba alcanzando el Puerto de La Luz, todo ello llevó a la mentada fiesta a su final.

Años más tarde, en 1997, la Concejalía del Distrito II (Triana) del Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria recuperó para nuestra ciudad la tradicional fiesta marinera de La Catumba en

el capitalino Parque de San Telmo, la celebración combinaba aspectos religiosos y lúdicos y se celebraba, como siempre fue costumbre, el tercer fin de semana del mes de mayo en honor de San Pedro González Telmo y Nuestra Señora de Las Angustias. Las populares fiestas de antaño se recuperaron gracias a la colaboración de la Parroquia de San Bernardo y en especial de la Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores de Triana, cuyos miembros fueron los verdaderos impulsores y organizadores de la misma. Las típicas fiestas se mantuvieron hasta el año 2002, seis años más tarde, por la falta de interés y sobre todo de ayudas económicas las populares fiestas volvió de nuevo al olvido.

XI

EL FINAL DEL GREMIO

Como ya hemos manifestado, en los comienzos del siglo XIX, se inicia una nueva etapa para el Gremio de Mareantes, fase que le lleva, en 1811, a colaborar en la construcción del viejo y desaparecido Muelle de Las Palmas, cuya iniciativa se debe al entonces Gobernador de las islas, don Vicente María de Cañas y Portocarrero, VI Duque del Parque-Castrillo, con la colaboración técnica del ingeniero de la Armada, el tinerfeño don Rafael Clavijo y Socas. Las obras se vieron interrumpidas, por falta de recursos económicos, en el año 1849, en la reanudación de las obras, el Gremio defendió la tesis de construir el puerto en el Refugio de las Isletas, en contra de los partidarios de seguir la construcción del viejo Muelle de Las Palmas, entre los que se encontraba el ingeniero don Juan de León y Castillo. El proyecto que defendió el marino grancanario don Pedro del Castillo Westerling, primer Comandante Militar de Marina de Gran Canaria, es obra del insigne patricio teldense don Fernando de León y Castillo, que convencido de la locura de seguir con la construcción del Muelle de Las Palmas, luchó con denuedo en Madrid para que este proyecto se hiciera realidad. Su hermano Juan se unió convencido, y fue, tras rechazarse la idea de Clavijo y Pló, al quedar desierta la subasta, el autor del proyecto inicial del Puerto de La luz, en el refugio las Isletas. ¡Paradojas del destino!

Como hemos indicado, con el correr de los años, y debido a un cúmulo de dificultades se va abandonando la idea de construir el muelle en San Telmo. A partir de mediados de siglo todo los esfuerzos se centran en el gran puerto refugio de las Isletas, idea que fue tomando incremento y más concretamente a raíz de la redacción del primer proyecto de muelle en la rada de La Luz, idea llevado a cabo en 1858 por el ingeniero naval don Francisco Clavijo y Pló, que a su vez redactó un plano de la ciudad de Las Palmas. El movimiento marítimo por la Caleta y Playa de San Telmo cada vez disminuía más. El proyecto, por supuesto, abría nuevos y grandes horizontes para Gran Canaria. El mismo ingeniero Clavijo y Pló al hacer el trazado de la nueva vía hacia el Puerto de Las Isletas delimitó los primeros solares a vender a uno y otro lado de ella, junto a la muralla de Triana y “Fuera de la Portada”. Esto daba ocasión al ensanche de la población que hasta entonces sus últimas casas y huertas lindaban por el norte con el monasterio de monjas bernardas, emplazado en lo que hoy es, en parte, la Plaza de San Bernardo, y por la marina, con la típica calle de este nombre, en la actualidad “Francisco Gourie”, asiento entonces de varios talleres artesanos; toneleros, carpinteros de ribera, hojalateros, lañadores, calafateadores, talabarderos, plateros, zapateros, afiladores, etc. El hecho de encontrarse todas estas actividades artesanas en la mentada calle de “La Marina”, en las inmediaciones de la ermita de San Telmo, prestigiada por su “Confraternidad de Mareantes”, fue la causa de que en el ámbito de la ermita se congregaran antiguos “lobos de mar”, en amigables tertulias, en las que se recordaban y comentaban las incidencias de la azarosa y dura vida marinera, la misma que de manera

chispeante, dan a conocer los hermanos Luis y Agustín Millares Cubas en su obra “Canariadas de antaño”, a través de sus estampas populares que recoge la fraseología de los “roncotes” feligreses de la recién creada Parroquia de San Bernardo, frases que puestas en boca del yerno del agarrotado y popular patrón del pesquero “La Tiririna”, Señor “Pancho el tolo”; que con un expresivo realismo hablaba de “tía María Marmolla”, vecina de las cercanas “Cuevas del Provecho” o del ingenuo “roncote” del “Barrio del Risco”, cuentos y hazañas que animaban y entretenían a los parroquianos.

Hoy resultaría insólito ver en el litoral (San Cristóbal, Alcaravaneras, el Confital o Guanarteme) a los pescadores sacando el chinchorro o tejiendo sus redes sobre la arena de las playas. La gente de mar muy laboriosa y paciente, fabricaban también sus aparejos, enormes guelderías de alambre, con diámetro de tres y cuatro metros, que llevaban en los barquillos para la pesca en superficie.

Recuerdo en la playa de Las Canteras por la zona que linda con la Isleta, y por la Peña la Vieja, cerca de la casa, hoy destruida, donde se amarraban los cables submarinos (Italcable), se asentaban otras pequeñas industrias íntimamente ligadas con el mar. Unas burras de madera muy espaciadas entre sí, con un artefacto a modo de torniquete, servían para hacer cuerdas, cabos y calabrotos, con un chirrido continuo que duraba de sol a sol. No faltaban tampoco los artesanos de las nasas, cuyos descomunales tambores de alambre permanecían apilados en la playa a la espera de compradores. La mayoría de los útiles relacionado con la pesca era obra de ellos.

XII

EL PARQUE DE SAN TELMO



Kiosco de la Música en el Parque San Telmo, obra de Rafael Massanet y Faus - año 1927

Sabemos que la ciudad de Las Palmas se fundó el 24 de junio de 1478 cuando Juan Rejón, enviado por los Reyes Católicos a la conquista de la Isla de Gran Canaria, situó su campamento en un montículo rodeado de un inmenso palmeral cercano al mar. Es a orillas del barranco Guiniguada donde funda, en nombre de los Reyes Católicos, la primera ciudad que los castellanos crearon en el

Atlántico antes de comenzar a expandir su poderío por todo el mundo. La zona y su entorno hicieron que le llamara al lugar “El Real de Las Palmas”.

A partir de ese momento, el Real de Las Palmas comenzó a evolucionar iniciándose así las edificaciones de forma anárquica con estrechas calles y pequeñas plazas que compusieron Vegueta, barrio al que en el siglo XV se le unieron importantes construcciones como el viejo Hospital de San Martín y la primera Catedral de Santa Ana.

Al otro lado del Guiniguada creció Triana, más ordenadamente, en los terrenos que cedía el Cabildo (Ayuntamiento) para que se construyera respetando las ordenanzas establecidas. Para preservar la Isla de los ataques piráticos se construyó en la Isleta la fortaleza de La Luz, separada de la ciudad por un inmenso campo de dunas donde más tarde surgirían los barrios de Arenales y Santa Catalina. Vegueta y Triana estaban protegidos por una muralla que cerraba la ciudad por el norte y el sur para salvaguardar a la población de los invasores.

El cambio en la capital grancanaria a partir del año 1852 es muy importante, mucho le debemos al Presidente del Gobierno don Juan Bravo Murillo, pues bajo su mandato, viendo el lamentable estado de la economía canaria, se firmó la primera división provincial y el Real Decreto de los Puertos Francos, que trajo notables riquezas para el Archipiélago. Así fue como crecieron los riscos de la capital, y la Isleta progresó con familias procedentes de Fuerteventura y

Lanzarote que llegaron al amparo del muelle refugio del Puerto de La Luz y de Las Palmas que iniciaba sus obras.

Vegueta fue, desde la fundación de la ciudad, el lugar donde se fraguaba la vida social, política y económica de Las Palmas. Aquí estaban las viviendas señoriales, los centros de interés como la Casa Regental, la Catedral, el Palacio Episcopal, las Casas Consistoriales (antiguo Cabildo), la Real Audiencia, la Iglesia matriz de San Agustín, el Colegio.

En Vegueta estaba también el Hospital de San Martín, la Delegación del Gobierno en la calle Obispo Codina, el Seminario, el Museo Canario, como vemos, en Vegueta estaba todo.

El progreso del Real de Las Palmas quedó también plasmado en la otra orilla del Guiniguada. Si en Vegueta estaba el gobierno, la iglesia y las familias poderosas, Triana era la zona comercial por excelencia. Triana surge con sus barrios, huertas, conventos, con las grandes casas consignatarias y mercantiles británicas, los comercios de todo tipo de géneros, etc. Ellos dieron vida a la calle Mayor de Triana.

Las Palmas, como vemos, extendió sus lindes hasta el Parque de San Telmo donde estaba la ermita del Santo con su Gremio de Mareantes, los carpinteros de ribera, los astilleros, el muelle de Las Palmas, en construcción, etc. Por razones obvias, en Triana vive la mayor parte de la gente de la mar y del comercio. Aunque los

edificios sean inferiores a los de Vegueta, no lo es en cuanto a sus calles, que son mucho mejores, al ser más llanas y anchas.

Hoy Triana ha dejado de tener la importancia comercial de antaño, desplazados los pequeños comercios por los grandes almacenes y centros comerciales aunque en estos momentos la peatonalización de la vía, las franquicias comerciales y las cafeterías le han vuelto a dar la vida que estaba perdiendo.

Conociendo algo de la historia comercial del barrio trianero llegamos a lo que nos ocupa, el "*Parque de San Telmo*". En 1793, al desaparecer, a causa de una fuerte riada del cercano barranquillo de Mata, la ermita de San Sebastián y el camposanto contiguo que estaba al norte de la iglesia de San Telmo se plantó en su lugar un jardín con tarahales. La portada de Triana fue derribada a finales de 1858, al igual que la muralla que cerraba la ciudad por el lado norte, quedando una explanada como escaparate de entrada a la ciudad. En el lugar existió una fuente construida por el Gremio de Mareantes de San Telmo. Al derribarse las murallas quedaba libre el camino hacia Las Isletas y el Ayuntamiento decidió regalar solares para los que quisieran construir por fuera de la portada, en el insipiente barrio de Arenales.

La explanada de San Telmo había empezado desde el último cuarto del ochocientos a ser considerada como el espacio público anexo a la arteria comercial de Triana. El muelle que de allí partía le obligaba a mantener un ornato apropiado a las circunstancias. A ello se debe que ya en el año 1897 la explanada quedase definida

como plaza, y se permitiera en ella la construcción de Kioscos de cierta envergadura. Es en este momento cuando aparece el Parque de Cervantes, más tarde, San Telmo. La astucia comercial de algunos vendedores, que ya poseían desde hacía tiempo un puesto de venta de similares características en el cercano barranquillo, les animó a mejorar el negocio e instalarse en un lugar más céntrico y sin duda más lucrativo.

Como son muchos los interesados por los referidos kioscos, en 1898, el Ayuntamiento pide al arquitecto municipal don Laureano Arroyo ponga a disposición de los ciudadanos los planos y memoria para la construcción del kiosco de madera de riga y hojas de cristal en sus seis caras.

Como los resultados obtenidos con estos puestos de venta habían sido excelentes, muchos vieron en el kiosco un modo fácil de ganarse la vida. Siguiendo esta motivación, en 1900, se autorizan dos kioscos para San Telmo. Los técnicos municipales, Laureano Arroyo y Fernando Navarro, coincidieron en dar cinco rincones como los idóneos para instalar los kioscos por ellos diseñados, a saber: parque de San Telmo, plaza de San Bernardo, alameda de Colón, plaza de la Democracia y plaza de Santa Ana.

La clave del asunto estaba en el hecho, destacado, de que el Ayuntamiento había tomado para sí el kiosco, como una explotación más de su patrimonio. Desde estos momentos el kiosco, cualquiera que fuese su situación, era propiedad municipal y los ciudadanos solo podían acceder a él en subasta pública y en calidad de

concesionario. La gama de productos que se expedían en los kioscos era muy variada, se vendían golosinas, refrescos, prensa, tabaco, flores, etc.

En San Telmo teníamos desde 1906, en el rincón norte, un kiosco en forma de “castillete” dedicado a la venta de confitería primero y de billetes de lotería después. Su solar serviría, años más tarde, para levantar el kiosco modernista que hoy tenemos.

Al entrar en la década de los 20 decae el interés por las instalaciones en cuestión, pero los pocos que desde ahora en adelante se van a levantar escogen el parque de Santa Catalina o el de San Telmo.



Kiosco modernista, parte norte del Parque de Cervantes, obra de Rafael Massanet - 1925

En San Telmo se va a construir uno de los ejemplos más dignos de cuantos existen en España. Nos referimos al kiosco de estilo modernista que desde Manises se importa para ser levantado en el rincón norte del parque a mediados de la década de los 20. Como ya indicamos, con anterioridad a dicha fábrica, existió en el solar otro más viejo levantado en 1906, tipo castillete en madera, con un trazado más modesto, que fue explotado hasta el año 1924.

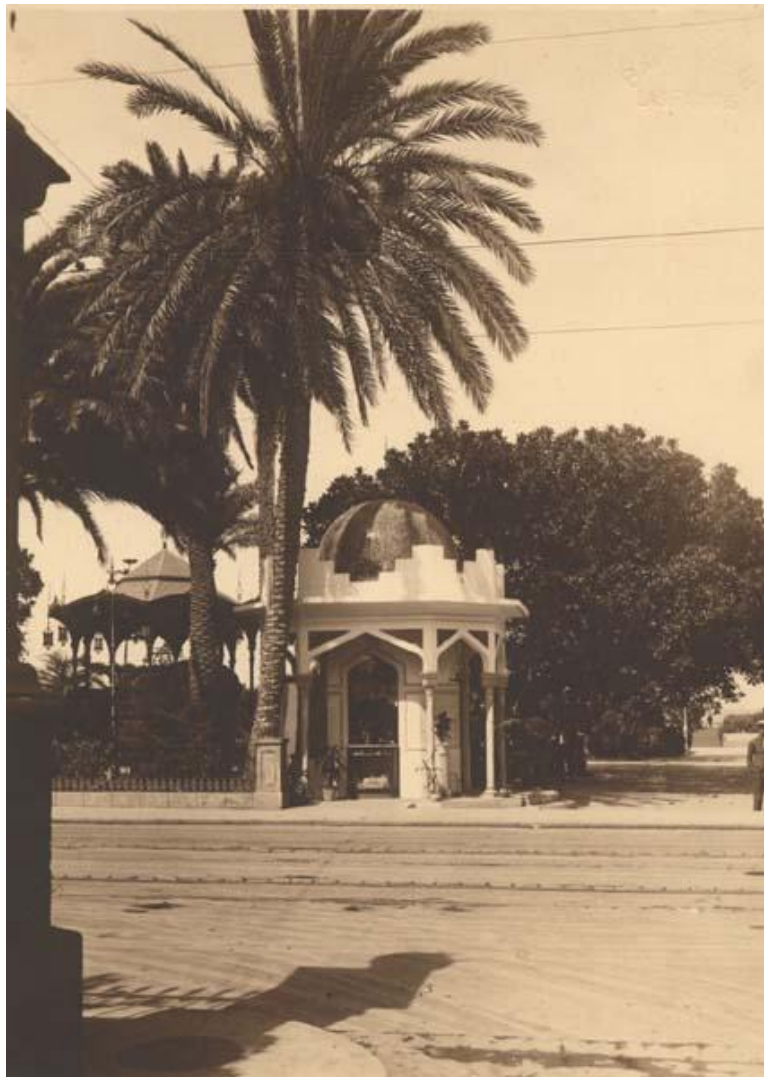
El interés por mejorar el ornato público llevó al Ayuntamiento de Las Palmas a autorizar la construcción del magnífico kiosco que aún pervive entre nosotros. Un kiosco del año 1925, salido del ingenio del arquitecto alicantino don Rafael Massanet y Faus (Alcoy 1890-Las Palmas de G. C. 1966), casado con una hija del arquitecto grancanario don Fernando Navarro y Navarro, quien lo proyectó, amparándose en la estética del modernismo. Tiene cuatro fachadas de similar factura. Buena parte de la esencia modernista ha quedado impresa tanto en los mosaicos levantinos como en las vidrieras vascas que complimentan el conjunto.

La buena acogida que tuvo esta obra le trajo a Rafael Massanet un nuevo contrato en 1927, ahora para que proyectase el hoy desaparecido “kiosco de la Música”, un mueble urbano que inicialmente tuvo la obligación de combinar las veladas musicales con el despacho de bebidas y refrescos.

Antes de la llegada de la década de los 30 el parque de San Telmo se había convertido en el emporio de la venta ambulante, y por tanto en un hito urbano, que en 1927 completaba el conjunto con

un kiosco neomodernista levantado según un proyecto del arquitecto Eduardo Laforet Altolaquirre. Este kiosco inicialmente se dedicó a la venta de flores y luego a la presa, aunque por uno de sus laterales, recuerdo que en mis tiempos mozos, se vendían boletos de apuestas (tripletas y/o cuadrupletas) para las carreras de galgos en el viejo y desaparecido Campo España y para el frontón, también desaparecido.

En 1929 se culminaron las obras de remodelación, ampliación y ajardinamiento del parque dirigidas por el pintor y concejal Eladio Moreno Durán.



**Kiosco neomodernista, Parque San Telmo, obra de Eduardo Laforet
Año 1927**

Han pasado más de ochenta años y el cambio sufrido por el Parque San Telmo es abismal, su entorno ha sobrellevado una fuerte reestructuración y no para mejorar, pues, poco a poco el lugar ha ido perdiendo el encanto de antaño.

Un día del año 1950, desapareció la fuente que estaba justo en el centro del parque, a la que nunca vi llegar el agua, fue desmontada y trasladada, nos suponemos, que al entonces “potrero” que estaba junto a mi casa, en el solar que hoy ocupan las Academias Municipales, al final de la calle Mendizábal –antes General Mola-. Aquella vieja fuente del Parque San Telmo, en lugar de arreglarla, fue suprimida como solución más fácil para hacer más diáfano aquel lugar de esparcimiento. Lo bonita que resultaba en aquellos años cincuenta y lo hermosa que sería hoy, si como los demás pilares que tiene la ciudad, restos de un pasado del que no todo debe desaparecer, tuviera agua que nos alegrara con su relajante música al caer.

También fue en los años cincuenta cuando desapareció de su lugar de origen el monumento dedicado al poeta Tomás Morales, busto que desde 1925 habitaba en un parterre central del parque San Telmo, frente al kiosco de la música. La obra es de su gran amigo el escultor palentino Victorio Macho. El óbito de nuestro poeta causó al artista tan fuerte impresión que, en recuerdo de su querido amigo regaló al Ayuntamiento de la ciudad el busto del poeta y en su memoria realizó también la escultura femenina que, en forma de musa implorante, preside su sepulcro en el Cementerio de Vegueta.

El 18 de julio del año 1957 el monumento se reinauguró en su nuevo y actual emplazamiento de la Plaza del Obelisco en el Paseo que lleva su nombre.

Con brevedad, recordaremos al gran poeta Tomás Morales Castellano. Vate nacido en la Villa de Moya el 10 de octubre de 1885, y fallecido en Las Palmas de Gran Canaria el 15 de agosto de 1921. Su efímera vida, 36 años, pone de relieve su genio al adquirir en tan corto espacio de tiempo la aureola de la que se vio rodeado en vida y que aún perdura 91 años después de su muerte. Médico de profesión, estudió en Cádiz y Madrid donde se licenció en 1911. Al terminar la carrera regresó a la isla, estableciéndose durante unos años como médico en Agaete, hasta que en 1918 trasladó, después de contraer matrimonio, su residencia a Las Palmas. La política lo llevó a ser vicepresidente del Cabildo Insular de la isla, poco tiempo antes de morir.

Su privilegiada inteligencia supo hermanar la ciencia y el arte de sanar el cuerpo con la inspiración emotiva del espíritu a través de su ingente obra poética. Tras una dolorosa enfermedad, el gran poeta de los cantos al mar, nos dejó en plena juventud, cargado de gloria, y consagrado con su obra cumbre *“Las Rosas de Hércules”*, la más famosa, la dedicada al mar y al “Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico” con el que un día soñó, al que le regaló sus mejores versos y en el que forjó nuestro porvenir, porvenir que hoy es una realidad de la que puede gozar su espíritu sereno y tranquilo.

En 1956, el Parque de San Telmo fue testigo un jueves 10 de mayo, festividad de la Ascensión, (curiosamente, la mayoría de los relatos sobre el entorno Triana/San Telmo ocurren en jueves), de mi jura de bandera como recluta voluntario, un chiquillo de 15 años que formaba parte del reemplazo de 1955 del Regimiento de Infantería Canarias número 50, con base en La Isleta y de la que mi padre constituía parte de la oficialidad del mismo. El acto, trasladado a este día, conmemoraba el XVII aniversario de la Victoria, para la gente joven, diecisiete años de la finalización de la Guerra Civil Española (1936-1939).

En la ceremonia prestaban juramento a la bandera los reclutas del reemplazo de 1955 de los Ejércitos de tierra (Infantería y Artillería) y Mar, acompañados por unidades de la Zona Aérea de Canarias, así como de varias secciones de la Comandancia de la Guardia Civil y Policía Armada. Todos bajo el mando del Coronel Martín Díaz-Llanos, Jefe del Regimiento de Artillería de Costa de Gran Canaria, quién se encargó de tomar el juramento a los reclutas, con la Bandera del Regimiento del Canarias 50.

Con gran brillantez, tal como indican los periódicos de la época, se llevó a cabo el acto de la jura. El que suscribe entró como educando de banda del Regimiento, con 14 años, según consta en mi cartilla militar, aunque teniendo un padre oficial en el mismo, nunca supe lo que era una corneta ni un tambor.

Ese 10 de mayo de 1955, sobre las once de la mañana, tras los honores de recepción a las autoridades civiles y militares, se

celebró una Misa de Campaña en un altar levantado al efecto al fondo del paseo central del parque, de espaldas al mar, una vez terminada la Santa Misa, los reclutas prestamos juramento a la bandera, compromiso llevado a cabo por el coronel-jefe que mandaba las fuerzas.

Tras el acto de jura y ante nuestras respectivas banderas tuvo lugar el beso de la misma y a continuación el desfile bajo ella en columna de a tres.

Por último, finalizada la jura, las unidades de los tres ejércitos, desfilaron ante las autoridades por la calle Mayor de Triana.

Yo, por supuesto, no desfilé, era la primera vez que vestía el uniforme militar y curiosamente, para no hacer el ridículo, el día antes, en la azotea de mi casa, con el asistente que tenía mi padre, aprendí a hacer el rinda con el palo de una escoba. El acto de rendir armas se hacía en el momento de la consagración y consistía en poner la rodilla derecha en tierra y rendir el arma en señal de respeto ante el Santísimo, eran métodos de la época, hoy nada de eso se hace, ya no existe ejército obligatorio y los que están son profesionales a sueldo.

Los que no desfilaron, conocidos por el batallón de los torpes, nos fuimos, al mando de un sargento, por la calle La Marina, hoy Francisco Gourié, hasta el desaparecido cuartel de San Francisco, al presente, Conservatorio Superior de Música de Las Palmas.

Solo fueron dos las juras de bandera que se celebraron en el Parque de San Telmo después de los años cincuenta, la segunda fue el domingo 4 de mayo del año 1958.

Los años pasaron y todo fue cambiando en la vida militar. Las siguientes juras se celebraron en los respectivos acuartelamientos militares, aunque si continuaron celebrándose los desfiles conmemorativo del día de la Victoria. En la actualidad las grandes paradas militares conmemoran, en el mes de mayo, el día de las Fuerzas Armadas y el 12 de octubre (Fiesta de la Hispanidad y del Pilar), el día Nacional de España.

Yo, con pena, pues mucho me gustaba la vida militar, cuando terminé mi carrera no pude hacer las Milicias Universitarias. Recuerdo la marcha, en verano, de mis compañeros al Campamento de la IPS (Instrucción Premilitar Superior) de Los Rodeos, en Tenerife, cuando estábamos en el penúltimo año de carrera, de allí salían con la categoría de suboficial, sargentos de complemento. Los cordones, uno gris, común para todos y otro específico distinguía las diferentes carreras universitarias, el nuestro era de color verde. Al año siguiente, terminados los estudios, hacías el segundo campamento para salir oficial de complemento con el grado de Alférez, para, tiempo más tarde, hacer las prácticas de milicias durante seis meses, como oficial en un Regimiento. Muchos de mis compañeros las llevaron a cabo en el Canarias 50 con mi padre como mando. Algunos continuaron la vida militar y se retiraron con el grado de capitán, mi primo Pablo por ejemplo, y otros, muy pocos, llegaron hasta comandante, como fue el caso del fallecido amigo Ismael Báez.

XIII

EL ENTORNO A SAN TELMO

TRIANA UNA CALLE, UN BARRIO



*Triana, sus típicas tartanas y las viejas guaguas
1950/1955*

Para nuestra comercial calle Mayor de Triana, 1950 fue un año de nefastos recuerdos, el jueves 14 de diciembre, se hundió el edificio

en construcción que la compañía de seguros “La Unión y el Fénix Español” estaba levantando entre las calles Triana, Francisco Gourié y San Telmo. Fue minutos después de las seis de la tarde cuando, con gran estrépito y enorme polvareda se derrumbó por completo el edificio. Por causas desconocidas, toda la estructura del edificio, que ya estaba en su cota máxima –siete plantas- se vino abajo. Afortunadamente el hecho no tuvo dramáticas consecuencias, pues de haber sucedido media hora antes, habría cogido de lleno a los 180 obreros que trabajaban en la obra. También ayudó, que la circulación rodada y peatonal en esos tiempos era casi nula. Solo hubo cuatro heridos que fueron atendidos en la cercana Casa de Socorro de la calle Bravo Murillo de lesiones sin importancia. Sin duda, ese día, Dios puso su mano y evitó una tragedia mayor.

El edificio derrumbado, fue proyectado por el arquitecto vasco, “desterrado” en la época franquista a Gran Canaria, don Secundino Zuazo Ugalde (1887-1970), y lo construía la empresa Pedro Alejabeitia, S. A., bajo la dirección técnica del arquitecto grancanario don Miguel Martín Fernández de la Torre, con un coste aproximado de seis millones de pesetas, ¡qué tiempos aquellos!

Meses antes, concretamente el 26 de octubre del aciago año 1950 –curiosamente, también un jueves-, otro lamentable suceso dejó marcada la historia de nuestra popular calle Mayor.

Ese día llegaba a Gran Canaria en visita oficial el Generalísimo Franco, lo hacía a bordo del viejo crucero “Canarias” que atracaba

en el muelle del Arsenal de la Base Naval sobre la nueve de la mañana. Como Jefe de Estado fue la primera y única visita que hizo a las Islas Canarias durante sus cuarenta años de mandato. Después de recibir los honores de ordenanza y tras los saludos de rigor, el Caudillo, en coche descubierto, recorrió las principales y engalanadas calles de la ciudad, acompañado por el entonces alcalde de la ciudad, Francisco Hernández González, al que todos, cariñosamente, llamaban “Franito”.

En el Arsenal lo esperaban las autoridades locales, tanto civiles como militares, aunque de las religiosas solo estaba el Rvdo. P. Leoncio Fernández, obispo de Fernando Póo, en Guinea Ecuatorial.

La gran aglomeración de público, sobre todo en los balcones de las casas por donde debía pasar la comitiva oficial, provocó un lamentable suceso que enturbió la visita oficial del Caudillo. Eran las 09.30 de la mañana cuando de la casa de don Jaime Lleó, --inmueble marcado con el número 65 de la calle Triana, esquina con la calle Arena, bello edificio de cuatro plantas de trazas modernistas, construido en 1905, con planos del arquitecto don Fernando Navarro, y famoso por albergar en su planta baja el popular “Palacio de los Juguetes” y en la primera, el conocidísimo estudio fotográfico “Estudio Moderno”, ambos negocios desaparecido hace ya algunos años--, se desplomó uno de los balcones de la última planta del inmueble que no pudo resistir el peso de las personas que lo ocupaban, arrastrando con ello a varios de sus ocupantes. En el accidente murieron cuatro personas, dos señoras que ocupaban el balcón hundido --Francisca Inglott del Rio,

vecina de la cercana calle Torres y María Mendoza de Bravo de Laguna- domiciliada en la calle San Agustín del Barrio de Vegueta y dos varones que se encontraban en el balcón inferior, Cándido Gil Rodríguez de 40 años, cuñado del Delegado Provincial de la Vieja Guardia, Luis Viera Hernández, de 44 años de edad y padre de siete hijos, entre ellos, nuestros amigos Silvia y Juan Ricardo Viera Gil, ambos ya fallecidos, Ricardo, aparejador de profesión, murió el pasado mes de julio del 2012, a los 73 años de edad y su hermana Silvia, profesora de E. G. B., unos años ante.

Siempre oí decir a mis amistades que, por no suspender tras el suceso los actos oficiales de la visita, sobre todo la cena oficial en el Salón Dorado del Ayuntamiento y el baile de gala que por la noche se celebraba en el “Gabinete Literario”, el Obispo de la Diócesis, Monseñor Pildain no recibió al Caudillo con los honores correspondientes a su llegada a la Plaza de Santa Ana, cerrándole en desagravio las puertas de la Catedral.

Sobre lo que yo tenía por cierto, nada mejora mis dudas. Don Antonio Pildain y Zapiain, fue nombrado obispo de Canarias en tiempos de la República, se decía, que fue para alejarlo de la España peninsular, vamos, como a Franco, para quitárselo de encimar. Fue un hombre que nunca simpatizó con el régimen del General. De entrada no lo recibió a su llegada a la Base Naval, ni mandó a nadie en representación del Cabildo Catedral, tampoco le abrió las puertas de la Basílica, hecho insólito en el historial del nuevo régimen y, por supuesto, se negó recibir bajo palio a nadie del gobierno. Para mí, Pildain fue un vasco con dos bemoles, y no

permitió que Franco, en su visita a Gran Canaria, entrase bajo palio en nuestra Basílica, como solía hacer en todas las catedrales de la Nación.

La negativa, en sí, no fue por el suceso de la calle de Triana, sino por el baile que tras la cena en el Salón Dorado del Ayuntamiento se celebraba en el “Gabinete Literario”, bailes que la iglesia de la época no admitía, en especial nuestro señor Obispo, enemigo acérrimo de ellos.

Cuando el representante del gobierno presentó al Sr. Obispo el programa oficial para la recepción del Generalísimo, entre los actos principales estaba un “Te Deum” de acción de gracias en la Catedral a su llegada y por la noche gran baile de gala en el Gabinete Literario, a lo que el señor obispo apuntó, según cuenta don Agustín Chil en su libro, dedicado a Monseñor Pildain, “si tenemos baile, no habrá “Te Deum”, y como no se atendió su petición, ni lo recibió en la Base Naval ni le abrió las puertas de la Catedral.

Curiosamente, fue un hombre que intentó, entre otras muchas cosas, dividir, con un muro, la Playa de Las Canteras para separar la zona de baños de los hombres de la de las mujeres, también prohibió a los católicos de visitar el Museo Pérez Galdós, inaugurado el 1964, y leer sus obras, porque siempre consideró al escritor canario un enemigo de la iglesia, así como nunca permitió a los colegios religiosos celebrar actividades deportivas en la recién

inaugurada Ciudad Deportiva “Martín Freire” -hoy Gran Canaria-, por las estatuas pecaminosas que adornaban su fachada.

Conociendo al Sr. Obispo, y ante tales circunstancias, el párroco de Teror, don Antonio Socorro Lantigua, preocupado por el problema que se le venía encima, preguntó a monseñor Pildain, que estaba descansando en su palacio de Teror, según cuenta don Agustín Chil Estévez en su libro *“Pildain un obispo para una época”*, que debía hacer cuando llegase el Generalísimo a visitar a la Santísima Virgen del Pino, contestándole el Sr. Obispo: “Don Antonio, haga usted lo que crea conveniente, porque las circunstancias de aquí son diferentes, ya que en Teror no hay ningún baile programado”.

En la tarde del viernes 27, llegaron a la Villa de Teror el Caudillo y su esposa, siendo recibidos a la puerta de la basílica por el párroco y autoridades locales. SS.EE. entraron en el templo a los acordes del himno nacional y se arrodillaron en dos reclinatorios colocados en el centro del presbiterio para orar ante la patrona de Canarias, luego, subieron al camarín de la Virgen para verla de cerca y firmar en el libro de honor.

Un hecho curioso fue encontrarse a la llegada del Caudillo a la Villa con una gran pancarta de bienvenida que decía: *“los Piratas de Teror con Franco”*, esta pancarta llamó mucho la atención del Generalísimo que preguntó qué era eso de “piratas”, dándole razón el Gobernador, de que era un tipo de transporte público al que llamaban así por el origen clandestino de sus inicios.

De regreso a la ciudad, el Caudillo se despidió de las autoridades civiles y militares en el muelle de la Base Naval y continuó viaje, a bordo del crucero “Canarias”, rumbo a las islas de Fuerteventura y Lanzarote, donde dieron por finalizada su visita oficial al Archipiélago Canario.

Pero, no todo fueron cosas malas en los años cincuenta para nuestra calle Mayor de Triana, al menos para los setentones de hoy, muchos son los que nunca podrán olvidar aquellas caminatas vespertinas en plan conquista. Triana fue una calle muy especial para todos nosotros, en ella, tenían lugar los paseos de ida y vuelta de fines de semana y vísperas de fiesta, paseos que iban desde la confluencia de la calle Domingo J. Navarro hasta el viejo reloj de la hoy desaparecida Joyería de don Juan Pflüger.

Muchos fueron los noviazgos trianeros que un día acabaron en la iglesia, entre ellos, varios de mis mejores amigos.

Al atardecer de los sábados o vísperas de fiesta, sobre las siete, empezaban a llegar los primeros paseantes, tener en cuenta que en aquellos tiempos a las nueve de la noche la mayoría de las chicas ya iban camino de casa, llegar a casa a las 21.30 ya era tarde y la riña llevaba consigo, normalmente, la pena de no poder ir el próximo día al paseo o al cine –no había otra cosa-. Las chicas caminaban, por lo general, de tres o cuatro en línea, paseaban agarradas del brazo y en medio se solía poner la que ya estaba comprometida y por los laterales las que no tenían novio y les gustaba algún chico. A cada vuelta se cruzaban las miradas y

alguna que otra sonrisa, después de varias idas y venidas, ayudado por el amigo más decidido, se rompía la timidez y dabas un par de vueltas con la chica deseada, enseguida surgía aquello de ¡¡me tengo que ir, ya van a ser la nueve!!, así que, un adiós y si podías quedabas para el próxima paseo. Cuando ya estabas con la chica de una manera más formal, si te pasabas un poco de la raya y la tomabas del brazo, notabas un reflechón seguido de una mirada fulminante que te ponía en guardia para no intentarlo de nuevo, luego, con el tiempo, ibas ganando terreno y las cosas mejoraban un poquito.

En verano los paseos solían cambiar de lugar, aunque los personajes eran los mismos, unas veces íbamos al parque de Santa Catalina otras a la avenida de la playa de Las Canteras, aquí, el paseo era desde el viejo balneario, frente al colegio femenino del Viera y Clavijo, que lindaba con el actual Hotel Reina Isabel y llegaba hasta la desaparecida factoría de Escobio, en la Puntilla, pasando por las famosas salas de fiesta de “Las Cuevas” y el “Costa Bella”. Estos nostálgicos tiempos nos hacen revivir aquellos viejos años que nunca más volverán.

No quiero, en estas pequeñas historias, olvidar los vetustos distintivos de la calle Mayor, el más característico, el “Reloj de Triana”, reloj abandonado pero que aún subsiste.

El viejo reloj de Triana (conocido así por antonomasia) es todo un símbolo para los antiguos paseantes de nuestra entrañable Calle Mayor, como ya comentamos, fue un lugar en el que muchos

conocimos a nuestras esposas y donde también hicimos grandes amistades, hoy, los que estamos en los setenta recordamos con cariño aquellos paseos vespertinos, en plan conquista, de vísperas y días de fiesta.

Fue Triana, desde los inicios del pasado siglo, y aún lo sigue siendo, la populosa vía comercial y económica de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria.

Este viejo reloj tiene su pequeña historia. Nació en el año 1912 por iniciativa del relojero alemán, afincado en Las Palmas de Gran Canaria, Juan Pflüger, como así consta en su esfera. El reloj funciona con la ayuda de la corriente eléctrica, por ello, antaño sufría con frecuencia paradas por falta de fluido y otras veces, muy pocas, por avería en su maquinaria, el reloj ha servido durante más de setenta años para contar las horas del quehacer comercial de nuestra ciudad, --no todos tenían reloj en aquella época--. También ha vivido el progreso, así como las penas y alegrías que la capital experimentó a lo largo del siglo XX.

La relojería que puso don Juan Pflüger en 1909 continuó abierta hasta los años ochenta porque así lo quisieron sus herederos que conservaron la relojería y el famoso reloj que en Triana nos marcaba la hora más o menos exacta que nos puede dar una maquinaria movida por impulsos eléctricos.

Pero el reloj de Triana no siempre estuvo en el lugar que hoy, aunque parado desde hace muchos años, ocupa. Originariamente

la familia Pflüger tenía su relojería, y por tanto el reloj, en una vieja casa de dos plantas que hacía esquina con la calle Torres, donde más tarde existió un comercio de calzados conocido por la “Bola de Oro”. Diez años pasó aquí la familia Pflüger, hasta que en 1919 trasladan el taller y el reloj a su actual emplazamiento.



La calle de Triana en 1915 con el reloj en su primer emplazamiento

Así pues, este símbolo trianero conoció dos emplazamientos a lo largo de su vida y ha sido, sin duda, el reloj que ha marcado la hora a nuestra gente, a la ciudad y a la isla, sellando el progreso comercial de una calle emblemática que ha sido, y sigue siendo, el corazón del desarrollo económico de Las Palmas.

Por ello, pedimos a nuestro Ayuntamiento, al Cabildo, a los comerciantes de Triana, o a quien quiera, que ponga en marcha el viejo reloj y que lo conserve como símbolo de nuestra ciudad.

Seguro que, como a muchas cosas en nuestra vida, lo echaremos de menos el día que no esté y entonces, lamentaremos el haber llegado tarde.

No quiero cerrar este capítulo sin recordar otros símbolos muy característicos de Triana, como fue “La Campana”, hoy desaparecida, y que hasta los años sesenta del pasado siglo era el distintivo del negocio de zapatos en el que se vendían los famosos calzados de Agaete, zapatos rudos que duraban una eternidad, ¿los recuerdan?, este negocio estaba frente al comercio de Chanrai, tienda hindú muy famosa en la época y hoy también desaparecida. Por último recordar “El Águila” que, aunque en muy mal estado de conservación sobrevive en la esquina de la calle Travieso, emblema que fue de la sombrerería del mismo nombre y a la que hoy le falta el bombín que mantenía en el pico anunciando el negocio.

Triana también tiene su historia como barrio:

El barrio de Triana surge a finales del siglo XV, a partir de dos edificaciones religiosas establecidas en la margen izquierda del Guiniguada, como fueron el Convento de San Francisco, el primero de los erigidos en la ciudad, y la ermita de Los Remedios, ambas edificaciones desaparecidas actualmente. Su nombre nos transporta en la memoria a la ciudad de Sevilla, y es un fiel reflejo de la importancia de la población andaluza que, en esos momentos, ocupaba nuestra recién conquistada isla.

La superficie del barrio trianero estuvo, en sus orígenes, delimitada por el barranco Guiniguada al sur, el mar al naciente, los riscos al

poniente y una muralla defensiva al norte, muralla construida en el siglo XVI perpendicular al mar (lo que hoy es la calle Bravo Murillo) que junto a la del barrio de Vegueta por el sur, protegía a la ciudad de posibles invasores.

Este viejo barrio fue hasta mediados del siglo XIX, un lugar eminentemente marino que tenía sus límites en el muelle de Las Palmas, junto a los carpinteros de ribera de San Telmo, era esta la única salida al mar que tenía la ciudad. Triana es, sin duda, nuestro viejo barrio comercial, barrio que con el acontecer de los años ha ido cambiando, unas veces para bien y otras por el contrario, en sentido inverso. En estos últimos años parece que ésta vieja zona comercial, está recuperando su identidad cultural y arquitectónica.

Es en el siglo XIX, cuando empiezan a aparecer en el barrio de Triana diferentes tipologías arquitectónicas como teatros, alamedas y paseos, concebidas para atender las demandas de una población que poco a poco iba creciendo. A todo esto ayudó, en 1836, la impopular ley desamortizadora de Juan Álvarez Mendizábal, nacido Álvarez Méndez (Cádiz, 1790 – Madrid 1753), Ministro de Hacienda y Primer Ministro en la regencia de María Cristina de Borbón-Dos Sicilias.

La desamortización favoreció la privatización y venta de los tres conventos situados en el barrio, junto con sus huertas y dependencias monacales, dando lugar al nacimiento de nuevas calles, plazas, viviendas y edificaciones públicas. Así, el Convento de San Francisco se convirtió en cuartel de Infantería, en él

permanecieron las tropas poco más de un siglo, hasta que en los años 60 de la última centuria pasó a depender del Cabildo que al poco tiempo lo derribó para levantar el actual Conservatorio Superior de Música, que desdichadamente no encaja en el lugar. Su iglesia se convirtió, el 16 de junio del año 1844, en la actual Parroquia de San Francisco de Asís. Y desde 1985 el templo es Monumento Histórico Artístico.

El Convento de Santa Clara una vez demolido en el año 1840 permitió abrir la calle de San Francisco (actual General Bravo) que va desde San Bernardo hasta la calle Muro, calle dedicada a D. Salvador Muro, primer subgobernador de la isla, designado por el gobierno central en 1852, año de la primera división provincial. También surge de éste solar una plazoleta, un teatro (Cairasco), actual Gabinete Literario y una alameda, hoy llamada de Colón y anteriormente de Santa Clara.

Por último, tenemos el Convento Benedictino de la Concepción, de la orden de San Bernardo, que era el mayor de los existentes en Canarias y que fue vendido a particulares, dando lugar a la construcción de viviendas, palacetes y hoteles, así como al trazado de nuevas calles, debemos tener en cuenta que en el año 1842 la ciudad finalizaba en la actual calle San Bernardo, a partir de aquí y hasta las murallas únicamente existían terrenos de cultivo.

La imagen que tenemos hoy de esta arteria comercial es muy diferente de lo que era ciento setenta años atrás, entonces sólo existía un barrio pobre y marinero. Junto a la Ermita de San Telmo

estaban los varaderos hasta que se trasladaron al nuevo puerto de las Isletas a finales del siglo XIX. El actual Parque de San Telmo, antes de Cervantes, era la explanada comercial del muelle y donde hoy tenemos el Hotel Parque estaban los depósitos de carbón de los ingleses.

La imagen que daba la calle Triana era deplorable, casas medio en ruinas, callejones tortuosos y un trazado curvado, que se conocía como la “Panza de Triana”.

Con las nuevas edificaciones, de finales del XIX y principios del XX, va desapareciendo la panza y para evitar las inundaciones en días de lluvia, sobre todo en el tramo de las calles Torres – Perdomo, se abren dos nuevos callejones hacia la marea para dar salida a las aguas de lluvia, el del Artillero, hoy desaparecido, y el de Munguía.

Es a partir del último tercio del XIX cuando comienzan a verse en el barrio las grandes construcciones, en el extremo sur, junto a la desembocadura del barranco Guiniguada, surge el Teatro Pérez Galdós, obra del arquitecto albaceteño don Francisco Jareño (1818/1892), inaugurado en 1890 con el nombre de Tirso de Molina, hasta que en 1900 pasó a llamarse “Pérez Galdós”; y al norte, frente al Parque San Telmo, surge a finales del siglo XIX el edificio del Gobierno Militar, del que más adelante hablaremos, obra proyectada por el canario e ingeniero castrense don José Lezcano Mujica.

Fuera de la calle Mayor, también encontramos edificaciones importantes, como ejemplo tenemos en la calle Bravo Murillo el Cabildo Insular y el Hotel Parque, ambas obras del gran canario don Miguel Martín Fernández de la Torre, al que también debemos la reconstrucción del Teatro Pérez Galdós, después del pavoroso incendio que sufrió en el año 1918, así como un par de viviendas en la calle Triana (la casa Wiot y la tienda de la Muñeca). Por el extremo sur tenemos la Plazuela, con la actual Biblioteca Insular, el Gabinete Literario (ambos del gran canario Fernando Navarro), y algunas obras más.

Por lógica la expansión de Triana se inicia hacia el norte, y comienza con la ocupación de las huertas de San Lázaro, esta ocupación trae consigo la prolongación de las calles de San Francisco (hoy General Bravo) y Cano hacia el Paseo de los Castillos, más tarde Camino Nuevo y hoy Bravo Murillo, dando lugar a las actuales calles dedicadas a don Benito Pérez Galdós y don José de Viera y Clavijo, respectivamente. Por otra parte, al iniciarse las obras del nuevo muelle de las Isletas, el de Las Palmas quedó en el abandono hasta su total desaparición en los años sesenta del pasado siglo cuando surgió la actual Avenida Marítima.

Con la llegada del siglo XX se inicia en el barrio un tipo de edificación muy peculiar, es la llamada arquitectura modernista. En la calle Mayor de Triana y sus alrededores encontramos muchos ejemplos de estas decorativas fachadas.

Verdaderamente, la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria ha logrado que Triana haya ganado en modernismo, pero también ha conseguido que pierda aquel encanto que tenían la ciudad, con sus viejos puentes sobre el Guiniguada, el de “Palos” (Alcalde Antonio López Botas) con sus puestos de flores o el típico bar Polo, y el de “Piedra” (Obispo Manuel Verdugo) con planos de Luján Pérez, al que nos asomábamos para ver, de cuando en cuando, correr el barranco, todo esto se ha perdido y a cambio tenemos una autopista con mucho tráfico y más polución. También hemos perdido el encanto de las antiguas tiendas de la calle Mayor, para encontrarnos hoy cubiertos de franquicias comerciales, pero, ese es el progreso y el desarrollo que nos ha tocado vivir.

La **calle Mayor de Triana**, como ya hemos dicho, la más popular del barrio, nos ofrece en su recorrido un variado y rico tipo de manifestaciones arquitectónicas. Estas hermosas fachadas han quedado destrozadas por el negocio mercantilista al que le obliga el modernismo en comercios y escaparates. En la actualidad, aún es posible encontrar algunos de estos elementos artísticos gracias al espíritu emprendedor de sus vecinos y a la conservación exigida en determinados inmuebles.

En este sentido, llaman la atención edificios como:

El mercado con el nº 35, que conserva el viejo reloj de Triana, obra, según el libro dedicado a la calle Mayor por M^a de los Reyes Hernández Socorro, de Manuel Ponce de León y Falcón, construido en 1868 para la familia de Blas Rodríguez Suárez,

aunque otros autores asignan esta obra a Federico del Rosario Valido.

El edificio de trazas modernistas que un día albergó al popular “Estudio Moderno” (Estudios Fotográficos), marcado con el nº 65, obra del arquitecto don Fernando Navarro (1905), encargado por la familia Lleó, como ya hemos indicado al hablar de la visita del Caudillo en 1950.

Frente, pasado el callejón de Murguía, nos encontramos con varios edificios modernistas: en la esquina, marcado con el nº 76, está la casa de don Manuel Apolinario, obra de Fernando Navarro, y que en la década de los años cincuenta del pasado s. XX albergó la famosa sombrerería de “Sánchez de la Coba”.



Los edificios que continúan, marcados con los números 78 y 80 también son obras de línea modernistas del año 1908 y debidos al arquitecto Municipal y Diocesano don Laureano Arroyo.

El que sigue, de la misma línea, marcado con el 82, es del año 1907, obra de Fernando Navarro.

Otro edificio importante de la calla Mayor es el de la antigua Caja Insular de Ahorros, obra fechada en 1916, del arquitecto tinerfeño Pelayo López.

Así como el mercado con el 101, cerca del Parque San Telmo, obra realizada en 1902 para la familia Negrín por don Laureano Arroyo.

La mayor parte de los edificios que actualmente tiene la calle Triana son obras realizadas en las dos primeras décadas del pasado siglo y corresponden a los arquitectos Fernando Navarro y Laureano Arroyo en más de un cuarenta por ciento.

En la esquina sur de Torres con Triana tenemos el edificio más antiguo de la calle Mayor, es de estilo gótico tardío, aquí estuvo la tienda de “Novedades Siria”, que ya no existe, en su lugar y con importantes reformas, pero respetando, en parte, la fachada original, tenemos actualmente una franquicia comercio de la cadena de tiendas Zara.



**Casa colonial esquina a Torres, de las más antiguas del barrio,
foto del año 1977**

XIV

LOS CONVENTOS DEL BARRIO

Como ya les hemos indicado en páginas anteriores, de los cuatro conventos que han existido en el barrio solo queda uno, el de las Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia de la calle General Bravo.



Actual Colegio de Las Dominicas en la calle General Bravo de Las Palmas de G.C.

El actual Colegio San José de las Madres Dominicas de Las Palmas de Gran Canaria, nos llega por iniciativa del Padre Cueto, obispo que fue de Canarias entre 1891 y 1908, nace como convento

noviciado de Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia, y es obra del arquitecto municipal y diocesano don Laureano Arroyo Velasco (Barcelona, 1848 - Las Palmas de G.C., 1910), el proyecto data del año 1897.

El dominico fray José Cueto y Díez de la Maza (1839-1908), popularmente conocido como el Padre Cueto, nació el 4 de noviembre de 1839 en la localidad cántabra de Riocorvo. Fue obispo de la Diócesis de Canarias-Rubicón durante diecisiete años (1891-1908), preconizado por S.S. León XIII, el primero de junio de 1891. Dedicó su labor pastoral, principalmente, a ayudar a los pobres. Durante su mandato apostólico llevó a cabo cuantiosas obras sociales, favoreció la llegada a la diócesis de numerosas congregaciones religiosas, tanto masculinas como femeninas, destacando entre ellas, las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, las Siervas de María, las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús, las Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia y otras muchas, de entre las masculinas sobresalen los PP. Franciscanos, llamados del puerto, donde crea, en un solar cedido por el Dr. Don Bartolomé Apolinario en la Playa de Las Canteras la “Casa Asilo de San José” para atender a los obreros y marineros pobres de la zona portuaria. El Ayuntamiento dedicó la vía donde se encuentra la Casa Asilo –Calle Padre Cueto- a su eterna y santa memoria.

También, durante su pontificado se terminaron las obras del frontis de nuestra Catedral y las capillas interiores de El Sagrario y de Nuestra Señora de los Dolores, del gran maestro Luján Pérez. Creó

numerosas parroquias y solicitó del Papa San Pio X (1903-1914), la Coronación Canónica de la Virgen del Pino, hecho que tuvo lugar en las fiestas de septiembre del año 1905. Actualmente la Basílica está preparando los actos conmemorativos del primer centenario de la declaración de la Virgen como Patrona principal de la Diócesis de Canarias, reconocimiento otorgado por S.S. el Papa Pio X en 1914. La Patrona bajará a Las Palmas de Gran Canaria, en acción de gracias, el próximo sábado, 31 de mayo, según anunció el Señor Obispo, don Francisco Casen, regresando a la Villa el 14 de junio del mismo año.

Las instituciones religiosas que encontró el Padre Cueto al llegar a Las Palmas, eran los Misioneros del Corazón de María con un colegio, las Hijas de la Caridad en el hospital y dos escuelas elementales y las Monjas del Cister en Teror. A su muerte, dejó diez Instituciones Religiosas con varias Comunidades cada una de ellas.

Por iniciativa suya, y como dominico que era, el Obispo bueno -así llamaban los canarios al Padre Cueto-, se volcó en crear el noviciado de las llamadas “Dominicas Canarias” de Las Palmas, proyecto, como ya hemos indicado, del arquitecto diocesano don Laureano Arroyo Velasco de 1897.

La fundación en las islas, a finales del siglo XIX, por el Padre Cueto y Sor María Pilar de la Anunciación, que tenía “en el mundo” el nombre de María de los Dolores Prieto Vidal, de las Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia, fue como respuesta a las

necesidades de promoción y educación de la mujer en la sociedad canaria de la época. El 22 de noviembre de 1891, junto con el P. Cueto, llegan al puerto de La Luz y de Las Palmas cinco religiosas del convento de las Hijas de Cristo Rey de Madrid dispuestas a colaborar con el obispo en su proyecto educacional. Como respuesta, las religiosas abren el Colegio San José, primer centro educativo al servicio de la mujer, el 7 de enero de 1892. El local, alquilado por la congregación, se encontraba en la cercana calle de los Remedios, en la casa donde hasta hace unos años estaban los Mueble Lisón. Posteriormente, problemas internos de las religiosas con su comunidad llevan a las Hijas de Cristo Rey a solicitar la separación de su Institución y se hacen dominicas. Así es como, con la debida autorización del Papa, el Padre Cueto funda la Congregación de Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia de Las Palmas, en el año 1895.

A finales del año 1893, fue adquirido el edificio que actualmente ocupa el Colegio y la Comunidad religiosa. Estaba entonces entre las calles San Francisco y Los Moriscos, hoy General Bravo y Dr. Rafael González, respectivamente.

El colegio de San José de la calle General Bravo es el primer centro docente de la congregación Dominica abierto en Canarias. Le pusieron ese nombre en honor al P. Cueto. Allí, bajo el pavimento de su capilla, cubierto por una fría losa, descansan hoy los venerados restos de su obispo fundador.

Era tal su amor por Canarias que repetía con frecuencia: “*De entre mis amados hijos, los canarios, al sepulcro*”, así lo cuenta el Doctor y amigo, don Francisco Vega Lorenzo, en un pequeño libro fechado en septiembre de 1908, dedicado, como “Homenaje Póstumo”, a la memoria de éste inolvidable pastor de la iglesia.

Este entrañable Obispo, hijo adoptivo de ciudad de Las Palmas y Gran Cruz de Beneficencia y Encomienda de Isabel la Católica, falleció en Las Palmas de Gran Canaria, el 17 de agosto de 1908, no hizo testamento al morir, pues nada tenía, fue deseo expreso del prelado, que sus restos mortales descansaran, para siempre, en la capilla del Colegio San José de las Dominicas de Las Palmas, convento fundado por su especial celo y entrañable caridad.

Poco le sobrevivió la Madre Pilar, en la plenitud de sus 46 años, la Fundadora y Superiora General de la nueva Congregación Religiosa, falleció el 5 de enero de 1910 en el Colegio de Santo Domingo de Guzmán de Santa Cruz de La Palma a donde había ido en visita canónica a inspeccionar la comunidad fundada en 1908, (un año antes, en 1907, se había fundado el colegio de Santa Rosa de Lima, en la localidad tinerfeña de San Cristóbal de La Laguna). Sus restos mortales fueron trasladados al cementerio de la capital palmera, tras una impresionante manifestación de duelo, acompañada por sus queridas alumnas y presidida por las Comunidades religiosas y autoridades locales de la isla. Hace unos años, sus restos fueron trasladados y hoy reposan en la capilla del colegio de La Palmita, colegio que con tantos sacrificios inauguró un mes de mayo del año 1908.

La santidad de vida de fray José Cueto y Díez de la Maza ha hecho que las Dominicanas Misioneras de la Sagrada Familia de nuestra ciudad se hallen inmersas en el proceso de beatificación del obispo fundador de su congregación, el proyecto es largo y duro pero ilusionante, esperemos que algún día éste Siervo de Dios alcance el honor de los altares.



Retrato del Padre Cueto por José M^{ra} Bosch – 1900
(Museo Arte Sacro, Catedral de Las Palmas)

En la parte inferior del lienzo reza la inscripción: Al Exmo. e Istmo. Sr. D. Fray José Cueto y Díez de la Maza, preclaro hijo de Santo Domingo de Guzmán, su reconocido familiar, José María Bosch, 19, 3, 900”.

Es ésta una de las mejores obras del sacerdote y pintor catalán nacido en Sabadell, don José María Bosch López (1871-1951), como familiar del Padre Cueto lo acompañó en 1891 en su toma de posesión y se quedó en nuestra isla, en cuyo Seminario Conciliar terminó su carrera eclesiástica. Fue ordenado presbítero el 1 de junio de 1901 y celebró su primera misa en la capilla del Colegio de las Dominicas, fundada por el Obispo Cueto el 6 de junio del mismo año. Al fallecer el Prelado, en 1908, el artista y sacerdote catalán regresó a su ciudad natal, donde vivió y continuó su vida artística y eclesiástica hasta su fallecimiento el 11 de octubre de 1951, quedando sepultado en el propio Sabadell.

En el Colegio de Las Dominicas de Las Palmas se conservan varias obras del pintor, entre las más interesantes tenemos: “La Muerte de San José”, “Familia Dominicana”, un “Retrato del Padre Cueto” y varios lienzos más. La Parroquia de la Concepción de Agaete tiene un Cuadro de Ánimas y la Iglesia de San Juan Bautista de Telde un hermoso Vía Crucis, así como el Colegio de N.S. del Rosario de Las Religiosas Dominicas de Teror guardan un interesante Crucificado. Recientemente, el Museo de Arte Sacro de la Catedral, adquirió en Barcelona dos pequeñas obras del autor dedicadas a Jesús Niño y San Juanito.

En este Colegio de San José de la Madres Dominicas de la calle General Bravo de Las Palmas estudiaron y se educaron mi esposa y mis hijas, Magnolia y Estherlitzia, y con muchas de sus monjas nos une una gran amistad, en especial con la Madre Teresa (Carmen Archanco). Hoy son muy pocas las monjas que habitan el

convento, las vocaciones casi no existen, y los monasterios, con mucha pena, se están cerrando por falta de religiosos.

En el barrio existían en el siglo XIX cuatro conventos, hoy, como ya hemos indicado, solo nos queda el de Las Dominicas, construido después de la ley desamortizadora de Mendizábal, a finales del siglo XIX. Los anteriores desaparecieron con la nefasta ley, ley de la que nuestra ciudad se benefició en mucho, pero destruyó gran parte de nuestros valores artísticos.

De los tres monasterios desaparecidos en el barrio de Triana ya hemos dado alguna pequeña referencia en páginas anteriores, aunque es mi intención ampliar ciertos detalles de su historia, así como de sus azarosos finales.

Comenzaremos por el Convento de San Francisco de Asís que fue el primero que se estableció en la ciudad poco años después de la conquista de la isla, a finales del siglo XV.

Convento de San Francisco de Asís:



Iglesia del ex convento franciscano, hoy parroquia de San Francisco de Asís en 1895

La fecha exacta de la fundación del convento franciscano de San Francisco de Asís de Las Palmas se desconoce, las llamas prendidas por el invasor holandés en 1599, consumieron las páginas de las viejas crónicas monacales.

A pesar de esta triste realidad, el padre José de Sosa, fraile franciscano nacido en Las Palmas de Gran Canaria en marzo de 1646 –según consta en el libro de Bautismos que se custodia en el archivo parroquial de la Iglesia Matriz de San Agustín de esta ciudad-, nos dice en su obra “Topografía de la isla afortunada de

Gran Canaria”, que la fundación del monasterio es anterior al de la conquista. Su tesis la basa en un texto del padre Gonzaga, cronista de la Orden, en el que dice que: *Juan Rejón, tras llegar a esta afortunada isla tomó sitio, fundando su Real en las márgenes del río Guiniguada, hoy ciudad del Real de Las Palmas, dando a los religiosos que traía consigo, para predicar y convertir a los aborígenes, un lugar para su convento, ofreciendo para su fábrica los muchos despojos, de los que iban tomando a los vencidos.*

Lo más probable es que tanto a Juan Rejón como a los franciscanos que con él arribaron a la isla les agradara, para construir su convento, aquella loma, lejos del Real, situado a la margen izquierda del Guiniguada, cubierta de frondosa vegetación y abundantes palmeras.

Elegido el lugar, la construcción del convento debió ser años más tarde. Es en 1486 cuando S.S. el Papa de Roma, Inocencio VIII, concede a los Reyes Católicos la facultad de poder fundar en todo el reino de Granada e Islas Canarias cuantos conventos y monasterios de órdenes religiosas de ambos sexos estimase oportuno. El convento franciscano del Real de Las Palmas debió ser de los primeros nacidos al amparo de la orden papal concedida a don Fernando y doña Isabel.

No cabe la menor duda que, teniendo abundante agua del cercano Guiniguada, el emplazamiento del monasterio era un lugar paradisíaco. El padre José de Sosa nos dice, que se encuentra en la parte más alegre de la ciudad, pues está en lo más alto y de sus

miradores y ventanas se ve el mar y la entrada y salida de navíos. Tiene dos hermosas huertas, una con plátanos y frutales y la otra con hortalizas. Curiosamente, en estas huertas vio por primera vez una platanera, en el año 1520, el cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo, y fue desde nuestra isla de Gran Canaria desde donde pasó el fruto a América, trasplantado, según Viera y Clavijo, por la mano del fraile Tomás de Berlanga. Así reza en una placa conmemorativa colocada en la fachada del actual templo parroquial.

Tenía la huerta, además de la comunicación interior con el convento, una puerta situada en el mismo lugar por donde hoy pasa la calle San Francisco, junto a la entrada de la iglesia. Esta calle fue abierta en los años cincuenta del pasado siglo. Ante el inminente derribo de la puerta y para que no se perdieran esas venerables piedras, Néstor Álamo recuperó las piezas de cantería del arco conopial, y reconstruyó el mismo en uno de los patios de la Casa de Colón, donde hoy lo podemos contemplar.

Según nos dice, el ingeniero cremonés Leonardo Torriani, sobre el año 1590, el convento se extendía desde la plaza de San Francisco al callejón de Maninidra, y desde la calle del General Bravo a la de Primero de Mayo. La huerta se iniciaba a partir de la desaparecida portería y llegaba hasta la bajada de San Nicolás. El monasterio llegó a contar, en el siglo XVII, con una comunidad de más de cincuenta religiosos.

Por sentido común, y siguiendo las crónicas de la época, es razonable que los frailes dieran prioridad a lo que iba a ser su morada para así tener un lugar donde cobijarse. La iglesia, en cambio, requería una buena dirección con mano de obra cualificada. Al parecer la edificación data de 1518, pues, por esas fechas convienen los frailes con el sevillano Pedro de Llerena, arquitecto de la Catedral de Las Palmas desde 1504, la edificación de su iglesia y capilla mayor.

También es en 1518 cuando los comerciantes genoveses afincados en Las Palmas, que con el negocio del azúcar habían logrado importantes fortunas, acuerdan con los frailes del monasterio el derecho a ser enterrados en la futura capilla mayor; en compensación éstos aportaban una importante suma de dinero para la construcción de la misma.

Poco sabemos de esta primera iglesia conventual, pues del templo edificado por Pedro de Llerena en 1518, no quedó nada, tras el incendio de la ciudad llevado a cabo por los piratas holandeses en 1599.

Como los frailes no contaban con los caudales suficientes para acometer la reconstrucción del templo, tras los estragos ocasionados por los piratas holandeses en la iglesia del convento franciscano, la comunidad decidió emplear los escasos fondos que tenían en reparar los daños inferidos al edificio conventual, obra menos costosa y más urgente y evitar así que la vida diaria dentro

del monasterio se viera afectada por la pérdida de algunas de sus dependencias.

El canónigo don Bartolomé Cairasco de Figueroa, de origen genovés, muere el 12 de octubre de 1610. En su testamento otorgado dos días antes, dice que tiene una capilla en la iglesia del convento franciscano que ha reedificado a su costa, pero nos aclara que esta junto a la capilla mayor que sigue sin reconstruirse. Esta capilla, según cuenta don José Miguel Alzola en su libro “La Iglesia de San Francisco de Asís de Las Palmas” está a la izquierda de la capilla mayor, la misma en la que se venera hoy el Niño Jesús Enfermero, cuadro que antes presidía la enfermería del convento de las monjas Clarisas.

La ampliación llevada a cabo en la iglesia por el ilustre teldense don Diego Vázquez Botella, deán de la Catedral de Canarias, para perpetuar su nombre, consistió en agrandar el templo construyendo una capilla delante de la fachada principal. Esta ampliación rompió la simetría, desfigurando uno de los brazos de la cruz latina. El deán se comprometió a fabricar la capilla, hoy de la Concepción y el convento a levantar los muros, en la parte que mira al sur, y a construir la nueva puerta de entrada al templo.

Los frailes cumplieron sus compromisos y levantaron la hermosa portada que hoy luce la iglesia, portada que aparece fechada en 1689 y en cuyo tímpano campea el escudo de la Orden franciscana rematado por una cruz. No podemos descartar, nos dice don José Miguel Alzola, que su desconocido diseñador tuviera presente el

trazado de la “Puerta del Aire” de la catedral, pero recargándola de elementos decorativos, cosa que no tiene la del alarife Juan Lucero.

La reconstrucción del templo llevó casi un siglo, la iglesia que hoy contemplamos es, en su planta y alzado, exactamente la misma que se concluyó en 1699. Refiriéndonos a la iglesia propiamente dicha, no a las sacristías y otras dependencias auxiliares que si han sufrido importantes cambios a lo largo de los años.

Según cuenta J.M.Alzola, resulta extraño que en ninguna de las zonas de la iglesia se halla empleado la piedra arenisca, no hay nada hecho con este material, que se conseguía con cierta facilidad en la cercana playa de Las Canteras. En San Francisco todo ha sido trabajado en cantería azul procedente de San Lorenzo (Lugarejo) o Arucas. Recordemos que muchos monumentos contemporáneos de la primitiva iglesia, como la parte más antigua de la catedral, el claustro del desaparecido convento dominico, la portada de la casa de Matos, la de la calle Colón, la del Palacio Episcopal, fueron hechos en piedra arenisca extraída de la bahía de las Canteras.

Se reconstruyó la iglesia, pero el campanario que años atrás estuvo arropado por capillas y dependencias monacales, se encuentra en la actualidad solo, tras las muchas tropelías urbanísticas cometidas a su alrededor.

El campanario, se realizó en 1679, una década antes de la puerta principal del templo, esta trabajado en cantería azul, y en el centro

tiene el escudo de la Orden franciscana. En la parte superior del blasón figura la fecha de construcción. El campanil tiene como remate un pequeño balconcillo de madera y dos arcos gemelos con otro más pequeño en lo alto, de los que penden las campanas.

Tras la desamortización de Mendizábal, la comunidad franciscana, con más de trescientos años en el convento, se vieron obligados a abandonarlo para siempre. El Gobierno, por la Ley de Mendizábal de 1835, les obligaba a cerrar los monasterios con el fin de incautarse de sus bienes para venderlos en subasta pública.

Las grandes abadías, tras el abandono, dispersaron fuera de las fronteras sus tesoros artísticos y documentales. Los bosques, que de las “manos muertas” pasaron a las manos interesadas, fueron talados en su mayoría, los campesinos se quedaron en la misma situación en la que estaban antes y los poderosos aumentaron considerablemente su patrimonio inmobiliario, formándose nuevos latifundios.

En Canarias la desamortización arrasó con una parte muy importante de nuestro patrimonio artístico, al estar éste concentrado, en su mayoría, en las iglesias conventuales. Fue sin duda la orfebrería la más perjudicada y donde más se dejó sentir los efectos de la desamortización, aseguran algunos historiadores, que se llevaros la plata y el oro sin mirar el valor artístico, para fundirla y convertirla en lingotes, esto produjo al Estado una importante fuente de ingresos.

En el momento de la desamortización la ciudad de Las Palmas contaba con seis conventos. Tres eran de frailes, ocupados por franciscanos, dominicos y agustinos, y los otros tres de monjas, pertenecientes a las bernardas, las Clarisas y las bernardas descalzas de San Ildefonso.

De los tres primeros solo se conservan sus respectivas iglesias, hoy convertidas en parroquias. De los conventos no quedó nada, todos fueron cayendo bajo la acción de las piquetas, que no respetó sus hermosos claustros. El de Santo Domingo, único en la isla, se encuentra parcialmente reconstruido en la Casa de Colón, gracias a la iniciativa de Néstor Álamo.

Peor suerte corrieron los conventos femeninos, de ellos nada permanece en pie. A medida que iban saliendo sus ocupantes, comenzaba la demolición para obtener espaciosos solares. El primero en ser abandonado fue el de las monjas bernardas de la Concepción; le siguió, en 1840, el de las Clarisas, y más tarde, con la revolución de 1868, el de las bernardas descalzas de San Ildefonso. Los tres conventos desaparecieron y con ellos sus iglesias y la mayor parte del arte que atesoraban, algo se pudo salvar trasladándolo a diferentes templos parroquiales de la ciudad, como es el caso de San Bernardo (San Telmo), San Francisco o Santo Domingo.

El convento franciscano pasó a manos del ejército, que lo destinó a Cuartel de Infantería. Al ocupar el Regimiento Canarias 50 el recinto monacal, lo primero que hizo fue demoler la capilla de la Virgen de

la Soledad de la Portería que estaba junto al campanario, para convertirlo en entrada para la caballería y carruajes.

Con el desbarajuste con que se llevó a cabo la desamortización se perdieron muchas obras de arte, mayormente grandes cuadros que cubrían las paredes de las capillas, imágenes y mucha plata, entre ella se desapareció la urna sepulcral del Señor difunto. Era ésta la pieza de plata más importante que tenía el convento franciscano.

Sobre el solar del que fuera antaño el convento y después Cuartel de Infantería, se alza hoy el Conservatorio de Música de la ciudad, una obra moderna, que no guarda relación alguna con el conjunto arquitectónico del lugar.

Al obispo Romo (Judas José Romo y Gamboa (1834-1847) le tocó vivir el doloroso trance de la desamortización de los bienes de la iglesia. Fue procesado en 1841, por sus desacuerdos con el Gobierno y condenado a dos años de destierro en Sevilla. A este obispo se le debe la reinstauración de la parroquia de San Francisco en el año 1840 del que fue su primer párroco el herreño Matías Padrón, en cuyo recuerdo, una calle de la ciudad lleva su nombre.

La Revolución de 1820, tras el levantamiento militar del teniente coronel Rafael de Riego contra el absolutismo del rey Fernando VII, dio paso al "Trienio Liberal" (1820-1823), y con este, nació, en el año 1821, la parroquia de Nuestra Señora de los Remedios y San

Francisco de Asís. Poca vida tuvo este primer ensayo de parroquia en el barrio de Triana. Duró lo que los liberales en el poder.

La parroquia de San Francisco, como consecuencia de la Ley desamortizadora de 1835, recibió del cercano convento de las clarisas gran parte de su tesoro artístico, como ejemplos tenemos, el cuadro del Niño Jesús Enfermero con su precioso marco de plata, de estilo rococó. De entre las imágenes llegadas del desaparecido monasterio están las de los patronos del convento: San Bernardino de Siena y Santa Clara de Asís, dos espléndidas tallas policromadas, encargadas a Sevilla, que hoy se hallan en sendas hornacinas en la parte baja del coro.

También se recibieron, dos excelentes tallas de Luján Pérez, éstas ocupan en la actualidad los laterales de la hornacina triple, que el templo tiene en la pared sur de la nave de la epístola. El San Pedro Penitente, de 1804, fue un encargo de la esposa del coronel Rusell, doña María de Palencia, para la iglesia del convento, y el San Juan Evangelista, de la misma época, también encargo de doña María de Palencia para el monasterio. Al trono de San Juan tuve yo el honor de dirigirlo los Lunes Santo por la tarde en la procesión llamada del Clero, procesión que salía de la parroquia franciscana y que presidía el señor obispo, don Antonio Pildain y Zapiain, que acompañaba la hermosa talla del Señor de la Humildad y Paciencia, hoy en el centro de la referida hornacina triple, obra anónima del siglo XVI, que también llegó en 1840 a San Francisco procedente del convento mencionado. El Señor estaba, originariamente, en la iglesia de Ntra. Sra. de los Remedios, que al ser declarada en

ruinas en 1793, --el ermita tuvo la suerte de no ser incendiada por los holandeses--, se pasó al monasterio de las clarisas y de él al templo de San Francisco. La bonita talla estaba muy deteriorada por el paso de los años, por ello, doña María de Palencia, encargó a Luján Pérez una nueva imagen, Luján aceptó el encargo de forma parcial, respetó el rostro, que se negó a tallar de nuevo por hallarlo muy expresivo y solo trabajó el cuerpo, manos y pies.

El templo franciscano fue restaurado en la década de los cincuenta del pasado siglo. Se arreglaron los techos que estaban rendidos y tenían numerosas grietas. Una vez resuelto el problema de las goteras se iniciaron los trabajos en el interior de la iglesia. Fue repicada toda la cantería, que estaba cubierta por varias capas de pintura blanca; se repararon la totalidad de las paredes con nuevo encalado; se retiraron los retablos que estaban en muy mal estado y era imposible su salvación, llenando el vacío con otros o con pinturas murales; se restauraron imágenes, cuadros, retablos y el púlpito; y se trajo mármol de Carrara para el piso del altar mayor. De su interior casi todo fue reparado.

En la totalidad de la restauración se emplearon siete largos años (1954/1961).

El gran mural de la capilla mayor es obra del pintor don José Arencibia Gil (Las Palmas de G.C.1914- Telde, 1968) que también hizo la decoración de las paredes laterales. En la obra empleó un año y medio aproximadamente, dedicándole un rato cada día. El tema de la pintura es la escena del Calvario, este aparece rodeada

por las figuras de los cuatro evangelistas, narradores del divino sacrificio. El 4 de octubre de 1961, festividad de San Francisco de Asís, fue solemnemente descubierto el mural y con este acto se dieron por terminadas las obras del templo.

El mural que corona el arco de la capilla mayor es también obra de José Arencibia Gil y se terminó en enero de 1963. Esta pintura, representa la impresión de las llagas de Cristo a San Francisco, tema que ocupa la parte central del espacio. A la izquierda de la composición aparece el Santo ante el obispo de Asís formulando los votos de pobreza, obediencia y castidad; en la parte opuesta hay escenas referidas a la Orden y Canarias, teniendo como fondo la fachada de esta propia iglesia y de su portería, tal como era en el siglo XVIII. Los escudos de la Orden y de Génova completan el conjunto.

En las cuentas de la parroquia aparecen entregadas al pintor don José Arencibia 83.000 pesetas por el mural de la capilla mayor, y 60.000 pesetas por la pintura del arco de la nave central.

Además, y según nos cuenta don J.M.Alzola en su libro “La Iglesia de San Francisco de Asís de Las Palmas” se le debe a José Arencibia Gil el diseño de la mesa del altar mayor y la base en que descansa el sagrario-manifestador; el humilladero que está frente a la puerta principal y la verja de la capilla de la Concepción.

Las pinturas murales de la capilla del Niño Jesús Enfermero, corresponden a Jesús González Arencibia (Jesús Arencibia, como

prefería firmar sus trabajos), nacido en Tamaraceite (Gran Canaria) en 1910 y fallecido en Las Palmas de G.C. en 1993. Obra suya son también las paredes del salón de plenos del Cabildo de Gran Canaria, la de uno de los salones del Hotel Santa Catalina, las de la iglesia de Schamann, San Antonio Abad de Tamaraceite, Aeropuerto, etc.

La iglesia que hoy lucimos se la debemos a la entrega y perseverancia de un párroco, don Miguel Ojeda Ortiz, (1955-1983), párroco al que conocí y con el que colaboramos muchos amigos, fue un hombre que trabajó durante numerosos años para que, a pesar de las dificultades, sus feligreses no decayeran en su colaboración económica y poder así terminar la gran obra que fue la iglesia de San Francisco de Asís.

Por falta de documentación, son muchas las imágenes que hoy tiene la parroquia franciscana de las que desconocemos el nombre de su autor. De pocas se tienen datos ciertos sobre su artífice. Del artista guíense don José Luján Pérez existen varias obras, de algunas ya hemos hablado en párrafos anteriores, como es el caso del: San Pedro Penitente, San Juan Evangelista y la restaurada imagen del Señor de la Humidad y Paciencia. Pero también, de éste gran canario ilustre, recibe culto en la nave central de la iglesia, lado de la epístola, una hermosa obra escultórica de San Pedro de Alcántara (1499-1562). El santo franciscano aparece mirando al cielo con una mano levantada y la otra sobre el pecho y sus rodillas descansan sobre una nube flanqueada por dos angelotes. El santo extremeño fue canonizado en 1669. Otra importante obra que hoy

posee la parroquia es la del *“Señor Orando en el Huerto de los Olivos”*; fue éste un encargo a Luján Pérez, en 1801, de la Venerable Orden Tercera para la Semana Santa canaria. La talla ocupa un retablo-hornacina labrado en cantería y policromado, que está en la nave central, frente a la puerta principal.

De este paso que salía en la madrugada del Lunes Santo, Luján solo esculpió la efigie del Señor Orando, los tres apóstoles dormidos son del palmero Arsenio de las Casas y desde 1958 se sustituyó el ángel que le acompañaba por uno nuevo encargado al escultor valenciano Miguel Ángel Casañ.

Dos esculturas, al menos, conozco en Las Palmas salidas de las gubias del imaginero madrileño Tomás Antonio Calderón de la Barca: el Cristo atado a la columna de Santo Domingo de 1773, y el San Felipe Neri, que se conserva en San Francisco.

El santo fundador, que se encuentra en un lateral de la capilla del Niño Jesús Enfermero, está representado con sotana y manteo negros; la mano izquierda la tiene sobre el pecho, del que brota una llama; y en la derecha enarbola un estandarte rematado por una cruz. San Felipe Neri fue fundador de la Congregación del Oratorio, nació en 1515 en la ciudad de Florencia (Italia) y falleció en Roma el año 1595, a la edad de 79 años. En 1622 fue canonizado por S.S. el Papa Gregorio XV.

En el templo hay dos imágenes de San Francisco, ambas de autor desconocido, en la capilla mayor, lado de la epístola, sobre una

esbelta columna recubierta de follaje dorado, está “*San Francisco Estigmatizado*”. Es una talla que posee una gran expresividad en el semblante y en las manos; comunica al que la contempla, según nos dice J.M.Alzola, la honda conmoción espiritual que sintió el santo al recibir en su cuerpo los sagrados estigmas.

La otra imagen de San Francisco, en un rincón de la sacristía, presenta a “*San Francisco Fundador*”, la figura sostiene en una mano una iglesia de plata, y en la otra un estandarte, ambos símbolos pregonan su patriarcado sobre la congregación de mendicantes.

Frente a la lujaniana obra de San Pedro de Alcántara, talla de la que ya hablamos, tenemos a San Diego de Alcalá, anónimo del XVII, se representa al fraile, evangelizador de Fuerteventura en la primera mitad del siglo XV y canonizado en 1568, sujetando una cruz entre sus brazos. Nació el Santo en un pueblecito de la provincia de Sevilla y falleció en Alcalá de Henares en 1463. Este humilde lego, fue prelado o guardián del convento dedicado a San Buenaventura, primera fundación monástica de las islas, ubicada en Santa María de Betancuria, que llegó a contar con treinta moradores. De aquel convento en Betancuria, hoy solo quedan sus ruinas y la cueva en la que el lego, tan vinculado a nuestra historia religiosa, se retiraba a orar.

La hermosa capilla de San Antonio de Padua, la preside una imagen del popular santo lisboeta. La talla, obra del escultor grancañario Miguel Gil Suarez, nacido en la Villa de Moya en 1654,

como confirma el escritor y sacerdote don Julio Sánchez Rodríguez, en su libro “Los escultores Miguel y Marcos Gil” (2002), es de finales del siglo XVII. El retablo barroco está dedicado al santo y las pinturas del segundo cuerpo son pasajes de su vida. Se desconoce la fecha en que se hizo este bello retablo ni el nombre del autor que la diseñó y ejecutó.

Otra capilla interesante es la de la Purísima Concepción, la imagen de la Purísima era muy venerada por la comunidad franciscana, y tenía capilla propia frente a la de San Antonio de Padua, capilla que en la actualidad preside el Señor de la Humidad y Paciencia, al ser trasladada la de la Virgen junto al cancel, a la izquierda de la entrada principal, donde recibe culto en la actualidad.

La imagen, originariamente, era de vestir y una peluca le cubría la cabeza. En 1961, su estado de conservación era tan lamentable que se pensó en retirarla del culto, pero la imagen representaba mucho en la historia del templo como para arrinconarla en un desván. Por ello, se le explicó al escultor valenciano Miguel Ángel Casañ, autor del ángel que lleva el paso del Señor en el Huerto, para hacer una imagen incorporando a la misma el rostro y las manos de la antigua, y suprimiendo la peluca por cabello tallado. Para hacer el cuerpo, como hubo dificultad en conseguir madera de calidad, según nos cuenta J.M.Alzola, se optó por las telas encoladas. Para el estofado se utilizó un fino pan de oro.

El actual retablo de la Purísima, situado a la izquierda, según se entra al templo, es de 1896, y se hizo con diversos elementos

procedentes de otros retablos desmontados. Es una combinación de cantería y madera que la policromía y el oro unifican y conjugan. Originariamente, la capilla fundada en 1689, por el deán don Diego Vázquez Botello, tenía un retablo-hornacina labrado en piedra.

De la primitiva obra solo pervive la hornacina en que se halla la imagen de la Purísima, que termina en forma de concha; y el cuerpo superior, con idéntica solución para el nicho que, a su vez, sustenta el frontón.

A principios del XIX, en 1809, la hermandad de la Purísima, que contaba con suficientes medios económicos, decide encargar al escultor José Luján Pérez un gran retablo para situarlo en el lugar. El nuevo conjunto neoclásico dejaría oculto el retablo hornacina de piedra, labrado con tanto esmero.

A finales del XIX, en 1896, el culto a la Purísima Concepción había decaído en favor de la Virgen de la Soledad, por ello, y con el consentimiento previo de la hermandad de la Purísima y el permiso del Obispado, se trasladó el retablo neoclásico de Luján a su actual emplazamiento, con el fin de colocar en él a la Virgen de la Soledad o de la Portería.

Entonces, con las columnas salomónicas y otros elementos que se desmontaron de la capilla que iba a recibir la obra de Luján, se formó el actual retablo de la Purísima, agregando a la piedra ya existente las partes de madera salvadas.

Para encajar el retablo en el nuevo lugar se hizo necesario reformar el artesonado y mutilar el propio retablo. Como ya hemos indicado, Luján hizo el diseño de la obra en 1809. La decoración, imitando a jaspe y mármol, así como el dorado corresponde al pintor José de Ossavarry, que también llevo a cabo el cuadro de Judit para el ático. La obra se realizó en dieciocho meses y su costo aproximado fue de unos quinientos cincuenta pesos de la época.

El retablo de la Soledad es, sin duda, el mejor de todos los diseñados por el insigne escultor y arquitecto grancanario

Por último, nos referiremos a la devota imagen de la “Virgen de la Soledad”. La capilla de la Virgen estaba antaño en la portería del convento y fue trasladada al templo parroquial, en el año 1842.

La Virgen de la Soledad, o de la Portería, es una imagen de las llamadas de candelero o de vestir, en la que el escultor solo trabajó la cabeza, busto, manos y brazos articulados para poder ataviarla. Viste como una viuda noble del siglo XVI, recordando la época de Felipe II, rey de la Casa de Austria.

Leyendas históricas rodean los orígenes de la escultura de la Virgen. Unos dicen que su llegada al convento franciscano de Las Palmas fue en una misteriosa caja entregada en el puerto de La Habana al capitán de un barco, por una señora enlutada, con destino a la portería del convento franciscano de Las Palmas. Abierta la caja en presencia del capitán, éste exclamó: “Esta, esta misma es la señora que me habló en el Puerto de La Habana”.

Otros nos dicen que fue un regalo de la propia reina Isabel La Católica, y que el escultor reprodujo en ella el rostro de la soberana.

La Virgen fue coronada el 19 de marzo de 1964 en la catedral de Santa Ana de Las Palmas, por el obispo don Antonio Pildain y Zapiain que por aquellos entonces regía los destinos de la diócesis.

Cuadros en San Francisco existen muy pocos, la mayoría se perdieron en el periodo desamortizador, y otros por el abandono y el paso del tiempo. Los pocos que quedan se han salvado gracias a las restauraciones llevadas a cabo por el departamento de patrimonio del Cabildo Insular de Gran Canaria.

De entre los existentes destacaremos: “Las Negaciones de San Pedro” este lienzo estaba tan deteriorado, hasta el punto que se había retirado de la iglesia por impresentable. En 1970 fue restaurado en el taller de la Casa de Colón. En la composición juega un importante papel la hoguera situada en uno de los extremos, su resplandor llena de luz el rostro de Pedro, que está sentado junto a ella, dejando en penumbras el resto del cuadro. El lienzo cuelga a la derecha de la nave central, junto al coro.

“La Sagrada Familia”, esta pintura es una copia exacta de la de Juan de Roelas (1609) que tiene la Catedral de Las Palmas. Nada se sabe sobre el autor de la copia que cuelga frente al anteriormente mencionado.

“San Francisco Xavier”, el cuadro lo encontramos en la nave central, es posible, según J.M.Alzola, proceda de la desaparecida ermita de San Justo y Pastor. La pintura, anónima del siglo XVIII, nos presenta al santo misionero en primer término, descalzo, vistiendo sotana negra, en actitud de caminar y apoyándose en una vara. Como fondo, vemos un paisaje en la lejanía. El lienzo fue restaurado en los años setenta del pasado siglo.

“La Virgen del Pino”, este cuadro se encuentra actualmente en la sacristía, concretamente en el despacho parroquial, es el único hasta ahora conocido, que presenta a la Patrona con la cabeza cubierta con una especie de cofia, abierta en la barbilla. La pintura recoge el atuendo característico del siglo XVI. Hasta finales del XVII o comienzos del XVIII no se debió adoptar el actual estilo con rostrillo cerrado. El lienzo procede de la capilla de la Virgen de la Portería y fue una donación de doña Ana Sánchez de Orellana junto con otros cinco, hoy desaparecidos.

Existen algunos lienzos más en la parroquia, en la nave central de la iglesia tenemos una Inmaculada Concepción, y en la sacristía, una Santa Bárbara y algunos más, todos anónimos, y de menor interés, por lo que obviamos su referencia.

Concluimos con el Santo Entierro y su procesión. Al tratar de los efectos de la desamortización en este templo parroquial, expusimos, que de entre las piezas lamentablemente perdidas, estaba la urna sepulcral para el Señor difunto, ésta magnífico joya era, sin duda, la mejor y más renombrada pieza de plata del

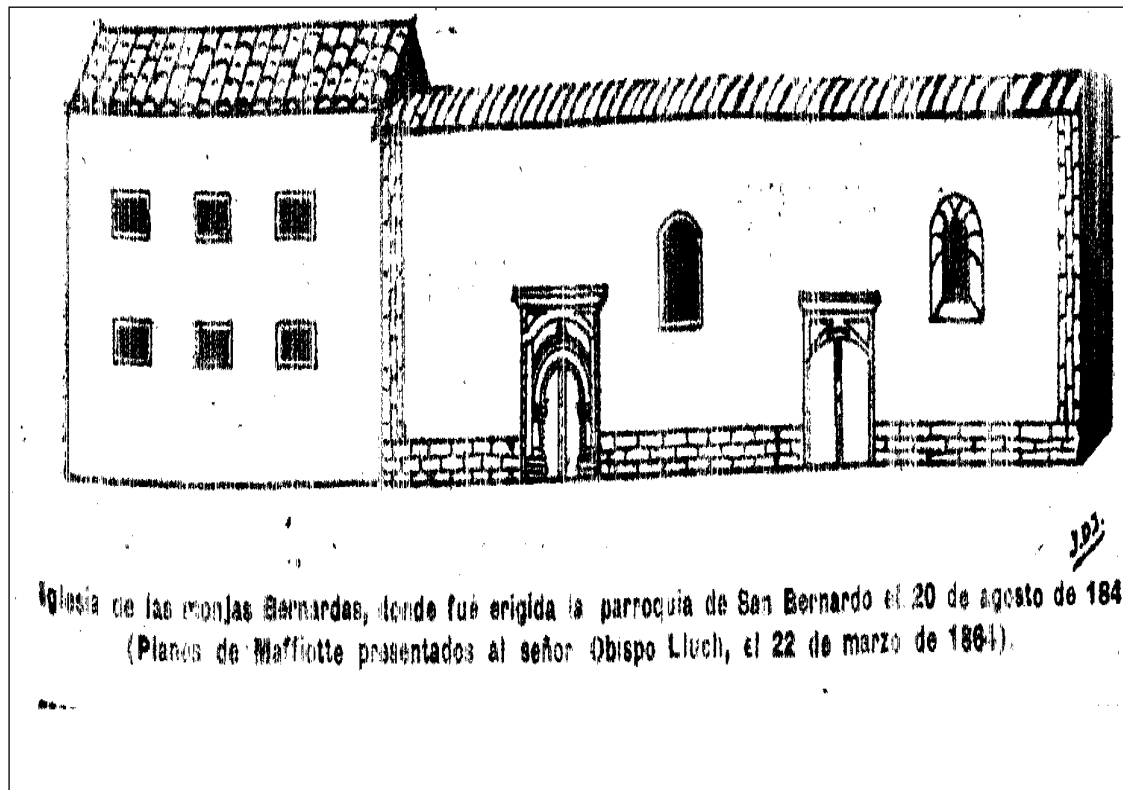
convento franciscano que salía procesionalmente el Viernes Santo. El sepulcro fue donado por doña Ana Sánchez de Orellana y su esposo para la procesión del Santo Entierro de Cristo. La valiosa joya, cuyo costo era muy alto, desapareció y, lo más probable es que se convirtiera en lingotes de plata, o como dice don José Miguel Alzola, terminara malvendiéndose en Sevilla.

La actual urna sepulcral, es del siglo XIX, y su autor es el grancanario don Manuel Ponce de León y Falcón. La urna, de traza neogótica, fue construida en madera de cedro, y se adorna con ocho pequeñas esculturas que Luján Pérez había tallado, en principio, para el trono del Corpus de la parroquia y que representan a los cuatro evangelistas que se acompañan con cuatro ángeles. Hacia 1901 el trono fue decorado con pan de oro y así sigue en la actualidad. La imagen del Cristo yacente fue encargada a Valencia en 1905.

Por último, corresponde a don Miguel Ojeda, en la década de los cincuenta del pasado siglo, el agrandamiento y elevación del trono, incorporándole una cenefa de metal repujado, igualando así, en proporciones, este trono con los demás del Viernes Santo.

El segundo convento establecido en el barrio fue el de La Concepción Bernarda, aunque es el tercero de los fundados en la ciudad.

Convento de la Concepción de San Bernardo:



Iglesia de las monjas Bernardas, donde fue erigida la parroquia de San Bernardo el 20 de agosto de 1849 (Planos de Maffiotte presentados al Sr. Obispo Luch, el 22 de marzo 1864)

Hacia finales del XVI se dio en Gran Canaria un insólito caso, cierto número de doncellas, hijas de padres nobles, practicaban como “beatas” una especie de comunidad conventual, encerrándose en unas humildes casitas, dentro de las que hacían una especie de vida monjil, junto a la vieja ermita de Nuestra Señora de la Concepción, situada en el barrio de Triana. Era padre espiritual de las mismas, un inquisidor monje benedictino, procedente del monasterio de Valladolid, fr. Pedro Basilio de Peñalosa. Este religioso de acuerdo con los mismos padres de las voluntariamente recluidas, rogó al obispo, don Fernando Suárez de Figueroa, (1587-

1596), la autorización para fundar un convento de religiosas de San Bernardo en aquel lugar, permiso que le fue concedido por el Prelado de la diócesis. Finalizado el edificio conventual con limosnas obtenidas para tal fin, el padre Peñalosa marchó a Sevilla con el deseo de traer del convento cisterciense de Santa María de las Dueñas las religiosas que habían de ser las fundadoras. Estas entraron en clausura el señalado día de San Basilio, 14 de junio de 1592. Fue su primera abadesa, doña Isabel de Garfios y Bracamonte, y priora, doña Francisca Ramírez. El nuevo monasterio se habría de regir por la regla de San Benito y San Bernardo, siendo nombrado confesor y vicario de las nuevas monjas, el padre Peñalosa.

Los religiosos de la Orden de San Benito fueron fundados por San Benito de Nursia (Nursia, 480 – Montecasio, 547) en el año 529, al levantar éste la famosa abadía de Montecasio, en Italia, monasterio que fue destruida durante la segunda Guerra Mundial. Hubo, entre estos benedictinos, muchos monjes sabios y virtuosos que trabajaron, en el silencio de los claustros, en favor de la cultura, tanto en el campo de las ciencias como de las letras. Entre sus reglas están los consabidos votos de castidad, pobreza y obediencia, con la oración, el trabajo y el cultivo de la inteligencia. Visten hábito blanco y manto negro. La Orden del Cister surgió de la de los benedictinos y a ella perteneció San Bernardo. La Orden de religiosas benedictinas, parece ser, debe su fundación a Santa Escolástica, hermana de San Benito, la que dirigió un convento muy cerca del de Montecasio. Las monjas benedictinas se dedican a la vida contemplativa y al culto del Santísimo Sacramento. Su hábito lo

compone una falda negra, con velo negro, y toca blanco. Llevan sobre el escapulario, la imagen del Ssmo. Sacramento grabado en dorado.

Cuando en 1599, los holandeses invadieron e incendiaron la ciudad del Real de Las Palmas, la mayoría de los religiosos, tuvieron que abandonar sus monasterios, aumentando su dolor al volver y verlo reducido a cenizas. Con ellos, muchos fueron los parroquianos que se refugiaron en el campo. Retirado el enemigo, tras el incendio, volvieron de nuevo a la ciudad. Las fugitivas monjas de la Concepción de San Bernardo provisionalmente se tuvieron que alojar en las casas de su mayordomo, Alonso de Olivares, encargado de la reedificación del monasterio. Cuando éste se terminó en 1609, volvieron las religiosas a habitarlo. Su comunidad, con los años fue creciendo en nobleza, virtud, habilidad y talento, llegando a tener más de cien monjas.

El convento de la Concepción de San Bernardo de Las Palmas era el mayor monasterio de las Islas, en el año 1683 encerraba entre sus muros a unas cien monjas de velo o de coro, hijas de lo más noble y considerado de la ciudad, que con las legas o criadas pasaban de ciento cincuenta.

Hasta 15 conventos de monjas de clausura se llegaron a fundar en el Archipiélago. A diferencia de los conventos masculinos, dispersos por toda la geografía insular, los femeninos se concentraban en los centros urbanos de la ciudad y villas de las islas de realengo -10 en Tenerife, 3 en Gran Canaria y 2 en La Palma-, únicas con un

estamento nobiliario capaz de promoverlos y sostenerlos en su propio beneficio. Conviven dentro de sus muros el lujo y la pobreza, las diferencias de clase y las estrategias familiares de poder. El monasterio femenino era una ciudad dentro de otra ciudad, era un recinto cerrado a los ojos de la sociedad civil.

La causa principal de estas fundaciones venía dada por la necesidad de la élite dirigente de contar con casa donde internar a las hijas que, una tras otra, eran dedicadas a la vida religiosa con el fin de mantener intacta la fortuna familiar, no interesaba disgregar el patrimonio en herencias y dotes matrimoniales. El convento era una casa familiar donde convivían hermanas, tías, sobrinas; una casa de recogidas y orfanato para huérfanas; un asilo donde las viudas podían pasar, honestamente, el resto de sus días o el refugio para mujeres separadas por una infidelidad matrimonial.

El desaparecido Monasterio de la Concepción, fue fundado, como ya indicamos, el 14 de junio de 1592, incendiado y reducido a cenizas en la invasión holandesa de 1599, fue reedificado, volviendo las religiosas al convento en 1609, monasterio que abandonan definitivamente en 1836, a causa de la ley desamortizadora dictada por don Juan Álvarez de **Mendizábal** y Méndez, ministro de Hacienda en la regencia de la reina María Cristina de Borbón, años más tarde, en 1843, es derribado el convento, por decisión de don Luis Navarro, que lo había adquirido en subasta pública, quedando en pie solamente la iglesia, donde se instaló la parroquia de San Bernardo en 1849, el descuido y abandono de la misma fue el pretexto para su demolición

definitivamente en 1868, ya en 1862 la parroquia de San Bernardo se había trasladado, de forma provisional, a la iglesia de San Francisco de Asís, al declararse el templo en ruinas, para pasar luego a la ermita de San Telmo, donde hoy continua la parroquia de San Bernardo.

Las instituciones religiosas poseían una base latifundista muy sólida en las islas, producto de siglos de acumulación de propiedades a través de adquisiciones de bienes y, sobre todo, debido a las múltiples donaciones de los fieles, que con ello, trataban de salvar su alma ante el Altísimo.

La liquidación de las riquezas de la iglesia con la polémica Ley de Mendizábal, contribuyó a reorganizar la distribución de la propiedad en las islas, todo a favor de los grandes terratenientes y de la burguesía.

El Estado, como vemos, se incautó de parte de los bienes del clero y los puso a la venta con el fin de redimir la deuda nacional acumulada a través del tiempo y, principalmente, por las continuas guerras.

Durante la desamortización de Mendizábal (1836 – 1851), en Gran Canaria, se enajenaron la mayor parte de las propiedades territoriales del clero, se vendieron tierras, casas y agua de riego, propiedades que en su mayoría fueron adquiridas por las élites urbanas residentes en la ciudad.

Cuando el pirata holandés Pieter Van-der-Does invadió Gran Canaria, con más de diez mil hombres y una flota de 74 barcos, en la ciudad de Las Palmas solo existían tres conventos -San Francisco, San Pedro Mártir y el de la Concepción Bernarda-, los tres fueron incendiados y destruidos por el fuego en el año 1599, y como ya hemos indicado, poco o casi nada quedó de ellos.

El tercer convento establecido en el barrio fue el de **Santa Clara de Asís**, último de los seis que se fundaron en la ciudad entre los siglos XVI y XVII.

Convento de Santa Clara de Asís :

En el año 1664 se estableció en el barrio de Triana de la ciudad del Real de Las Palmas, compartiendo plazuela con los franciscanos, el convento de las clarisas, bajo la advocación de San Bernardino de Siena, fraile de la Orden franciscana, nacido en Massa, cerca de Siena (Italia), en 1380 y fallecido en L' Aquila, el 20 de mayo de 1444. Fue el Santo de las obras caritativas y reformador de la Orden franciscana, siendo elevado a los altares por el papa Nicolás V (1447-1455), el 24 de mayo de 1450, seis años después de su muerte.

El convento se funda, en sus principios, en las casas que pertenecieron al famoso canónigo, don Bartolomé Cairasco de Figueroa y concedió la licencia para ello el obispo, fr. Juan de Toledo (1659-1665). Se formó con seis monjas venidas del convento de las clarisas de La Laguna, fue su primera abadesa, Magdalena de San Pedro Jaén y Cala. Las religiosas llegaron al puerto de La Luz en la tarde del 19 de mayo del año citado de 1664. Descansaron aquella noche en la ermita de la Virgen de La Luz y al día siguiente, en espera de la inauguración del convento, se instalaron en el monasterio de las monjas recoletas de San Ildefonso, dedicando los días a visitar los conventos de la ciudad. Hasta que llegó la esperada fecha de la inauguración del nuevo monasterio, que fue el domingo día primero de junio del citado año de 1664 por la tarde, al acto se le dio una gran solemnidad, con asistencia del Cabildo-catedral y comunidades religiosas, quedando

colocado en el Sagrario de la nueva iglesia el Santísimo Sacramento, para al día siguiente, celebrar la misa y los oficios religiosos que daban paso a la apertura solemne de la nueva abadía.

Pero a este convento le pasó lo que a la mayoría de los establecimientos conventuales de Canarias, en 1720, el Monasterio fue destruido por el fuego. El convento pudo ser reedificado gracias al legado de 4600 pesos que don Agustín de Torres y Déniz había dejado en poder de los Jesuitas, para proporcionar a los frailes y monjas que se encontraran ante tal trance, el oportuno remedio para resolver, con su ayuda, las pérdidas que las llamas habían ocasionado en el cenobio y su aneja iglesia.

En la época de don Pedro Agustín del Castillo –siglo XVIII- el edificio –según el plano de la ciudad que su procurador nos dejara-, se componía de un inmenso cuadrado con dos grandes patios al centro, con celdas y claustros a su alrededor. Según este plano, la iglesia tenía fachada por la calle Santa Clara –hoy Dr. Déniz- y la principal frente a la plaza de San Francisco.

Tuvo su iglesia fama de poseer valiosos retablos, cuadros de firma y alhajas de gran valor. El templo ocupaba lo que hoy es el Gabinete Literario –donde estaba el altar mayor y los dos coros, alto y bajo, y llegaba hasta la referida calle de Santa Clara -Dr. Déniz-. El resto comprendía el solar de la hoy plazoleta de Cairasco hasta Los Remedios. El límite por el este llegaba hasta Los Remedios, y de aquí hasta Malteses existía un callejón, -conocido en el siglo

XVII por el “callejoncillo de las “niñas Cayrascas”- callejón que era un auténtico “Palacio de las Necesidades”.

La comunidad de Santa Clara se componía en sus buenos tiempos de unas setenta monjas, procedentes de familias hidalgas. Cada una pagaba las mozas de servicio -legas- que su abolengo precisaba, y todas entretenían sus ratos de ocios en labores femeninas, con cuyos productos ayudaban hasta a sus propias familias en épocas de penuria. Hacían trabajos de palma y sobre todo repostería –frutas en dulce- muy solicitadas en Inglaterra.

Causaría asombro si decimos que, más que establecimiento de penitencia, eran entonces los conventos de monjas una especie de pensionados donde se retiraban las señoras, por verse libres, en lo posible, del mundo y sus tentaciones, como por miedo a caer en manos desaprensivas.

Pero llegaron los revolucionarios años cuarenta del siglo XIX, María Cristina y su Regencia estaban hundidas y con ella el General Espartero. Tras tanto derrumbe, se inicia una etapa liberal, cuajada de esperanzas, el progreso obligaba a expulsar, a las monjas clarisas que quedaban en el convento. La alameda que todos anhelan y por la que todos suspiran se alzaría en el solar de las monjas de Santa Clara, y allí levantarán también los espíritus inquietos el teatro que la ciudad exige y que no pudo construirse en el solar de la ermita de Nuestra Señora de los Remedios a causa de la absoluta y episcopal oposición del Obispo Romo.

El mes de octubre de 1840 se inicia el derribo de la parte sur del convento de las clarisas, la única fuerza que tenía la iglesia frente a las piquetas era la excomunión, para ello, el capellán del convento, colocado sobre los muros del mismo, excomulgó a los obreros que en él trabajaban, así como al director de las obras. A pesar de las amenazas, el derribo siguió adelante. El gran solar que surge de la demolición fue cedido por el Ayuntamiento y el 31 de enero de 1842 se puso la primera piedra del teatro llamado de Cairasco, cuyos planos fueron trazados por Mr. Barry y la obra dirigida por el maestro don Esteban de la Torre.

Resulta curioso saber, que con las ruinas del convento se construyó la primitiva plazoleta de Cairasco, parte del coliseo y bastantes edificios particulares. La alameda se inauguró en el año 1849, con paseo, iluminación y música. El nuevo paseo se vio favorecida con muchos de los materiales del derruido monasterio, y al regresar de Madrid en 1845 –tras haber perfeccionado allá su arte por unos tres años- del pintor don Manuel Ponce de León y Falcón, que fue durante muchos años nuestro primer arquitecto, trazó para la nueva alameda la portada principal, portada que se levantó justamente en el lugar en que se alzaba la puerta principal de la iglesia, frente a la plaza de San Francisco, en ella, se dice que el maestro aprovechó las columnas de las puertas del templo del viejo monasterio de Santa Clara, aunque en conversación con la catedrática en arte de la Universidad de Las Palmas, María de los Reyes Hernández Socorro, que hizo su tesis doctoral sobre la vida del autor, ese hecho no le consta.



Antigua portada de la Alameda de Colón – Año 1880/1885

La alameda era en el año 1880 el principal paseo de la ciudad, tenía cinco divisiones interiores. La principal, al centro, era privativa de las gentes de sombrero y levita; las laterales quedaban reservadas a las clases artesanas y a las personas que iban de incognito y las de fuera las disfrutaba el pueblo llano. Curiosamente, estas separaciones, por nadie establecidas, eran respetadas escrupulosamente.

Los árboles que se plantaron el 1842 eran plátanos del Libano y dos magníficos ejemplares de laurel de la India –estos por el costado de Los Remedios, a la subida de San Nicolás-. Al principio, la alameda se cerraba, luego, ante las protestas del público venció el criterio de puertas abiertas. Al comienzo, el paseo tenía un alumbrado de aceite, alumbrado que más tarde fue sustituido por el modernísimo

de “belmontina”. Así le llamaban por aquí al petróleo, al venir el primero que recibimos de la ciudad de Vermont, en los Estados Unidos; de Vermont, “vermontina” y, por lógica corrupción de “Gofilandia” la palabra se transformó en “belmontina”. Fue en septiembre de 1863 cuando las lámparas de aceite fueron sustituidas por las de petróleo, siendo la Alameda de Colón la primera en disfrutar del cambio

El gran solar conventual fue dividido por una nueva calle que unía la fuente del Pilar del Perro, en la margen izquierda del barranco –hoy calle Fuente-, con la vieja calle de San Francisco –hoy General Bravo-, calle que dio lugar a la actual Muro, vía, como ya hemos indicado en páginas anteriores, dedicada a don Salvador Muro, primer subgobernador de isla después de la división provincial de 1852, así surge de un lado, la Alameda, y del otro, la Plazoleta de Cairasco y el teatro del mismo nombre con el que todos soñaban, coliseo que, años más tarde, se convirtió en el actual Gabinete Literario. Realmente, fue éste un solar bien aprovechado.

XV

DE LA CAFETERA DE LOS ANTÚNEZ A LA PEPA, PASANDO POR EL TRANVÍA ELECTRICO



El Tranvía de vapor a su paso por Triana (1890/95)

No es algo que entre dentro de mi tiempo, pero no quiero dejar fuera de estos recuerdos trianeros al viejo tranvía que un día nos comunicó con el puerto de Las Isletas.

Ya el 19 de mayo de 1881 comentaba el periódico local “La correspondencia de Canarias”, que era conveniente una vez puesto en servicio el futuro Puerto de Refugio de Las Isletas, se estableciera una línea regular de tranvía entre la capital y el caserío

de La Luz, para facilitar las comunicaciones y el transporte de mercancías.

El complemento del tranvía, decía el periódico, “debe ser, sin duda alguna, estudiado con sumo interés tanto por el Ingeniero Jefe, como por la Junta de Puertos, pues la necesidad y utilidad del mismo, nos hace pensar que, el día en que el futuro puerto esté terminado y reúna tales y tan importantes complementos, el porvenir de Las Palmas de Gran Canaria, estará asegurado”.

El tranvía en Gran Canaria formó parte de lo que conocemos como “Transporte Urbano”, o séase, transportes dentro de la ciudad.

Gran Canaria optó, en su momento, por el tranvía, porque necesitaba comunicar dos zonas en expansión, la capital y el puerto.

La ciudad, formada básicamente por los barrios de Triana y Vegueta, estaba creciendo hacía el norte (puerto), y ya desde el año 1861, nuestro Ingeniero Jefe don Juan de León y Castillo pensaba en el gran Puerto de La Luz como puerto de escala para la navegación de larga travesía y como centro comercial con la vecina costa de África.

En Las Palmas ya se venía hablando de la necesidad de un transporte desde 1879, época en que el Puerto de La Luz desbancó al viejo Puerto de Las Palmas, en San Telmo, por no reunir las

condiciones de abrigo necesarias para el crecimiento comercial de la ciudad.

Es a los hermanos Luis y Juan Antúnez Monzón a quienes se les da la concesión del primer ferrocarril canario en el año 1884. Luis había sido gobernador civil de Córdoba, Lérida, Orense y Barcelona y su hermano Juan, era, por aquellos entonces, primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Las Palmas.

Juan Antúnez fue el primer director de la empresa “S. A. Tranvías de Las Palmas”, en ese momento formaba parte como ministro del gobierno de la nación, don Fernando de León y Castillo, y es ésta la persona que dio el impulso necesario para que este proyecto saliera adelante. Gran Canaria debe a don Fernando mucho de lo que hoy es, fue un hombre que dedicó toda su vida a luchar “por y para Gran Canaria”. Por todo ello, hoy es el único político que tiene el privilegio de estar inhumado en nuestra Catedral Basílica de Santa Ana.

El proyecto inicial de 1884, era el de un tranvía de tracción de sangre, es decir, arrastrado por mulas o caballos, pero en 1885 se solicita y autoriza por Ley el empleo del vapor para el tranvía de Las Palmas.

El recorrido del tranvía inicialmente era de Las Palmas capital al Puerto, con dos estaciones terminales, una en la calle Carnicería (después General Mola y hoy Mendizábal) junto al Potrero Municipal (lugar que hoy ocupa las Academias Municipales) en la esquina con

la calle los Balcones y la otra a la entrada del Muelle Santa Catalina.

El 1 de octubre de 1890, el tranvía a vapor hizo su primer recorrido por las calles de Las Palmas, dejando a su paso una densa columna de humo negro que cubría el trayecto.

El horario era de 04.45 de la mañana hasta las 06.30 de la tarde. En los vagones había tres clases, con tarifas para la primera de 25 céntimos, segunda clase 20 céntimos y tercera 15 céntimos.

El recorrido era de unos seis kilómetros, y comunicaba el casco antiguo de la ciudad con las nuevas instalaciones portuarias, siguiendo el trazado de la carretera general del puerto arreglada con firme de piedra. Una locomotora alemana de la marca Krauss tiraba de tres coches generalmente y la velocidad máxima alcanzada era de 20 a 30 Km/hora.

Aquel miércoles 1 de octubre de 1890 fue para nuestra ciudad un día de alegría, el pueblo se echó a la calle para celebrar el acontecimiento. La inauguración tuvo lugar a eso de la una de la tarde en la engalanada calle Carnicería (actual Mendizábal) donde hubo bendición de las locomotoras por parte del Obispo de la Diócesis don José Pozuelo y Herrero (1879/1890), subiendo luego las autoridades y el pueblo rumbo al Puerto, donde después de los correspondientes discursos se sirvió un refrigerio.



Tranvía a vapor en Triana y empleado marcándole el paso- 1900/1905

Pasan los años, la maquinaria se va quedando cada vez más obsoleta y la empresa no realiza mejoras en el servicio, a consecuencia de ello, los accidentes son cada vez más frecuentes, algunos mortales, como el acaecido en el año 1897 donde es arrollado y muerto un transeúnte. Todo esto lleva a un levantamiento de la población, que un día se amotina en la calle de Triana, lugar al que llegan provistos de picos y barras de hierro para levantar y tirar a la cercana marea varios tramos de raíles del tranvía. Para calmar los ánimos del alborotado pueblo, la empresa puso delante de la maquina a un empleado, que a paso lento recorría el tramo que iba desde el Parque San Telmo hasta el Potrero, donde daba vuelta de nuevo hasta Bravo Murillo. La locomotora se acomodaba a la velocidad que le marcaba el andar del empleado.

El tranvía de vapor, la popular “Cafetera de los Antúnez”, con veinte años de vida ya tenía una maquinaria anticuada, los hermanos Antúnez nunca se preocuparon de renovar, o al menos mejorar, el material y los servicios existentes.

Llega 1908 y la familia Antúnez inicia los trámites para la venta de la concesión del tranvía.

Como ya apuntamos, el tiempo que estuvo circulando el tranvía a vapor fue de 20 años, entre 1890 y 1910, fecha en que pasa a funcionar con energía eléctrica.

El alumbrado eléctrico de Las Palmas se había inaugurado en Las Palmas el 10 de junio de 1899. El iniciador e impulsor de esta gran empresa fue don Eusebio Navarro Ruiz, este ilustre teldense había solicitado en 1897 del Ayuntamiento de Las Palmas la concesión para la explotación del alumbrado público de la ciudad. La central eléctrica que se había construido en la Plaza de la Feria, donde hoy está la Delegación del Gobierno, significó el final del antiguo alumbrado de vela y candil e hizo desaparecer la figura del farolero, personaje popular que cantaba las doce de la noche, hora en que comenzaba a apagar, una a una, las farolas del alumbrado público de la ciudad

El Banco de Castilla compró a los hermanos Antúnez los derechos del viejo tranvía de vapor para en 1910 cambiarlo a funcionar con energía eléctrica. Con el Banco de Castilla sucedió lo mismo que con los hermanos Antúnez, primero fueron elogiados pero con el

paso de los años y la escasez de inversiones, el servicio fue perdiendo calidad y el pueblo perdiendo la fe en el deteriorado medio de transporte.

La electrificación hace que cunda el pánico en la población, población que ya conocía la falta de mejoras por parte de la empresa anterior y los frecuentes accidentes ocurridos a lo largo de su corta vida, algunos de ellos mortales, como el acaecido en el año 1897 donde es arrollada y fallece una persona. Esto crea una importante alarma social entre la gente que, ayudada por los periódicos locales, lleva a cabo una serie de protestas ante el Ayuntamiento con alteración, en muchas ocasiones, del orden público.



El tranvía eléctrico circulando por Triana – año 1920/1925

El 28 de agosto de 1910, a las tres de la tarde le llega el fin al tranvía de vapor, y, sobre las 18 horas inicia el nuevo servicio el tranvías eléctricos. La maquinaria dispuesta por la empresa es de

segunda mano y los materiales no reciben atención alguna, como consecuencia de esto viene el envejecimiento prematuro del mismo, los accidentes y las críticas de los usuarios.

Pasan los años y el abandono es atroz. Esto lleva consigo que haya numerosas protestas de la vecindad. Los accidentes que surgen, son cada vez de mayor calibre, desprendimiento de troles, caídas de cables eléctricos, descarrilamientos de coches. Al final de la década de los veinte estas anomalías eran casi a diario.

El pueblo pedía angustiado, y casi exigía, la clausura del tranvía y que se hiciera cargo del servicio el Ayuntamiento, ideas que no compartían los munícipes por el enorme gasto que ello suponía para las debilitadas arcas municipales.

El tranvía eléctrico funcionó desde el año 1910 hasta el 31 de enero de 1937, fecha en la que efectuó su último servicio. Fue en plena guerra civil cuando desaparece este medio de transporte de la ciudad de Las Palmas, al no poder aguantar la competencia de las Jardineras guaguas que lo terminaron de hundir.

Tras la Guerra Civil y en plena Segunda Guerra Mundial, nos encontramos con unos durísimos años de escasez, sobre todo de combustible líquido para las guaguas, esto obliga al Ayuntamiento a resucitar de nuevo al viejo tranvía de vapor (los cables de cobre del tranvía eléctrico se habían vendido al ejército durante la guerra civil).

Este tranvía fue más conocido por “La Pepa”, se le llamó así, porque el acuerdo municipal que aprobó su puesta en marcha se dio a conocer el 19 de marzo, día de San José, del año 1942. El tren estaba formado por una locomotora de vapor que remolcaba siete u ocho coches del antiguo tranvías, a los que previamente se les quitó el trole, y que estaban abandonados en los depósitos municipales de Alcaravaneras (actual Club Náutico).

El 20 de marzo de 1942, se llevaron a cabo las pruebas por las calles de la ciudad y el día 23 del referido mes, a las seis de la mañana, “La Pepa” realiza su viaje inaugural, uniendo la Ciudad con el Mercado del Puerto. Este popular medio de transporte, en horas punta, se abarrotaba de viajeros.

Los raíles descubiertos hace unos años en la calle de Triana forman parte de los viejos recuerdos de la popular “Pepa”. Poco fue el tiempo que este anticuado y destartalado tren pasó por Triana, los comerciantes de la zona protestaron por la enorme cantidad de humo y hollín que inundaban sus negocios, por ello, al poco tiempo, el Ayuntamiento decidió llegar solo hasta el Parque de San Telmo, lugar en el que yo recuerdo verla.

El servicio regular de “La Pepa” fue muy breve pues la Patronal de Guaguas poco a poco iba recuperando la cantidad de combustible para aumentar el número de Guaguas en servicio. El 15 de junio de 1944 “La Pepa” deja de funcionar a diario para prestar ayuda a las guaguas los días de afluencia masiva de público, sobre todo los

domingos con motivo de los partidos de futbol que se celebraban en desaparecido Campo de España.

En noviembre del año 1947, con el progresivo aumento del número de guaguas por las calle de la ciudad, el Ayuntamiento decidió suspender definitivamente el servicio de “la pepa”. Es en 1947 el año en que yo, con casi ocho añitos, recuerdo viajar en la “pepa” desde San Telmo al Mercado del Puerto alguna que otra vez.



“La pepa” a su paso por la Plaza de la Feria en el año 1945

Dejamos Triana como barrio y volvemos a Triana como calle, pero ya para recordar los años sesenta de la pasada centuria, en estos años llega a Canarias el boom turístico -para nosotros las suecas-, que cambian por completo la vida de la ciudad, el turismo le dio la vuelta a todo, apareció el “Catalina Park”, los grandes hoteles, los apartamentos, en fin, los canarios cambiaron su mentalidad y en

vez de ir a pasear a Triana, empezaron a ir a la playa en invierno, en plan conquista de aquellas hermosas “suecas” que se lucían en bikini, y a salir de noche a las salas de fiesta –las Cuevas, el Costa Bella y otras-, con el mismo fin conquistador, el cambió fue brutal en nuestra sociedad.

De la década de los sesenta, me viene a la memoria el voraz incendio que el domingo 29 de abril de 1962 -día de San Pedro Mártir- destruyó la famosa “Droguería Espinosa” en la calle de Triana. El edificio, de tres plantas hacía esquina con la calle Arena, lugar que ocupa hoy el inmueble que acoge los “Calzados Lurueña”, y fue destruido totalmente por el incendio. Pasaban las cinco y media de la tarde cuando desde la cercana dulcería “La Madrileña” se dio la voz de alarma al observar que desde el popular establecimiento salía abundante humo. Las mercancías, la mayoría inflamable, existentes en el interior ayudaron a avivar el fuego de tal forma que pocas veces se vio en nuestra ciudad un fuego de tales proporciones.

El edificio, que ardió en su totalidad, quedo completamente destruido. En ayuda del Cuerpo de Bomberos acudieron fuerzas del ejército radicadas en nuestra capital, especialmente de la Brigada Paracaidista, con material contra-incendio del Ejercito del Aire.

Otro acontecimiento importante nos llega en 1964, es en este año cuando se inician las obras parciales de derribo del viejo “kiosco de la música”. Digo parciales porque solo se desmochó su techumbre, así estuvo muchos años, para vergüenza de los grancanarios. Cuando se eliminó el templete, se pensó que se iba a sustituir rápidamente por otro en debidas condiciones, pero no fue así. El isleño nunca quiso que se le despojara al Parque de San Telmo de

tan peculiar y entrañable “tabladillo” donde la banda municipal desde hacía muchísimos años venía dando sus tocatas” o conciertos los jueves y domingos. Me vienen a la mente aquellos festivos cuando, después de misa, iba con mi padre a oír música al parque y a la vuelta pasábamos por la desaparecida dulcería “La Granadina”, en la calle Cano, a comprar la correspondiente bandejita de dulce. No se puede dismantelar, de la noche a la mañana, a una ciudad de cosas amorosamente entrañables, aspectos que adornan un paisaje urbano. No podemos, sirva como ejemplo, quitar la iglesia de San Telmo porque sea vieja y en su lugar levantar un templo nuevo. Algo parecido fue lo que se intentó hacer con el kiosco de la música del Parque San Telmo.

En 1978, ya han pasado años, el Ayuntamiento cierra al tráfico la calle Mayor de Triana e inicia la remodelación del parque y con ella la del desaparecido Kiosco de la Música. El kiosco, que nunca debió demolerse, se intentó cambiar por un “auditórium” moderno años más tarde, pero la luchar denodada del pueblo no lo permitió, por lo que los técnicos municipales se vieron obligados a derribarlo con los picos y las palas de los propios hombres que lo levantaron, para satisfacción del isleño. El pueblo, una vez más, había conseguido lo que quería, tener una reproducción lo más exacta posible –en estilo y tamaño-, del evocador kiosco que Rafael Massanet nos “regalara” en 1927. Así fue como el Parque de San Telmo, remodelado y adecentado, recupero a finales del siglo XX su típico kiosco, no en el sitio exacto como un día le porfié al amigo Eulogio Nuño, pero sí muy cerca de su antiguo emplazamiento, y la banda municipal el lugar, bajo aquel frondoso ficus, que aún existe, para interpretar sus

tocatas domingueras –hoy cambiadas al viernes-, conciertos que alegraban las soleadas mañanas del domingo animadas con el paseo de las “chachas” con los soldados y el corretear ingenuo de los niños. Qué bonito habría sido revivir aquellos animados paseos de la juventud de antaño, que más tarde, por el abandono que sufría el parque, se trasladaron a la calle Triana, creando serias problemas para la circulación.

Como más arriba comento, en 1978 el Ayuntamiento capitalino viendo el extraordinario crecimiento urbano de la ciudad y en consecuencia el de su parque móvil, tomó el acuerdo, dentro de un plan municipal, de hacer más grata y más segura la estancia para el peatón. Así fue como la populosa calle de Triana, continuación del Parque San Telmo, fue convertida en peatonal con grandes ilusiones. Pero para que la calle fuera peatonal no bastaba con quitarle el tráfico y decirle al viandante que puede transitar por ella con tranquilidad; es preciso una restructuración adecuada, tanto urbana como ornamental. Triana necesitaba hacer desaparecer aquel feo piso de alquitrán, pero no había dinero y al igual que el Kiosco del Parque San Telmo, la cosa iba para largo.

Para tan largo iba la cosa, que llegamos al año 1987 y el kiosco de la música seguía igual, bueno, se consiguió le pusieran un toldo de lona en lo que ocupó el templete bajo el cual daba sus recitales la Banda Municipal.

En 1995, el Ayuntamiento estaba levantando en San Telmo el Auditorium ultramodernita de los arquitectos Flora Pescador y Ángel

Casas, la obra rompía de forma brutal el conjunto y sus alrededores, los grancanarios lucharon por la restauración del viejo kiosco y en solo 12 días habían logrado las firmas necesarias para la paralización de la obra y su posterior derribo.



El actual kiosco de la Música inaugurado en 1999

El celeberrimo y controvertido Kiosco de la Música del Parque San Telmo fue finalmente inaugurado en junio de 1999 por el entonces alcalde José Manuel Soria López, tras años de tiras y aflojas entre los responsables municipales, y proyectos arquitectónicos de restauración aprobados y desestimados tantas veces como pugnas políticas se emprendían. Tras la tempestad llegó la mayoría absoluta, y con ella la asignación del proyecto. Las obras de recuperación del kiosco, fueron presupuestadas en 40 millones de pesetas.

El kiosco actual está ligeramente desplazado al norte de su lugar original y para mayor comodidad de la banda, su planta es algo más grande que el tradicional.

No puedo dejar fuera del entorno del Parque San Telmo al Gobierno Militar de Las Palmas, para mí forma parte del mismo y no imagino el lugar sin el centenario palacio. Con esta extraordinaria mansión, frente al viejo Parque Cervantes –hoy San Telmo- finaliza el Barrio de Triana y nace el nuevo Barrio de los Arenales, realmente aquí comienza la ampliación de la ciudad por “Fuera de la Portada”.

Anteriormente, con la prolongación de las calles de San Francisco -actual General Bravo- y Cano hacia el Paseo de los Castillos había comenzado la expansión de Triana por las huertas de San Lázaro, expansión que dio lugar a las actuales Pérez Galdós y Viera y Clavijo, respectivamente.



Gobierno Militar de Las Palmas, año 1900/05 y el viejo kiosco derribado en 1924

Es en el último tercio del XIX, cuando se levanta en el extremo norte de la ciudad, en la confluencia de la calle Triana con el llamado Paseo de los Castillos –Bravo Murillo-, el clásico y sobrio edificio del Gobierno Militar de Las Palmas, el impulsor de la obra fue el Capitán General de Canarias (1878-1883), el mallorquín don Valeriano Weyler, con el fin de que sirviera de residencia a los gobernadores militares y a los comandantes que visitaran la plaza. Fue proyectado por el teniente coronel del Cuerpo de Ingeniero, el grancanario don José Lezcano Muxica y Acosta. La primera piedra se puso en 1881. La construcción se demoró hasta el año 1894, y la recepción definitiva de la obra se firmó en el mes de julio del referido año.

Es en las últimas décadas del XIX, cuando se empieza a sentir la necesidad de contar con una sede propia para el Gobierno Militar. Lo demanda el prestigio de la institución y la importancia de la ciudad.

Hasta su traslado al nuevo palacio, el Gobierno Militar estaba instalado en un edificio de la calle Cano, frente a la casa del General don Ignacio Pérez Galdós y de su hermano, el escritor don Benito, allí desempeñó, frente a su casa, su cargo de gobernador militar el ilustre general. Anteriormente había estado instalado en la antigua calle de Santa Clara, hoy Doctor Déniz, junto a la actual Alameda de Colón, ambas en régimen de alquiler.

De otra parte, los grancanarios conocedores de que en Tenerife se estaba terminando el edificio de la Capitanía General, establecen,

en 1880, una “Junta pro suscripción para el Palacio Militar”, comité compuesto por personalidades de la ciudad, que con su esfuerzo lograron una importante recaudación.

Diez días antes, el Círculo Mercantil había organizado un banquete en honor del Capitán General don Valeriano Weyler, que se encontraba en Las Palmas. Al llegar el momento de los discursos de rigor, Weyler hizo suya y apadrinó, públicamente, la idea de construir el edificio e interesó de los asistentes la colaboración en el proyecto. En el mismo acto se suscribió la suma, importante para la época, de ciento diez mil reales de vellón. El Círculo Mercantil aportó veinte mil, e igual suma el Ayuntamiento de Las Palmas. Weyler donó cuatro mil reales de vellón y el Gabinete Literario dos mil, entre otros.

El importe de la suscripción se puso a disposición del General Weyler, para la compra del solar frente al entonces insipiente jardín de San Telmo, casi lindando con la puerta de Triana, de la antigua muralla norte de la ciudad. El Palacio Militar se levantó sobre un amplio solar que había sido propiedad de Francisco del Río de León, y una parte del mismo la había vendido a la familia Miranda para la construcción de una vivienda.

Tras pasar el terreno a propiedad militar, y derruirse la vivienda de la familia Miranda, se puso, como ya hemos indicado, la primera piedra en 1881, las obras se iniciaron al año siguiente bajo la dirección del Teniente Coronel de Ingeniero el grancanario don José Lezcano Mújica. El edificio es un claro ejemplo del neoclasicismo tardío. En su frontón porta el escudo de España y varios motivos militares.

Rememorando el entorno, no quiero cerrar el capítulo sin citar el “Gran Hotel Parque”, la hostería que un día engrandeció el conjunto del popular Parque San Telmo. Fue el interés de los herederos de don Bruno Naranjo los que tratando de mejorar la ciudad decidieron instalar en la parte central del edificio, habitualmente conocido en la localidad como la “Casa de don Bruno Naranjo”, los que un lunes 23 de agosto del año 1943, inauguraron el gran hotel con hermosas vistas junto al mar. El edificio obra del arquitecto grancanario don Miguel Martín Fernández de la Torre, tiene siete plantas y cuenta con 80 habitaciones a todo confort, hermosa terraza en el último piso y un gran salón para fiestas. En la planta baja, años más tarde, se instaló un bar restaurante con mesas al exterior, donde recuerdo ratos muy agradables con mi padre en la terraza –el tráfico de vehículos casi no existía-, sentado en unos amplios sillones de mimbre muy señoriales.



XVI

CONSIDERACIONES FINALES

Esta es la historia de la antigua y ennoblecida ermita de San Pedro González Telmo, Parroquia de San Bernardo, la más interesante y valiosa de la diócesis; templo que, como bien dijo el Marqués de Lozoya, catedrático y crítico de arte, siendo Director General de Bellas Artes, debe merecer en todo momento la máxima atención y respeto, sin que nada pueda alterar su graciosa y bella armonía.

La ermita, a pesar de su antigüedad, buen estado y valor histórico estuvo a punto de desaparecer cuando comenzó a construirse, allá por el año 1919, detrás de ella, la que legara en su testamento don Cristóbal del Castillo, que no pasó de los cimientos a pesar de la cantidad respetable (ciento veinte mil duros, de la época, obtenidos por el remate de sus bienes) cedida por el noble Patricio.

La densa feligresía de San Bernardo y lo limitado del recinto de la ermita de San Telmo pedían a gritos, a mitad del pasado siglo XX, en tiempos del obispo Pildain, la edificación urgente de la proyectada parroquia, iglesia, como ya hemos dicho, fue soñada por el insigne patricio don Cristóbal del Castillo, alcalde de nuestra ciudad en el año 1858, quien al morir sin descendencia, legó su fortuna a la ciudad de Las Palmas, con el deseo de que su sueño se cumpliera, ilusión que no era otro, sino ser enterrado en un gran

mausoleo, junto a su esposa, en el nuevo templo para el que él donó parte de su fortuna, deseo que nunca se cumplió. Los cimientos del futuro templo desaparecieron al llevarse a cabo la reforma del Parque San Telmo y construirse el aparcamiento subterráneo, el espacio arenoso lo ocupa hoy un pequeño parque infantil. Los grandes cambios urbanísticos y religiosos han hecho olvidar el ansioso momento de ver nacer esa edificación con la que soñó don Cristóbal y para la que dejó un legado que administra, una Junta Testamentaria en su nombre.



Ermita de S.Telmo - 1952/55, véase en su trasera los cimientos de la iglesia que nunca existió

El nuevo templo, a estas alturas del siglo XXI, ya no tiene razón de ser y los restos del patricio don Cristóbal del Castillo y Manrique de Lara y de su esposa doña Luisa Manrique de Lara seguirán en el mausoleo, erigido provisionalmente a su memoria, en el viejo Cementerio de Las Palmas, por encargo expreso de su esposa, restos que en su día se pensaban trasladar de manera definitiva al

templo que en el distrito de Triana se trataba de levantar con los fondos de su legado, para sede de la Parroquia de San Bernardo, y con lo que se adornaría el sector de la Marina, como así se consigna en su testamento.

El monumento, del mejor mármol blanco, fue diseñado por el ilustre grancanario don Manuel Ponce de León y Falcón y realizado, posiblemente, en algún importante taller genovés. Tiene tres cuerpos perfectamente definidos, artísticos, tallados y cincelados: un basamento arquitectónico airosamente concebido, el sarcófago o cámara funeraria sobre el que destaca un gran medallón con el busto en relieve del patricio, y por coronamiento, lleva una estatua de mármol que representa a un ángel llamando a juicio. Para una mejor conservación del monumento, en atención a que el mar batía entonces la muralla naciente del cementerio, se le encargó a Ponce de León una capilla funeraria, con la que el monumento quedaba debidamente protegido de los embates del mar, hasta su definitivo emplazamiento. La capilla se hizo en mampostería, con un frontal cubierto por una gran puerta acristalada.

La capilla funeraria estaba a finales de los años setenta del pasado siglo en un estado lastimoso, situación que pregona una total falta de atención y conservación, descuido que les llevó un día a tener que derribarla ante el temor de perderlo todo.

Han pasado ciento cuarenta años de la muerte del patricio y lo que fue, en parte, su norte, su voluntad específica, sigue sin cumplirse, y

dentro de ello aquel ardiente anhelo de dotar al barrio de Triana de un nuevo y amplio templo.

Es cierto que dicho templo comenzó a erigirse en terrenos ganados al mar, en la marina de San Telmo, detrás de la actual ermita, pero no es menos cierto que de esa obra ya no quedan ni los cimientos, cimientos que en mi juventud estaban al descubierto y perfectamente delimitados por un pequeño muro, recinto arenoso que se dedicó a juegos infantiles y deportivos, sobre todo al fútbol de pequeños, también se utilizó en fiestas como recinto ferial, para coches de choques, “tio vivos”, etc.

En abril de 1980, con el derribo del pequeño muro y la explanación del arenal, desapareció para siempre el emblemático lugar.

De entonces acá, han pasado muchos años y han surgido nuevas generaciones, la vida religiosa ha dado un gran vuelco y la generosidad del patricio don Cristóbal del Castillo está en pugna con el abandono en que se encuentra el monumento erigido a su memoria en el viejo cementerio de Vegueta, máxime si se tiene en cuenta el legado a favor de la ciudad que dejó tras su muerte.

Hora es que se tomen las soluciones precisas por quien corresponda, en orden al monumento abandonado, para salvarlo de la ruina.

Por eso pensamos que se debe revisar el estado en que se encuentran las relaciones entre el Ayuntamiento de Las Palmas y la

Junta Testamentaria de don Cristóbal del Castillo, si es que existe, después de 141 años de su fallecimiento y 94 de la bendición y colocación de la primera piedra del templo que nunca existió, ceremonia que tuvo lugar en el ensanche del Parque de Cervantes (hoy San Telmo), exactamente en la fachada posterior de la ermita, el 4 de agosto de 1918, a las 5 y media de la tarde, con la bendición solemne del obispo de la diócesis don Ángel Marquina Corrales (1913-1922), y la colocación, por el Sr. Alcalde de la Ciudad don Bernardino Valle y Gracia. Curiosamente, este acto lo presidió, bajo dosel de terciopelo rojo, el retrato de don Cristóbal del Castillo Manrique de Lara pintado por el artista grancanario Santiago Tejera. Crónica extraída del “Diario Las Palmas” del 5 de agosto de 1918.

Sin dudarlo, en el Cementerio Católico de Las Palmas, ángulo sureste del patio primero, se encuentra uno de los más artísticos y valiosos panteones que tiene la vieja necrópolis. Fue erigido, por expreso deseo de su amada esposa doña Luisa Manrique de Lara y Manrique de Lara, para guardar los restos de su esposo, el insigne grancanario don Cristóbal del Castillo, y para perpetuar su grata memoria.

El mausoleo guarda también los restos de su esposa doña Luisa Manrique de Lara, así como los de su padrino, el ilustre herreño don Juan Casañas de Frías, canónigo de la Catedral de Santa Ana de Canarias, del que su ahijado fue único heredero.



Ermita de San Telmo a principios del siglo XX (1915 - 1918)

San Telmo es la perla de arquitectura más antigua del Distrito de Triana y se ha mantenido contra viento y marea a pesar de su situación tan cercana al litoral, circunstancias que sobrellevó hasta los años sesenta de siglo pasado en que los sucesivos ensanches de la ciudad la llevaron, sin moverla, tierra adentro. A pesar de ello, la ermita nunca perdió su aire marinero.

Desgraciadamente ya no existe el muelle de Las Palmas, ni los astilleros del parque San Telmo donde se construían los veleros para la pesca del salado, en la costa. No conocí estos astilleros, junto a la ermita, eliminados a principios del siglo XX. Pero sí el muelle iniciado en tiempos del Duque del Parque y que en mi época de colegial acogía el monumento del palentino Victorio Macho dedicado a don Benito Pérez Galdós, monumento que hoy podemos

ver en su Casa Museo, en la calle Cano de nuestra ciudad. Tampoco conocí el viejo puente de Verdugo, costado por el Obispo, obra del insigne José Luján Pérez, con tres ojos y una marcada joroba en el centro, pero sí a su sustituto, de un solo ojo, que heredó el nombre popular de “Puente de Piedra”, aunque era de hormigón armado. Y desde donde muchas veces vi correr el barranco de banda a banda, como se decía antaño. No obstante, llegó un momento en que alguien tuvo una idea nefasta, allá por los años setenta del pasado siglo, e hizo desaparecer el barranco, el Guiniguada, bajo una pesada losa de cemento y alquitrán. Perdiéndose así una visión entrañable, única, de la ciudad. Ojala la recuperemos algún día, proyectos hay, pero un viento de olvido, de destrucción, cae sobre las costumbres y las cosas que fueron nuestra vida, nuestros sueños.

En fin, con la llegada del siglo XX, la ciudad cambió y el Gremio de Mareantes de San Telmo dejó de existir, y al propio tiempo, el astillero que llevó su nombre donde se llegaron a construir aquellos inolvidables veleros de la flota grancanaria. De todo ello tan solo nos queda la ermita y el recuerdo de su nombre en la historia marinera de la isla.

Con lo escrito solo he querido recordar a los amigos hechos olvidados del pasado, hechos en su mayoría ignorados por las nuevas generaciones. Los temas aquí tratados solo pretenden recordar al pueblo canario lo que fue, y a nuestra Diócesis su boyante pasado.

BIBLIOGRAFÍA

Jiménez Sánchez, Sebastián

Diario “La Falange”

“Tres antiguas ermitas de Las Palmas: San Pedro González Telmo, San Sebastian y Nuestra Señora de las Angustias”

8-13-21-25 y 27 de febrero,
12 de marzo, 4 y 24 de abril
y 24 de mayo de 1959.

Ubeda Kamphoff, Francisco

Diario “*El Eco de Canarias*”

“La Cofradía de Mareantes de San Telmo y su Historia”

8 de julio de 1971 – Pág. 16

Ubeda Kamphoff, Francisco

Diario “*El Eco de Canarias*”

“El origen de la devoción marinera a San Pedro

González Telmo en Las Palmas de Gran Canaria”

6 de abril de 1975 – Pág. 14

- Ubeda Kamphoff, Francisco Diario *“El Eco de Canarias”*
*“Historia del Muelle de Las
Palmas y del Muelle de La
Luz”*
15 marzo 1974 - Pag.19
- Ubeda Kamphoff, Francisco Diario “Canarias7”
*“La Construcción naval en
Gran Canaria”*
Domingo 12 de julio, 1987
- López Henríquez, José Alberto Revista Aguayro núm. 130
“Ermita de San Telmo”
Año 1981.
- Hernández Gutiérrez, Sebastián A. *Arquitectura Empresarial e
Historia: Mercados, Tiendas
Kioscos, Hoteles en Gran
Canaria.*
Gobierno de Canarias
Año 1994
- Chil Estévez, Agustín *“Pildain un obispo para una
época”*
La Caja de Canarias
Año 1988

- AA. VV. *La huella y la senda*
Ostensorio San Telmo
Pág. 377/379
Jesús Pérez Morera
- AA. VV. *La huella y la senda*
San Bernardo s. XVIII
Pág. 673/674
José Concepción Rodríguez
- Tarajano Rodríguez, Yerout *Apuntes históricos sobre*
La Ermita de San Telmo
Ayto. Las Palmas de G .C.
Año 2007
- José Pérez Llorente *“Trenes y Tranvías de*
Gran Canaria”
Edición digital de
www.guagua.com
Año 2009.
- Periódico local *“La correspondencia de*
Canarias” de fecha
19 de mayo de 1881
Las Palmas

Michel Jorge Millares

*“La Pepa” añoranza de un
tranvía – Dominical de
La Provincia
16 de noviembre de 1997
Las Palmas.*

Alfredo Herrera Piqué

*Setenta y cinco años de
Energía Eléctrica en
Canarias.
“Revista Aguayro” nº 62
1975*

Vega y Lorenzo, Francisco

*Homenaje a la Santa
Memoria del inolvidable
Padre Cueto, Obispo
Dominico de Canarias.
Vergara
Imprenta de El Santísimo
Rosario.
1908*

Alzola González, José Miguel

*La Iglesia de San Francisco
de Asís de Las Palmas
Real Sociedad Económica
de Amigos del País de Las
Palmas de Gran Canaria
1986*

Documentos varios obtenidos de
Jable.

*Archivo de prensa digital de
la ULPGC.*

Documentación fotográfica obtenida
de la Fedac.

FEDAC

Este libro sobre *“Historias de San Telmo y su Entorno”*, de Francisco Cárdenes Acosta, se inició en el año 2012, fue corregido y aumentado en el 2013, legalizándose en el Registro Central de la Propiedad Intelectual del Ministerio de Educación Cultura y Deportes en su oficina provincial de Las Palmas con el número G. C. 72 – 2014.



Teror con su mercadillo a la salida de misa un domingo de los años 1930/40

Francisco Cárdenes Acosta, nace un día muy lejano en el tiempo, en la Villa Mariana de Teror, hermoso pueblo de las medianías de la isla de Gran Canaria.

En el Barrio de los Chalets, lugar típico del municipio, en el camino al castaño gordo, nací en una fría noche del penúltimo días del año 1939, llegué al mundo, dos meses antes de lo previsto. Eran años difíciles, acababa de finalizar la guerra civil española y sin apenas coger resuello, llegaba la segunda guerra mundial, no dio tiempo a nada, se vivía con muchas carencias, pero, se vivía, que era lo importante.

A los pocos meses de vida, mi padre, militar de profesión, con destino en Tetuán, capital del Protectorado Español de Marruecos, es destinado a Gran Canaria y mi familia se trasladar a vivir a la capital. Los años de infancia los paso, como hijo de milita que soy, la mayor parte del tiempo con el asistente -soldado que tiene mi padre a su servicio-, con él

iba a jugar, por las tardes, con los perros y las palomas en la cercana plaza de Santa Ana. Otros momentos los pasaba en casa de la abuela paterna, la abuela Pilar, o paseando con las jovencísimas tías maternas, Sofía y Margot, era la ventaja de ser el primero de la casa, luego nacieron cinco hermanos más, Pablo, Piluca, José Carlos, Mayeya y Enrique, años más tarde, como niños privilegiados de la época, tuve la suerte de poder ir al colegio.

Los primeros años de colegio transcurren en el parvulario de la “Sagrada Familia”, cerca de casa, en la calle San Agustín del viejo barrio de Vegueta, los niños, siempre con impecable babi blanco, estábamos con sor Bernarda, una monjita de las Hermanas de la Caridad de San Vicente Paul, bondadosa como ella sola, y de la que recuerdo, entre otras muchas cosas, aquella gigantesca chácara con la que daba las órdenes, y que si no prestabas la debida atención te sonaba cariñosamente en la cabeza a modo de coscorrón. Otra etapa de mi feliz infancia, ya más grandito, transcurre en las calles próximas al domicilio, jugando a la pelota o a las chapas, el tráfico era escasísimo, y esto nos permitía jugar partidas con las chapas, de cloaca a cloaca, o con la pelota de trapo -no habían otras-, en las calles del barrio, hasta que llegaba el guardia de turno y teníamos que correr, alguna que otra vez llegué a casa con los pantalones sucios del susto. A los ocho años, después de hacer la Primera Comunión en la capilla del colegio de la Sagrada Familia, seguí siendo un niño privilegiado y me fui al cercano colegio de San Ignacio de Loyola de los Padres Jesuita, con la intención de hacer el bachillerato, aunque años más tarde me pasé a la Escuela de Altos Estudios Mercantiles (Escuela de Comercio) donde me gradué como Perito y Profesor Mercantil.

También existieron tiempos muy felices en mi juventud que no puedo ni quiero olvidar, fueron los largos veranos que pasaba en la Villa de Teror con la familia en casa de la abuela materna Mamatita, así le llamaban todos, allí lo pasaba a lo grande, no había colegio y las horas se controlaban mucho menos.

Antes, cuando no existían las urbanizaciones en el sur, las familias que deseaban salir de la capital en la estación veraniega se iban a Tafira, Santa Brigada, Firgas, algunos a Moya y otros a la Villa de Teror, como era nuestro caso.

Durante la temporada veraniega se integraban en la vida activa del pueblo personas muy conocidas como los Doreste, Mola, Alzola, Pérez, Grazziani, Parada y otros muchos que daban a la villa un estilo alegre y bullicioso.

Para los veraneos en Teror las familias alquilaban casa en el pueblo, otras, las más pudientes, se hospedaban en alguno de los hoteles que tenía la Villa, el Hotel Pino y el Hotel Royal. El Pino estaba a la entrada del pueblo, era un amplio edificio con una hermosa marquesina en el frontis principal y su propietario era don Eduardo Quintana, tío de Juanito Fuentes, mi mejor amigo, este compañero, ya fallecido, marchó un día a Venezuela con su familia y nunca más regresó. El Royal, de Antoñito el del hotel, así lo conocíamos todos, estaba cerca del puente, camino a los castañeros. Hoy no existe ningún hotel en la Villa y los veraneante han emigrado a otros lugares. Teror, con la circunvalación y las autopistas hoy es una ciudad dormitorio, como muchos otros pueblos de la isla.

Desde finales de junio ya estábamos nosotros en el pueblo, y hasta los últimos días de septiembre, bien pasadas las fiestas del Pino, no regresábamos a la capital, eso sí, antes de volver mi abuela hacía una gran tuesta de millo del país para que nos lleváramos a casa el gofio del año.

En Teror, un día normal lo pasaba con los amigos jugando en las márgenes de la carretera al boliche, o en las calles traseras de la casa jugando a la tångara, el juego consistía en hacer un círculo en la tierra y colocar una pieza en el centro, por lo general una caja de fósforos, donde se ponían estampas en juego, habitualmente de futbolistas, estampas que luego tratábamos de ganar, sacándolas del círculo con un tejo (piedra lisa). También ayudaba a la familia, por conveniencia, con los mandados –las compras-, en las tiendas del barrio, con ello me ganaba alguna propinilla, propina que podía ser de una perras gorda (10 ctmos.) o un real (25 ctmos.), esto ya era un extra.

Por las tardes, después de comer, nos íbamos al estercolero que estaba detrás de la casa, junto a la gallania, para recoger botellas que poníamos en un muro y luego tratábamos de romper con una tiradera. Todo esto mientras esperábamos la hora de la merienda, que consistía en un buen tazón de leche de vaca recién ordeñada y bien "jaladita" de gofio (cargada de gofio) que tomábamos todas las tardes en la vaquería que estaba detrás de casa por media peseta. Después de la merienda, nos íbamos al pueblo y en la alameda intentábamos hacer nuestras primeras conquista de juventud.

En Teror, como en casi todos los pueblos de la isla, la luz fallaba con frecuencia, por lo que había que estar preparado para los apagones que eran muy frecuentes, recuerdo cuando estábamos en el cine el

escándalo que armábamos al irse la luz. Para estas emergencias la abuela siempre tenía a mano en la casa, las velas, la luz de carburo, el petromax o el quinqué. El agua, también era un bien escaso en la Villa, venía una o dos veces por semana y muchos fueron los días que nos tocaba ir a la cercana fuente del Borbollón a por agua. El sábado era el día clave para el baño, me viene a la memoria las enérgicas palabras de la abuela advirtiéndome, ¡¡¡hoy es sábado, así que a bañarse y hazlo dentro del palanganón!!! El palanganón era una palangana grande que se usaba para lavar la ropa y que retenía el agua que utilizábamos en el baño con el fin de emplearla luego para el retrete. No se cómo aguantábamos una semana sin bañarnos, cuando el día lo pasábamos en la calle corriendo y saltando o jugando al escondite metidos entre los surcos de las tierras, pero amigos, el agua era muy escasa y solo nos dejaban lavar los pies, las manos y la cara, y ya era mucho.

Si la noche era buena, subíamos por la carretera hasta el castaño gordo rezando el rosario, rosario que al final iba acompañado de muchos Padre Nuestros que la abuela dedicaba a los familiares desaparecidos, en particular recuerdo uno que decía: ¡¡¡Por mi hermano Manolo que no se sabe si es vivo o muerto!!! Su hermano era un solterón que un día decidió marcharse a hacer las Américas y que jamás dio noticias de su paradero, aunque al final, ya mayor, regresó y murió en su tierra. Antes de regresar a la casa la abuela decía al pasar por las fincas que bordeaban la carretera ¡¡¡Coge un par de piñas que estén granaditas para el potaje de mañana!!!

El domingo todo el mundo a misa, la abuela Carlota –la más pequeña de mis nietas se llama como ella-, regresaba sobre las ocho de la mañana con el pan calentito para el desayuno, después de gozarse, como

solía decir, cuatro o cinco misas, la primera era la de alba a las 04.30. Yo iba a la del niño, a las nueve de la mañana, a la que siempre llegaba tarde, aunque la abuela se encargaba, cada 15 minutos, de recordar los toques de las campanas de la basílica, a las 08.30 advertía, ¡¡¡la primera!!! , a las 08.45, ¡¡¡la segunda!!! y a las 09.00, aun sin salir, avisaba ¡¡¡la tercera!!! no sin antes advertirme ¡¡¡ Coge un batidor y escarménate bien ese pelo y, échate un pisquito de agua florida!!! -colonia-, en fin, que cuando salía de casa había que correr para llegar, como siempre, con la misa empezada.

Durante las mañanas de los domingos, Teror, al ser un pueblo feriado, tenía en los años cincuenta del pasado siglo, y aún hoy lo mantiene, todos sus comercios abiertos. En la plaza del Santuario y sus alrededores nació el primer mercado al aire libre de la Isla, en él se comerciaban las frutas y verduras del país, así como la artesanía, la hojalatería, cestería, carpintería, aperos de labranza y otros productos típicos de la época. Este mercado tuvo gran importancia en el desarrollo comercial de la zona. Sobre las dos de la tarde el pueblo quedaba totalmente vacío, todos se iba a comer. La comida tradicional del domingo, al menos en casa, era el plato de sopa y el bistec con papas fritas, y de postre, la fruta típica de la época.

Otros días bajaba a la “Fuente Agria” para comprar en la tienda que está junto a la fuente, chochos servidos con sal gorda en una hoja de ñamera y de paso traer algunas botellas llenas de agua.

Un martirio, al menos para mí, era cuando me mandaban a pelar a la barbería de los Barbillas, siempre con la recomendación de ¡¡¡ dile al

barbero que te pele al cero!!! , cuando la abuela oía mis gimoteos, me decía, bueno al uno. Había que rentabilizar lo que costaba el barbero.

En el cine –Pabellón Victoria-, hoy desaparecido tras un incendio, los miércoles daban dos películas por el precio de una, era día de fémina, y normalmente pasaban las películas que habían estrenado el sábado y el domingo, muchas veces repetíamos, el caso era pasar un buen rato, aunque más de una vez tuvieron que llamar a Facundo, el guardia municipal del pueblo, por los escándalos que se armaban en el cine, sobre todo cuando se iba la luz o se cortaba la película, por supuesto que mi padre siempre se enteraba y yo me llevaba la correspondiente bronca de turno.

Otro de mis recuerdos eran las idas con la abuela Mamatita a la finca en El Palmar, por supuesto caminando, no habían coches, allí le daba de mamar a los becerros y de comer a las vacas, también recogía los frutos de la huerta, sobre todo, higos, sapotes, y tunos, aunque para los tunos tenía que hacerme una rueca, (caña, generalmente seca, abierta por uno de los extremos al que se le metía un caroso que abría el hueco apropiado para enganchar el tuno y así no picarte). Para la comida comprábamos en la tienda de Sinesio que estaba camino de la finca dos panes y una lata de sardina, con eso y unas papas y batatas sancochadas más algo de fruta de la finca teníamos el almuerzo. Cuando oscurecía y llegaba la noche, la cenar era un café con leche con gofio y pan, si es que sobró algo del mediodía, y al catre, no había radio, ni tele, ni tan siquiera luz, pero, eso sí, antes teníamos que rezar el rosario y después nos íbamos a dormir con las correspondientes recomendaciones de la abuela ¡¡¡ Llévate el orinal al catre, mira que la noche está fría!!! . Hay que tener en cuenta que las letrinas estaban fuera de la casa.

Podía extenderme mucho más en los recuerdos terorenses, pero sólo dejo aquí, para que no caigan en el olvido, algunas palabras hoy perdidas y pequeños retazos de mi juventud.

En 1961 dejamos de ir de veraneo a Teror. Me había llegado la mayoría de edad. En 1962, terminé los estudios y dos meses más tarde, con veintidós años, ya estaba trabajando en la Sociedad Petrolífera Española Shell, S.A. donde pasé 38 años de mi vida. Entré ganando 2.500 pesetas mensuales, era un buen sueldo, éste me permitió comprarme un piso en la Urbanización San Rafael de la Avenida de Escaleritas y casarme el 24 de junio, día de San Juan, de 1968, con 28 años de edad. Al poco tiempo nació Magnolia, cuatro años más tarde Estherlitzia y once años después vino al mundo Francisco Ignacio.

El trabajo de la Shell siempre lo compaginé con otra actividad complementaria, ya desde el año 1959 era Tesorero de la Federación Española de Atletismo, como tal estuve 30 años, hasta 1989, por ello me concedieron la insignia de oro de la Real Federación Española de Atletismo. Durante esos años vi pasar cinco presidentes por la Federación. Como delegado hice muchos viajes a la Península y las Islas, el primero, que nunca se olvida, fue un mes de marzo del año 1960, con veinte años, como Delegado del equipo que iba a San Sebastián, fuimos en un vuelo a bordo de un cuatrimotor Douglas DC4 que tardaba de seis a siete horas en llegar a Madrid. Íbamos a participar en el Campeonato de España de Cross que se celebraba en las pistas de Lazarte -San Sebastián-. Curiosamente, lo primero que hice al llegar a Madrid fue irme a ver la televisión al Hotel Internacional que estaba en la calle Arenal, frente a la Pensión Peralta donde estábamos hospedados. En Canarias no se conocía todavía ese adelanto de la comunicación que llegó a nuestras islas un 12 de febrero del año 1964, transmitiendo desde la “Casa del Marino”, en Las Palmas de Gran Canaria.

Luego, realicé muchísimos viajes más, viajes que me permitieron conocer casi toda España.

Dejé la Federación en 1989 y al poco, aun trabajando en la Shell, me fui a Playa del Inglés a llevar y poner al día la contabilidad de la Agencia de Viajes Sunvalentín S.A., iba a desarrollar mi carrera, pero treinta años más tarde. Con tantos años por medio, poco o nada sabía al respecto, me costó ponerme al día, los planes contables habían cambiado por completo, pero no me rendí. En ese momento la Agencia, receptora de turismo, sobre todo irlandés, alemán y checo, tenía solo una oficina en el Sur, pero amigos, aquello fue creciendo y llegó un momento en que teníamos siete oficinas en cinco de las islas. A los 60 años me prejubilé de Shell España y me dediqué de lleno al trabajo financiero hasta los 65 años en que me jubilé y me vine a vivir, era mi ilusión, a la playa de Las Canteras.

Pero no podía estar quieto y algo tenía que seguir haciendo, por ello me fui a la Universidad, para hacer “Peritia et Doctrina”, un curso para mayores de la ULPGC que hice con mi esposa y en el que nos graduamos los dos después de tres años de estudios. Yo continué en la Universidad para hacer el “Diplomado en Estudios Canarios” y terminado este, hice el “Diplomado en Estudios Europeos”. Así han ido pasando los años de mi vida y a los 72 años terminados los estudios, después de siete años en la Universidad, empecé a escribir este libro, por seguir haciendo algo, libro que amplié con 73 años, y que en 2014 doy por terminado.

Este es un corto recorrido por mi vida, vida de la que dejo una pequeño leyenda para que mis hijos y nietos tengan un recuerdo de quien fue su padre y abuelo.



FAMILIEN

CASTRO DE GIRALDA

SPARTE

CASTRO DE SAN NICOLAS

BA

BARRIO

DE

TRIANA

HUERTAS DE SAN NICOLAS

HUERTAS DE

SAN LAZARO

HUERTAS DE SAN TELMO

MILLA 0.5
CONSTRUCCION